



ERES MI

Suena

ROMANCE. acción y
ROCK

Dani Elliott

ERES MI SUEÑO

Romance, acción y rock

DANI ELIOTT

Índice

1. [July](#)
 2. [July](#)
 3. [Roy](#)
 4. [July](#)
 5. [Roy](#)
 6. [July](#)
 7. [July](#)
 8. [July](#)
 9. [Roy](#)
 10. [July](#)
 11. [July](#)
 12. [July](#)
 13. [Roy](#)
 14. [July](#)
 15. [July](#)
 16. [July](#)
 17. [July](#)
 18. [Roy](#)
 19. [July](#)
 20. [Roy](#)
 21. [Roy](#)
 22. [July](#)
 23. [July](#)
 24. [July](#)
 25. [Roy](#)
 26. [July](#)
 27. [July](#)
 28. [July](#)
 29. [Roy](#)
 30. [July](#)
 31. [Roy](#)
- [Epilogo](#)

*Título: Eres mi sueño
Copyright © 2020 Dani Elliott
Registro de la Propiedad Intelectual
Cubierta: imagen utilizada con licencia Depositphotos™*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

UNO

July

Había fantaseado con ese día desde que era una niña. Me imaginaba usando un vestido de encaje blanco, con flores en la mano, y un carruaje tirado por caballos que me llevara a un castillo escocés donde mi hombre rico y poderoso me esperaba para hacerme su esposa.

Pero, la realidad terminó siendo una perra, y mis sueños se fueron a la mierda.

El magnífico castillo fue reemplazado por un centro de convenciones, y el encantador vestido blanco que se suponía que debía fluir por millas, fue sustituido por una maldita baratija de poca tela.

Al menos una cosa parecía estar en marcha.

Me iba a casar con el hombre que amaba, rodeada de mis amigos y familia, y lista para comenzar mi nueva vida con un gran hombre a mi lado.

En todas mis fantasías, sin embargo, había una cosa que nunca imaginé. Una persona en particular a quién nunca le hice lugar en mi soñada lista de invitados, y quien en ese momento se cernía sobre mí, con sus ojos negros como el carbón entre un rostro cubierto de pelo salvaje y marrón chocolate.

Chewbacca.

Y no sólo eso, era Chewbacca vestido con un esmoquin que, sorprendentemente, le quedaba muy bien.

—¿Mffimhmmm?

—Um, lo siento. No hablo wookie —le respondí.

Se encogió de hombros de una manera frustrada que, debo admitir, estaba un poco fuera del personaje. Parecía más un mocoso adolescente de gran tamaño, que un temible y poderoso wookie.

—¡Mffimhmm! —repitió.

Decidí que eso era suficiente.

—Cory, por mucho que admiro tu dedicación a la autenticidad, vas a tener que quitarte eso si quieres que escuche una sola palabra de lo que dices.

Agitó la cabeza por un momento, como si tratara de sopesar los pros y los contras de la ruptura del personaje. Finalmente, levantó sus grandes manos peludas y se quitó la máscara, mostrando una cara regordeta, con su cabello típicamente desgredado y despeinado pegado a su frente sudorosa. Respiró profundamente unas cuantas veces, como si acabara de salir de un sauna y necesitara desesperadamente llevar algo de aire no estancado a sus pulmones.

—Lo siento. El disfraz es muy caluroso.

—Lo entiendo. Esa cosa tiene que ser como un horno. Un horno cubierto de pelo, si es que es

algo real.

—¿Crees que esto es pelo real? —preguntó, tirando de un puñado de su antebrazo—. Ni siquiera sé si lo es. Pero me mantengo alejado de las velas porque estoy bastante seguro de que de lo que sea que esté hecho este disfraz, se consumirá como papel de seda si me acerco un poco al fuego.

Miré por encima del hombro a la escena detrás de él. Era una locura disfrazada. Los invitados a la boda estaban todos en modo cosplay, vestidos como sus personajes favoritos de fantasía y ciencia ficción. Un remix techno de lo que parecía el tema de Battlestar Galactica. Una de las fiestas más nerds que había visto en mi vida.

Pero no era sólo una fiesta, sino una boda. Mi boda. Todo hecho según las especificaciones de mi futuro esposo, y con muy poca participación de mi parte.

Una figura delgada se me acercó, una que reconocí de inmediato, incluso por el rabillo del ojo, como Loisa Weeks. Trabajadora social, rubia explosiva, una de mis mejores amigas y, dama de honor. Llevaba un largo y elegante vestido, con su cabello rubio atado en la parte posterior de su cabeza en una gruesa trenza que enmarcaba sus bonitos rasgos como un halo.

—Cory —repuso ella, cruzando los brazos sobre su pecho e inclinando las caderas a un lado—. Más te vale que estés aquí por algo bueno. Estamos preparando a esta hermosa chica, y estoy bastante segura de que da mala suerte que estés en su presencia.

No pude evitar sonreír. Defenderme nunca había sido un problema para mí, pero Loisa, siempre se aseguraba de erradicar los inconvenientes antes de que tuvieran la oportunidad de empezar.

—Es cierto —la respuesta salió de mi boca sin pensarlo.

La cara de Cory que ya estaba roja por el disfraz, incrementó su rubor.

—Lo sé, lo sé. Pero me preguntaba si alguna de ustedes había visto a George.

—¿George? —preguntó Loisa—. ¿George Salt? ¿El novio?

Me estremecí, como siempre, al escuchar el apellido de mi prometido. Claro que me emocionaba mucho la idea de casarme finalmente después de treinta y dos largos años, pero tomar su apellido era algo que provocaba una reacción diferente.

No es que hubiera nada malo con el nombre en sí mismo, sino que una vez que se llevara a cabo toda la estrafalaria boda, sería conocida, hasta que la muerte nos separe, como la Sra. July Salt.

—Sí —respondió Cory, limpiándose el sudor de la frente con la parte posterior de su muñeca—. No lo he visto en ninguna parte. Pensé que podría estar pasando el rato con ustedes.

—Los novios no “pasan el rato” con las damas de honor antes de una boda, George —refutó Loisa—. Eso es básicamente maldecir la boda.

—¡Tranquila! —alzó sus manos peludas—. Sólo me aseguro de que todo esté bien. Quiero decir, es un poco raro que el novio esté desaparecido durante su boda, ¿verdad? Te lo pregunto en serio, nunca he estado una de estas cosas antes.

—¿No lo has visto? —le pregunté—. ¿Estás seguro de que no está entre la multitud en algún lugar? Es una boda temática de cosplay, después de todo.

Una donde me convertiría en la Sra. July Salt y que incluía al Chewie que tenía delante de mí en la lista de cosas que nunca pensé que estarían presentes el día de mi boda. No me malinterpretes, me encantan las cosas de geek. Ponme en el equipo de un concurso del pub y pasaré a la categoría de ciencia ficción como una Runabout de Star Trek atravesando el fuego del láser durante una batalla en la guerra de los Dominios.

Por supuesto, todo eso fue un remanente de la escuela secundaria, y en ese entonces me

gustaba pensar que había hecho la transición de “dolorosamente nerd” a “encantadoramente sexy”. George por otro lado, no tanto. Cuando llegamos a la vida del otro diez años después de habernos visto por última vez en la secundaria, me di cuenta de inmediato que aunque yo había cambiado, él todavía ondeaba su bandera geek en alto.

Y no lo niego, sentí cierta nostalgia.

—George no lleva una máscara —aseguró Cory—. Está vestido como Indiana Jones, ¿recuerdas?

Claro que lo recordaba. Había visto el disfraz muchas veces. Incluso intenté llevarlo a la cama en varias oportunidades. Y no quiero decir que quisiera dormir en él. Me refiero al otro tipo de “llevarlo a la cama”. “Intentar” es la palabra clave.

—¿Y no lo viste afuera tampoco? —pregunté.

—No. Por eso me parece que es algo raro, no sé.

—Está bien —intervino Loisa, poniendo su mano en la puerta del camerino—. Vamos a tener la boda en una de las mayores convenciones de cómics de la ciudad, no es sorprendente que se haya ido a alguna parte. Ahora, Cory, ¿por qué no regresas con el resto de los invitados y dejas de darle a la hermosa novia más cosas de las que preocuparse?

Cory parecía más que un poco avergonzado, pero su expresión se desvaneció rápidamente cuando enfocó su mirada en Loisa. La mujer con la que había intentado, inútilmente debo añadir, meterse en la cama durante el último año.

—Claro, claro. Las dejo solas, señoritas. Por cierto, Loisa, me encanta tu cosplay de Zelda... me impresiona mucho tu originalidad.

—¡Ja, ja! —ladró ella—. Sabes, iba a cerrar la puerta suavemente, pero ahora...

Con eso, cerró de un portazo. El gran Chewbacca con cabeza humana fue reemplazado por madera sólida.

—Dios mío —resopló.

—No sé por qué te molestas. Él tiene razón acerca de tu cosplay, pareces de un millón de dólares —admití, señalando en un rápido sube y baja su vestido púrpura y dorado de Leyenda de Zelda.

—Un millón de rupias, querrás decir —me guiñó un ojo y sonrió.

Me reí.

—Buen punto.

—¿Estás lista? —preguntó Ceci, otra de mis damas de honor y mejor amiga desde el instituto.

Estaba vestida de pies a cabeza con un ajustado mono blanco, rosa y azul, su versión de D.Va de Overwatch. Era una toma exacta, lo que dejaba muy poco a la imaginación. Pero ella tenía el cuerpo delgado y tonificado, ideal para tomar ese personaje. El cabello largo y castaño, y unos bonitos toques de pintura rosa bajo sus ojos completaban perfectamente el look.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Dyana, la tercera dama de honor.

Dyana era una amiga de la Universidad, la primera amiga que hice cuando llegué a Los Ángeles. Desde entonces, ambas éramos inseparables, y siempre estábamos juntas en las buenas y en las malas. Y a diferencia de muchos de los invitados en la boda, ella conocía todo sobre el mundo del cosplay.

De hecho, no era una cosplayer cualquiera, sino una sensación de Instagram con un número de seguidores cercano al millón. Ninguna convención de cómics de la ciudad estaba completa sin que ella apareciera vestida con cualquier disfraz en el que hubiera trabajado duro. Y mi boda no sería una excepción. Su Viuda Negra era perfecta, hasta en los últimos detalles. Y su buena apariencia de estrella de cine me hizo pensar que Scarlett Johansson debería empezar a cuidar su espalda.

—Era Cory, preguntando por George —aclaró Loisa.

—¿Y qué hay con eso? —preguntó Dyana mientras se dejaba caer en una de las sillas rellenas cercanas.

—Dijo que no lo había visto —le respondí.

—Antes de intentar ofenderme con su comentario, por Dios —dijo Loisa, con una sonrisa de satisfacción.

Me reí.

—Sí. Antes de eso.

—Hmm —murmuró Ceci, sacando su teléfono y mostrando poco interés en el asunto.

Me paré frente al espejo, dándole un vistazo a mi vestido. No se trataba de un tema específico de cosplay, quería tener algo de autenticidad en todo el proceso, después de todo. Pero era apretado, corto y los hombros acampanados le daban un aspecto de nave espacial. Sin embargo, debo admitir que las chicas hicieron un trabajo increíblemente bueno con mi apariencia. Mi cabello negro azabache, hasta los hombros, estaba peinado a la moda, y el azul alrededor de mis ojos me daba un aspecto fresco y futurista, como una especie de mujer del futuro.

—¿Ya revisaste el Instagram de George? —me preguntó Ceci, con los ojos todavía en su teléfono.

—No. Ahora mismo tengo otras cosas en mente que las redes sociales.

Como tratar de olvidar el hecho de que mi nombre iba a ser July Salt, por ejemplo. Y tratando de ignorar el hecho de que por mucho que no quería admitirlo, en algún lugar del fondo de mi mente sabía que me estaba casando con George porque él estaba allí, y me lo había pedido, porque quería estabilidad en mi vida y tenía mucho miedo de quedarme sola.

No es que no estuviera emocionada. Yo amaba a George, claro, aunque fuera un idiota. Era dulce -a veces demasiado dulce- y tenía un buen trabajo como supervisor de administración de sistemas para una empresa de ingeniería local. ¡Y me iba a casar con él! Como, realmente casarse, ¿sabes? Claro, lo del cosplay era un poco extraño, pero divertido.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con su Instagram? —preguntó Dyana.

—Nada. Pero, um, su publicación más reciente fue hace una hora. Y aquí, en la convención.

—¿Qué tiene eso de raro? —pregunté—. Quiero decir, es donde se celebra la boda.

Loisa, evidentemente comprendiendo el hecho de que Ceci estaba pensando algo y no lo decía, se acercó y le quitó el teléfono de la mano.

—¿Quién es la chica?

—¿Eh? —me alejé del espejo y me apresuré a su lado.

En la pantalla estaba el Instagram de Ceci, su nombre de usuario @balthasardidnothingwrong, era una referencia que nunca había entendido realmente. Por supuesto, estaba el hombre en persona, vestido como un Harrison Ford -no tan guapo-, y de pie en medio del caos de la convención.

Y justo a su lado había una chica que parecía que acabara de salir de la secundaria. Apenas reconocí su cara, el resto de ella eran grandes tetas y caderas anchas envueltas en el traje de un personaje de Street Fighter pero del que no sabía el nombre, uno de los más mal vestidos, por supuesto. El brazo de George estaba alrededor de su cintura de una manera que parecía demasiado cercana y cómoda para un hombre que estaba a punto de casarse. Y la chica se inclinaba hacia él con una mirada soñadora en sus ojos.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero no me gustaba. Ni en la parte superior de la foto, ni el pie de foto, ni en el puñado de etiquetas hacía ningún tipo de referencia a una boda. Un detalle menor.

—¡Mierda! ¿Es realmente ella? —preguntó Dyana sorprendida.

—¿Qué? ¿Sabes quién es? —inquirí.

—Claro que sí —sacó su propio teléfono y comenzó a buscar—. Es Enji Gray. Ella es una especie de leyenda en la escena del cosplay. Tiene un recuento de seguidores que me hace quedar en pañales.

Dyana me dio su teléfono, y con total intensidad pasé por las fotos de la chica, asimilando foto tras foto de ella en los más mínimos y escasos trajes de cosplay, ni uno solo de ellos dejaba nada a la imaginación.

—¡Santas tetas! —exclamé.

Pasé por las fotos, todas posando en diferentes convenciones con diferentes trajes. No estaba segura de cuáles eran algunos de ellos, pero el hilo común era mostrar de más. En todos se las arreglaba para poner sus voluptuosas tetas a la vista.

Después de profundizar un poco más, me detuve en una foto que casi me hacer dejar caer el maldito teléfono. Era George, sentado en una mesa con la pequeña señorita Enji, y con quien había salido un par de meses atrás. El paisaje detrás de ellos no era otro que en la maldita Francia de París, la ciudad de las luces y la ciudad de lo que sea que estuviera pasando entre mi prometido y un par de tetas sonrientes con piernas.

—¿Qué demonios? —preguntó Ceci—. ¿Se conocen?

—La fecha coincide con un viaje de negocios que me dijo que tenía en Austin —respondí, todavía tratando de entender lo que estaba viendo.

—Soy una chica de Los Ángeles —dijo Loisa—, pero eso no parece Austin para mí.

—¿Por qué demonios mi prometido está saliendo con una chica de cosplay a mis espaldas?

Loisa me quitó el teléfono y miró las fotos.

—Santas tetas, tienes razón —admitió.

—¿Dónde está George? —pregunté, con pánico—. ¿Dónde está?

Mi cara se calentó y mis dedos se enfriaron. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero era algo que no me gustaba.

—July, no te pongas nerviosa. Estoy segura de que está aquí en alguna parte —insistió Ceci.

Ni siquiera esperé a que terminara su frase cuando ya tenía mi teléfono en la mano y disparaba mensajes como la Annie Oakley de los SMS. Luego decidí ir más lejos, llamando a George para llegar al fondo de las cosas.

No hubo respuesta.

Una llamada más, y otra vez nada. En la llamada número tres, fue directamente al buzón de voz. Yo lo había hecho suficientes veces a lo largo de los años para saber lo que eso significaba: estaba silenciando mi llamada.

—Necesito encontrarlo —la sensación de malestar en mis entrañas crecía a cada segundo—. Necesito encontrar a ese idiota.

Ignorando las refutas de las chicas, salí del camerino. Pasé la sala de convenciones y me dirigí al piso principal. Mis ojos corrían de un lado a otro, tratando de distinguir a Indiana Jones entre la multitud de Stormtroopers y los personajes de Na'vi y Harry Potter. La charla de la multitud se elevaba a un estruendo insoportable, y pude sentir las miradas penetrantes tanto de los asistentes a la boda como de los aficionados a la convención.

Pero no vi a George.

—¿Estás bien, princesa?

Una mano cayó sobre mi hombro y me di la vuelta para ver que era Mark, mi padre. Mamá había fallecido una década atrás, y él era el único pariente cercano que tenía en el lugar.

Normalmente, estar cerca de él era suficiente para hacerme sentir un poco mejor si me estaba volviendo loca, pero no entonces, no allí.

—George —dije entre respiraciones cortas y rápidas—. ¿Dónde está?

Ninguno de los dos tuvo la oportunidad de decir nada a continuación. Más adelante, un lindo niño vestido de Ewok se subió a una silla, se aclaró la garganta y habló como si fuera el maldito pregonero del pueblo.

—¡Um, todo el mundo! —gritó—. ¡La boda no se va a celebrar!

Todos a mi alrededor se congelaron en el lugar, y yo no fui la excepción. Lo que sea que estaba pasando, parecía que un niño de ocho años sabía más que yo. Me separé de papá y me acerqué al pequeño.

—¿Qué has dicho? Por favor, dime que sólo me estás jodiendo o algo así. ¿Esto es una broma?

—Oh, hey, July. George me pidió que te entregara esto.

Metió la mano en el bolsillo de su pequeño disfraz de osito de peluche y sacó un trozo de papel. Los contornos de la hoja con los personajes de Star Wars me alertaron enseguida, era una de las invitaciones para la boda. Pero esa había sido reproducida como una nota para mí, me di cuenta porque mi nombre estaba escrito en ella con la letra diminuta de George. Con manos temblorosas, abrí la nota, y segundos después, la dejé caer al suelo.

Y así como así, mi vida cambió. Y todo gracias a un maldito Ewok.

DOS

July

S eis meses después...

EL VINO Y EL ARTE, quién conoce tal combinación sabe disfrutar el despeje de la mente y la dicha extravagante. Y, por supuesto, sin dejar a un lado el modelo que posaba frente a nosotras, y nuestros caballetes.

Su cabello era rubio dorado besado por el sol, sus labios llenos y maduros, sus ojos pequeños con sexys astillas que brillaban como los de un gato de la jungla preparado para el salto. Y su singular sonrisa de “ven aquí” que le resultaba tan natural.

Nunca había sido muy buena pintando, pero se puede decir que en ese momento estaba un poco... inspirada. Entre la bebida y el modelo, alternando hábilmente entre hacer pequeños saltos y muestras con mi lápiz de carbón y tomando sorbos del exquisito vino que el lugar tuvo la amabilidad de proporcionar.

Ceci, Dyana y Loisa estaban entre la docena de mujeres que salivaban tratando de no babear en sus dibujos. El curso de vino y pintura había sido el último de los intentos de las chicas por involucrarme en otra cosa que no fuera trabajo o sentarme en pijama a ver las repeticiones de The Office.

Entendí que sólo estaban tratando de apartar mi mente del desastre de boda que había tenido seis meses atrás, pero a veces sentía que me trataban como una especie de inválida confinada a su casa, como una de esas mujeres de los viejos libros de la era victoriana que fue relegada a uno de los dormitorios de repuesto donde remendaba calcetines y miraba que en el papel tapiz de su cuarto se formaban imágenes espeluznantes.

Aprecié el esfuerzo, por supuesto, pero tenía mis propias maneras de enfrentarlo. Sin embargo, este curso de pintura y específicamente el tipo en exhibición me hicieron cambiar de opinión sobre su ayuda.

El hombre tenía que saber lo que estaba haciendo. De vez en cuando rompía el personaje para mirar a una de las mujeres, dejando que esos labios exquisitos y carnosos tiraran de un extremo. Cuanto más lo miraba, más segura estaba de que me resultaba familiar, todo nórdico y precioso, como el tipo de persona que esperas que se baje de un barco vikingo, con un hacha en la mano, listo para cargarte sobre su hombro y darte un severo castigo.

Basta July, contrólate.

Aclaré mi garganta y me centré en mi intento amateur de capturar las sombras de sus, um,

abdominales.

Volví a ello, tratando de trabajar contra la tensión que se formaba rápidamente entre mis piernas. Apreté mis muslos con fuerza, esperando que la locura de la calentura pasara. Estaba nerviosa, soltera y no había coqueteado en mucho tiempo.

Sin embargo, a la mitad de mi segunda copa de vino, levanté la vista para ver que el modelo estaba haciendo unos ojos muy serios en mi dirección. Mi cara se puso caliente, roja. ¿Realmente me miraba así? No podía creerlo. Lo atribuí a la bebida, pensando que tal vez habían metido algunos alucinógenos en la botella.

—Asegúrense de trabajar con la luz —dijo el instructor mientras recorría dramáticamente la habitación—. Envuélvanse en él. Jueguen con él.

—Yo vi algo con lo que no me importaría jugar —me susurró Ceci, que estaba sentada a mi izquierda.

Mis ojos se abrieron mucho, e hice lo mejor que pude para contener mi risa.

Pero sí, ella tenía razón. El modelo posaba de tal manera que su “ya sabes qué” estaba fuera de la vista. Pero estaría mintiendo totalmente si dijera que no le había echado una simple y descarada ojeada cuando se quitó la toalla de las caderas mientras tomaba su posición en el podio. Y déjame decir, que valió la pena.

Hice lo mejor que pude para aclarar mis pensamientos y poner el carbón de nuevo en el papel. Pero tan pronto como lo hice, en el momento en que le quité los ojos de encima, ¡el tipo lo hizo de nuevo! Me lanzó una mirada intensa, una que casi me prende fuego entre las piernas.

¿Qué estaba haciendo ese tipo? ¿Estaba siendo tan obvio en medio de la clase? Tragué con fuerza y tomé un sorbo de mi vino, esperando que me calmara un poco.

Pero era difícil concentrarme. Yo dibujaba un poco más, y justo cuando estaba a punto de perderme en el proceso, el sexy cabrón lo hacía de nuevo. Me miraba, sonreía un poco y miraba hacia otro lado como si no hubiera hecho nada.

—¿Estás viendo eso? —le pregunté a Ceci en voz baja.

—¿Viendo qué?

Sabía que me iba a arriesgar a sonar como una mujer loca, o incluso como una total y maldita egoísta, pero tenía que preguntar.

—El tipo. ¿Te has dado cuenta...

—¿Preguntas si me he fijado en el tipo? No, no he notado el pequeño bocado por el que he estado babeando durante la última media hora. ¿Estás loca? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—No. No es eso. Creo... creo que me está mirando.

—¿Mirándote cómo? —preguntó, todavía susurrando.

—Me mira como si quisiera verme después de clase y, uh, echar un vistazo a mi trabajo.

—¿Hablas en serio?

—¡Sí! —elevé la voz lo suficiente como para llamar la atención de las chicas a mi alrededor.

Me sonrojé y bajé mi mirada.

Buena esa, July. Tal vez la próxima vez sólo salta y anuncia a la clase que crees que el modelo quiere posar para ti en privado.

Una vez que estuve segura de que las chicas habían vuelto a su trabajo, seguí adelante.

—Me ha estado mirando. Como en una especie de entretiempos sexys.

—Oh Dios. Sólo voy a ignorar el hecho de que acabas de decir “entretiempos sexys”.

—Trato de ser discreta, es todo. Pero míralo.

El momento fue perfecto. Justo después de que hablara, el chico vikingo desnudo y surfista miró hacia arriba y me disparó otra de sus características miradas ardientes. Era una tan poderosa

y cargada de sexualidad que a medias pensé que realmente debería patentarla. Si tan sólo existiera alguna manera de embotellarlo y venderlo como puro sexo, “sólo aplica un poco detrás de las orejas cuando quieras encender a una chica”.

—Mierda —murmuró Ceci—. Creo que tienes razón.

—¿Ves?

—¿Y bien? ¿Qué estás esperando? Coquetea de vuelta.

—¿Hablas en serio? —pregunté, manteniendo mi cara inexpresiva y tratando de no hacer totalmente obvio lo que estábamos hablando.

—Por supuesto. Él es sexy, tú eres sexy, y con esa clase de mirada que te dio es obvio que quiere cogerte —sus ojos se abrieron mucho—. ¡Y lo está haciendo de nuevo! Vamos, Jul. Respóndele.

—¿Qué hago? —pregunté, sintiéndome nerviosa y excitada al mismo tiempo.

—¡Coquetea!

—¿Por qué la gente que sabe coquetear piensa que lo único que tiene que hacer para explicarlo a los que no saben hacerlo es decir la palabra?

—Porque es así de simple —dijo, entre golpe y golpe de su lápiz—. ¿Me estás diciendo que no coqueteaste con George durante tu desafortunado noviazgo?

—En realidad no. Pasamos el rato y vimos viejas películas de ciencia ficción que ya habíamos visto en el instituto hasta que el vino hizo suficiente efecto para que las cosas... pasaran.

—Ah. El tipo de romance a la antigua —repuso con una sonrisa.

—Oh, para —sonreí.

—Pero en serio, es fácil. Sólo tienes que seguir su ejemplo. Él sonríe, tú sonríes. Guiña el ojo, tú guiñas el ojo. Se saca el pene...

—Y yo corro... ya capté.

Se rió.

—¡En serio! Sólo inténtalo y verás lo que pasa.

Así que lo hice. Ceci volvió a su dibujo, y yo volví al mío y al tipo. No tuve que esperar mucho tiempo para que él hiciera un movimiento, me mostró otra sonrisa poco después de que Ceci y yo termináramos de hablar. Y yo hice lo mismo.

Su sonrisa se amplió un poco, y me imaginé que eso significaba que estaba en el camino correcto. Momentos después, me guiñó el ojo. El juego de guiños y sonrisas en una cara como esa, estaban provocando una gran inundación en mi parte inferior.

Luego se lamió los labios. No fue un simple gesto para mojarlos, no. Literalmente, se lamió los labios. Y no de una manera extraña y espeluznante como un lagarto o algo así. No, fue totalmente erótico, seguido de una pequeña risa silenciosa que dejó claro que se sentía muy juguetón.

Así que seguí el ejemplo, aunque me preguntaba si el profesor se estaba dando cuenta de lo poco que estaba haciendo. Pero no me importaba, en ese momento estaba tan excitada que probablemente me habría sentado sobre su pene delante de la clase si me hubiera hecho una señal.

Se sentía raro lamerme los labios de forma sexy, pero en realidad era más divertido que raro. ¿Eso era coquetear? ¿Fue eso lo que siempre sentí muy incómodo de hacer todos estos años? Ceci tenía razón, era muy fácil, y más cuando tenía un maestro muy, muy instructivo.

—Bien, clase —anunció el profesor, sacándome del trance sexual—. Veamos lo que tenemos.

Lentamente se abrió paso por la habitación, mientras que el modelo tomaba su toalla y, para mi inmensa insatisfacción, la envolvía sobre esas caderas que sólo quería chupar. En poco tiempo, sentí la presencia inminente del maestro sobre mi hombro.

—Uh, interesante interpretación, Srta. Wolter.

Mis ojos se dirigieron al papel que tenía delante de mí y me di cuenta, para mi sorpresa y horror, de que me había dejado llevar un poco por la atmósfera cargada de sexualidad. Lo había dibujado bien, pero había acentuado una parte particular de su anatomía, y mucho más de lo que era realista.

Para decirlo sin rodeos, lo dibujé con una enorme erección que goteaba. No estaba mal, para ser honesta.

—¿Qué puedo decir? —dije nerviosamente—. Estaba... inspirada.

—Ya lo veo. Excelente, ah, claroscuro.

—Gracias.

Con eso, el profesor terminó y nos hizo saber el tiempo para la próxima lección. Pero eso no me preocupaba. Me interesaba más mi modelo, la musa del glorioso pene que tan artísticamente había grabado.

Al buscarlo con la mirada me encontré con esa misma sonrisa. Entonces, milagro de los milagros, comenzó a acercarse a mí, nada más que con la toalla envolviendo su cuerpo perfecto. Mi garganta se apretó, y mi mente comenzó a correr con posibilidades de nuestra inminente conversación.

Ok, July. Calma a la Eficacia. Aprendiste a coquetear sin hablar ahora mismo, ¿verdad? Sólo hazlo. Hazlo, pero con palabras. Las usas todo el tiempo. Recuerda que eres una maldita ejecutiva de una empresa editorial.

Estaba casi a mi lado, tan cerca que podía ver el brillo de esos labios perfectos.

No estarías donde estás si no tuvieras alguna habilidad con las palabras, ¿verdad? Y le gustas mucho, probablemente no necesites decir nada. Bueno, tal vez "sí" o "tu casa o la mía". Es fácil.

Más cerca. Entonces más cerca. Todo mi cuerpo se tensó y mis pezones llegaron a la cima debajo de mi camisa. Mi vagina estaba tan mojada como una maldita sala de vapor. Más cerca...

Luego... se fue.

Pasó a mi lado dejando el aroma de Abercrombie Fierce a su paso. Confundida, me giré en mi asiento justo a tiempo para verlo envolver sus brazos en una chica que había estado sentada detrás de mí todo el tiempo.

Ya sabes, la chica con la que estaba coqueteando.

Era diminuta, rubia y bonita -también con grandes tetas, por supuesto- una chica arquetípica de Los Ángeles para un chico arquetípico de Los Ángeles. Se besaron y se besaron, sus manos se movían acariciando cada centímetro de piel desnuda y lampiña de él.

—Buen trabajo, nena —le dijo—. Muy bonito. ¿Y sabes lo que siempre quiero hacer cuando termino la sesión, verdad, preciosa?

—No necesitas decir otra palabra —respondió ella.

Después de un poco más de besuqueo y manoseo, ambos notaron a la mujer diez años mayor que los miraba como una perversa total y se apresuraron a salir de la clase.

—Ouch —murmuró Ceci—. Mejor suerte la próxima vez, chica.

Agarré mis cosas y salí corriendo de allí, arrugando mi pene goteante hecho a mano y tirándolo a la basura.

Las chicas estaban detrás de mí cuando salí al aire cálido de la tarde.

—¡No te preocupes! —Dyana me alcanzó—. Podría... podría haberle pasado a cualquiera.

—¿Les dijiste lo que pasó? —le pregunté a Ceci.

—Vamos —repuso, con una sonrisa pícaro—. Tenía que hacerlo.

Me sentía totalmente derrotada. Mi primera incursión en el mundo de la soltería desde la boda, y no podría haber sido peor.

—¿De qué hablarías con un tipo como ese, de todas formas? —preguntó Loisa—. Tiene como veinte años. Probablemente no tiene nada en mente excepto follar y cerveza.

—Me siento como una idiota —me quejé—. Creo que necesitaré más vino.

—Bueno, por esa parte tengo buenas noticias —intervino Dyana—. Todavía tenemos una gran noche por delante.

Noche de chicas. Casi lo había olvidado. Pero en ese momento no me sentía exactamente con ganas de divertirme.

—No lo sé. Parte de mí sólo quiere volver a casa, arrastrarme bajo las mantas de mi sofá, y ver televisión de mierda hasta que de alguna manera me olvide de la ridícula vergüenza por la que me acabo de pasar.

—Ni hablar —Ceci, me agarró del brazo—. Ya has pasado suficientes noches friendo tu cerebro con Netflix.

—Es cierto —Loisa estuvo de acuerdo—. Vas a salir, y vas a pasar un buen rato, apuesta lo que sea. ¿Y quién sabe? Podrías incluso encontrar un chico guapo para un poco de diversión sin ataduras.

—Dios —resoplé—. La idea de que un tipo me quiera en el estado en que estoy... parece una locura total.

Eché un vistazo a la puerta que daba al edificio, su superficie metálica reflectante que me permitía ver mi apariencia. Yo era tan alta y delgada como siempre, sobresalía por encima del resto de las chicas. Mi cabello negro estaba en una desordenada cola de caballo, y mi atuendo de franela y jeans ajustados me hacía ver menos como una chica sexy y soltera y más como un cantinero hipster. Todo lo que me faltaba era el pequeño bigote.

En resumen, totalmente inflexible.

—Oh, vamos —insistió Ceci—. Sabes que estás muy buena. No dejes que el hecho de que algún semental surfista no te hable, te haga pensar que estás destinada a una vida de soltería.

—No lo sé. Todavía siento que la boda fue tan reciente, como si debiera tener al menos cinco años más de terapia antes de pensar en salir con alguien.

Ninguna de las chicas dijo nada, todas se miraban con la misma expresión conspirativa.

—¿Qué? —pregunté—. Todas parecen estar tramando algo.

—¿Deberíamos? —preguntó Ceci.

—Creo que deberíamos —aseguró Loisa.

—¿Deberían qué? —exigí saber.

—Esta es la cuestión —aclaró Dyana—. Esta noche no se trata sólo de beber fuera.

Estaba confundida.

—¿Y entonces qué? —entrecerré los ojos—. Por favor, dime que no me llevan a una cita a ciegas o algo así. No sé si podría manejarlo.

—¡No! —Loisa, soltó unas carcajadas—. Tenemos planeado algo mucho menos incómodo.

—Como... ¿qué?

—Dos palabras —indicó Ceci—. “*Lover*” y “*Boys*”.

—¿Eh? Como... ¿la banda?

—¡Sí! —Loisa, estaba emocionada y tenía una gran sonrisa en la cara—. La banda con la que todas estábamos obsesionadas en el instituto, incluso antes de que nos conociéramos.

“Obsesionada” sería ponerlo a la ligera. *Lover Boys* fue una banda de glam rock al estilo de los años 80 que influyó en las listas de éxitos durante el último año de la escuela secundaria, con

su canción *Permiso para amar*, el himno de nuestras vidas durante los últimos meses del último año. Y su cantante principal, Roy Mills, había sido el único responsable de mi despertar sexual adolescente. Fueron incontables sesiones de diversión solitaria bajo las sábanas protagonizadas por él y su cuerpo imposiblemente sexy.

—¿Qué pasa con ellos? —pregunté—. Se separaron unos años después de que nos graduáramos. ¿Hay una banda de covers que toca esta noche, o algo así?

—No —dijo Dyana—. Son ellos, en carne y hueso, un espectáculo secreto para el que me las arreglé usando un poco de influencia para conseguir entradas.

—¿Hablas en serio? ¿Tocan esta noche?

Mi corazón comenzó a correr como el constante sonar de un tambor. Y no me refiero a uno de esos pequeños tambores de caja, sino a uno de los grandes, como aquellos a principios del 2001, en el tema de la Odisea del Espacio. Ya sabes cuáles.

—Queríamos sorprenderte. Te llevaremos allí, te tomaras unas copas y cuando menos lo creas... ¡bam! Ahí estarán, haciéndote mecer ese trasero.

Mi corazón ya latía fuerte y rápido. La sola idea de ver a mi amor platónico de la adolescencia en persona, tocando mis canciones favoritas, fue suficiente para hacerme sentir mareada. Pero después de la humillación por la que acababa de pasar, sonaba como si fuera lo más adecuado para cambiar mi espíritu.

—Entonces —insistió Dyana, con un brillo en sus ojos—. ¿Te apuntas?

—Por supuesto.

TRES

Estaba en la escena

EL ACUSADO ESTABA FRENTE A MÍ, sudando a mares y justo donde yo lo quería. Cuando tenía a alguien en la silla, no tenía miedo de hacerle sentir la presión. La vibración en la sala era muy tensa, todos esperaban mi próxima palabra. Llámame un ególatra y no discutiré. Me encanta ser el centro de atención, tener todos los ojos puestos en mí. Fue una de las razones por las que mi transición de “estrella de rock” a “abogado” había sido tan suave, la sala de audiencias era sólo otro escenario, después de todo.

Y en el escenario fue donde prosperé.

Finalmente, decidí que le había apretado los tornillos lo suficiente. Reteniendo la pequeña sonrisa en mi boca, entrelacé mis manos detrás de mi espalda y entré en acción.

—Así que déjame entender esto —comencé—. Su historia es que usted estaba fuera de la ciudad la noche del asesinato, ¿correcto?

Dramáticamente, me puse firme y me enfrenté al acusado. Era un nebuloso hombre de mediana edad con el cabello fino y un traje barato y mal ajustado. No como el semental del Tom Ford hecho a medida, que llevaba yo, por supuesto. Si los casos judiciales se decidieran por quién se veía mejor, yo habría ganado desde el momento en que entré en esa sala.

Podía ver el miedo en sus ojos mientras se inclinaba hacia el micrófono.

—Sí —respondió, su voz sonaba débil y suave.

Miré hacia atrás a la gente sentada en las filas del público, levantando un poco las cejas como si dijeran “¿crees en esta mierda?”. Unas cuantas sonrisas aquí y allá, sugiriendo que estaban de mi lado.

Pero no era a ellos a quienes tenía que convencer, sino a esas encantadoras damas y caballeros del jurado. Me miraban como halcones, y yo estaba listo para darles un espectáculo.

—Interesante. Muy interesante. Y confirme una vez más en qué ciudad estaba usted cuando su esposa fue asesinada tan horriblemente, cuando su vida fue repugnante y trágicamente truncada. Era Phoenix, ¿correcto?

Fue una pequeña improvisación, pero yo estaba feliz con el resultado. Hacía tiempo que no llevaba un caso criminal, pero nunca se puede ser demasiado teatral, y yo era un experto en ello.

—Sí —dijo, ciñéndose a las respuestas sencillas y de una sola palabra.

—Es eso. ¿Verdad? —pregunté, poniendo mi “umph” patentado detrás de cada palabra.

Tenía al pequeño idiota justo donde lo quería. Una parte de mí quería arrastrarlo como un gato doméstico jugando con un ratón. Pero pensé que era mejor acabar con él de forma limpia y rápida. Estaba montando un espectáculo, después de todo.

Sin mencionar que llevaba un buen rato desviándome del guión.

—Resulta que estaba en Phoenix la noche que su esposa fue asesinada. Estaba en Phoenix sin motivo alguno, sin visitar a los parientes, no estaba allí por negocios. Demonios, ni siquiera por placer, por lo que puedo decir. Resulta que estaba en Phoenix y tenía la coartada perfecta...

—¡Su Señoría! —se alzó la voz del abogado defensor desde el otro lado de la sala—. ¡Objeción!

Miré con desprecio al tipo. Sin embargo, era difícil enojarme demasiado con él. La forma en que se movía con mi improvisación era puro profesionalismo. Me encantaba su trabajo. Parte de mí quería romper el personaje y conseguir su autógrafo. Claro, era uno de mis mejores amigos, pero eso no significaba que no pudiera tomar algo para añadir a la pila de recuerdos.

Tal vez más tarde.

—Concedido —dijo el juez, un actor con una voz estridente.

—Bien, bien —estreché mis ojos y retorné mi atención hacia el acusado. Decidí ir por más, darle a la gente algo para picar—. Es mejor que nos ahorres el tiempo. Dinos la verdad.

Me acerqué al acusado como un héroe conquistador, pero él sólo miró a su alrededor, totalmente confundido.

—¿Qué? —preguntó.

Ups. Mala señal. Pero decidí seguir adelante con ello. Tal vez podrían encontrar algo de oro en la edición.

—Hay un hombre que puede atestiguar su coartada. Y él, tan convenientemente, tenía la orden de atacar el día después de que arrastraras tu pesado trasero fuera de la ciudad. Pero puedo ver su alma, Sr. Crawford. ¡Puedo verte como el mentiroso que eres!

Levanté la voz, poniendo a funcionar mi diafragma de cantante líder.

El Sr. Crawford, de nombre real Lenny Silver, echó otra mirada por encima de mi hombro a los hombres y mujeres que me esforzaba por ignorar.

—Ponga su conciencia a descansar, Sr. Crawford —azoté mi brazo hacia él, señalándolo acusadoramente—. ¡Admita lo que hizo! ¡Admita que mató a su esposa! ¡Salve su alma!

Me di cuenta de lo exageradas que fueron mis palabras en el momento en que las dije. Pero hombre, seguro que sonaron bien al salir de mi boca.

Me quedé quieto, mi dedo aún apuntaba hacia él como una espada. Pero el Sr. Crawford no reaccionó con el miedo y el pánico que yo esperaba. No. En vez de eso, simplemente me miró por encima del hombro.

—¿Amy? —preguntó, cambiando su voz a un tono casual de conversación—. ¿De verdad quieres meterme en esto?

Un suspiro exasperado atravesó la sala del tribunal.

—No —resonó una voz de mujer detrás de mí—. No, no lo haga. ¡Corten, corten!

Me di vuelta para ver a todo el equipo de filmación mirándome como si fuera un paciente mental. En medio de ellos estaba Amy Martin, la directora del pequeño proyecto.

—¿En serio? —me preguntó, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—¿Qué? ¿Fue demasiado?

—Muy bien, todo el mundo —anunció—. Cinco minutos de descanso. No, mejor que sean veinte.

El equipo se separó, los extras en el público charlaban entre ellos. Amy se acercó a mí, y Will

Gilles, el abogado defensor, por no hablar de la estrella de la película y uno de mis mejores amigos, saltó sobre la mesa delante de él y se unió a ella.

Amy era bajita, pero podría intimidar incluso a un tipo de más de 1,80 metros de altura como yo. Diablos, estaría mintiendo si dijera que no me asustaba. Y la mirada seria en su cara dejaba claro que no estaba de humor para andar jodiendo.

—¿Qué demonios fue eso? —me preguntó.

—Oh, ¿eso? —le mostré una de mis tan encantadoras sonrisas—. ¿Te gustó?

Su cara se quedó inmóvil, claramente inmune a mis encantos. Me miró fijamente durante unos largos segundos, reviviendo recuerdos de mis maestros de primaria cuando me miraban con ganas de matarme después de la millonésima burla en clase.

Will también me miraba fijamente, pero con menos expresión de juicio y más de confusión, como si estuviera tratando de averiguar si yo tenía algún tipo de deseo de muerte.

Amy tomó uno de los guiones, en el que se leía el nombre de la película, “Asesinato en junio” en la portada, en letras grandes y negritas. Se aclaró la garganta y citó mi diálogo.

—*Y usted estaba en Phoenix la noche del asesinato, ¿correcto?* —preguntó, mirándome a los ojos cuando terminó—. ¿Reconoces eso?

—Sí. Esas fueron mis líneas.

—Esa fue tu línea —aclaró, poniendo especial énfasis en la última palabra de la frase—. Tu única línea.

—Lo sé, lo sé. Pero pensé en darle un poco de mi esencia, ¿sabes? Después de todo, por eso me contrataste para el papel, ¿verdad? Para traer un poco de... ¿cuál era esa palabra? ¿Esa elegante que empieza con una “v”?

—Verosimilitud —agregó Will.

Chasquéé mis dedos y apunté en su dirección.

—Ahí está. Esa palabra.

Amy asintió lentamente.

—Así es. Porque eres abogado, y porque tienes cierta experiencia en el escenario.

—¿Ves? Por lo que traigo a la...

—Pero no por tus habilidades de improvisación —me interrumpió—. O la falta de ella.

—Bueno, sólo pensé que las líneas eran un poco... vacías, ¿sabes? Necesitan un poco más de picante.

—Escucha. Sé que estás acostumbrado a ser el centro de atención. Pero no te contraté para hacer de este lugar algo más que una cena de Navidad.

—¡Más que una cena de Navidad! —esboqué una gran sonrisa—. ¡Esa es buena!

Intentaba suavizar la situación, pero su expresión seguía siendo pétrea, y Will continuaba mirándome como si estuviera en presencia de un hombre a punto de morir, con la mandíbula casi en el suelo.

—Y para que sepas —levantó el guión, extendiendo los papeles como un acordeón—. El escritor de este guión ha ganado dos Oscars por su escritura. ¿Cuántos has ganado tú?

—Um, ninguno. Pero gané un premio Nickelodeon Kid's Choice Awards, un premio muy subestimado, si me preguntas.

Su expresión esta vez me decía que me estaba desmembrando mentalmente. Abrió la boca para decir algo, pero pareció pensarlo mejor, así que se volteó hacia Will.

—Arregla a este idiota —le exigió—. Tengo que pensar seriamente que hacer con él.

Una última mirada dura en mi dirección dejó bastante claro cuál iba a ser el tema del pensamiento. Con eso, se giró y se fue, fundiéndose de nuevo entre la multitud del equipo mientras

iban de aquí a allá en el set.

—Creo que te acaban de meter el guión por el culo —repuso Will.

—¿Eso? No, Amy y yo nos llevamos bien. Ella es muy seria aquí delante de todos, pero te apuesto lo que sea a que en el fondo le divierten mis payasadas. Sin mencionar que estoy impresionado por mi actuación.

—Uhhhh... —dejó que la palabra se alargara, dándome la impresión de que se preguntaba si su amigo de más de diez años había finalmente cortado la ya delgada atadura con la realidad.

Le di un golpe en el brazo y un asentimiento hacia la mesa de los servicios de refrigerio.

—Hablemos y comamos. Después de todo, ¿qué sentido tiene ser un actor famoso si no aprovechas todas las ventajas?

—Sólo recuerda que tienes un pequeño camino por recorrer antes de que puedas añadir “actor famoso” a tu lista de logros.

Me mostró una sonrisa, una llena de blanco nacarado y dientes perfectos que había visto tantas veces en los carteles de películas de los últimos diez años más o menos. Realmente, era una muy buena sonrisa, una casi lo suficientemente buena como para hacerme dudar de mi sexualidad.

¡Mentira! Es broma, es broma.

Pero sí, debo admitirlo. El hombre era guapo... ¿qué puedo decir? Era alto, rubio, con ojos azul hielo y piel pálida, del tipo vikingo-guerrero, razón por la cual él y Chris Hemsworth se habían encontrado más de una vez compitiendo por el mismo papel.

—¿Estás bromeando? —le pregunté, mostrándole mi propia sonrisa—. Estoy haciendo que Marlon Brando parezca un aficionado.

—Recuérdame otra vez, amigo. ¿Cuál era tu trabajo antes de esto?

—Ser el mejor abogado del área de Los Ángeles, por supuesto.

—Sigamos así —dijo con otra sonrisa.

—Auch —me agarré el pecho dramáticamente—. Eso... duele... como un ataque al corazón —me arrodillé, cerré los ojos y levanté el puño en el aire—. Traicionado... traicionado por mi propio mejor amigo —di mi propio toque especial de actuación—. Nunca pensé que pasaría por algo así, nunca pensé que serías... ¡tú!

Señalé a Will con un dedo acusador, abriendo uno de mis ojos lo suficiente como para ver que había logrado atraer a un pequeño grupo de personas, que seguramente estaban embelesados con mi actuación.

—Muy bien, Daniel Day Lewis.

—Pero ya sabes lo que dicen —dejando que mi cabeza se hundiera—. Siempre hieres a los que amas.

Y con eso, solté un estertor de muerte y me tiré al suelo. Una vez abajo, volví a abrir los ojos, esperando ver algunas caras impresionadas, como mínimo. Pero lo que obtuve, por otro lado, fueron unos pocos encogimientos de hombros, seguidos por el regreso del equipo al trabajo.

—Maldición —murmuré mientras me sentaba—. Tal vez no debería dejar mi trabajo de abogado.

Will soltó una carcajada antes de extenderme la mano. La tomé, y me puse de pie.

—Hablando de trabajos —dijo—. ¿Tienes ganas de hacer algo en lo que realmente eres bueno esta noche?

—¿Eh? ¿De qué estás hablando?

—¿Hablas en serio? ¿El show secreto? Ya sabes, el que hemos estado practicando durante este último mes. No me digas que lo olvidaste.

Quedé paralizado, totalmente sorprendido.

—Déjame adivinar —agregó—. Sí lo olvidaste.

—El show —repuse, sintiéndome muy tonto—. Realmente haremos eso, ¿eh? —me quedé quieto, procesando lo que acababa de decir.

—Oh no. No me digas que te estás arrepintiendo, otra vez.

Lo estaba. Una parte de mí quería llamar al club y decirles que estaba cancelado, que había cometido un gran error al querer sacar a los Lover Boys de la tumba donde tranquilamente descansaban desde hace una década.

—No lo sé. ¿Una reunión?

—De ninguna manera voy a cancelar esto en el último minuto.

—Sólo... ¿dime por qué acepté esto de nuevo? No es como que ninguno de nosotros necesite el dinero.

—Cierto. Pero el dinero no es para nosotros, ¿recuerdas? Todo va a la caridad.

—Oh, claro —recordé—. Así es como me hiciste aceptar esto.

—Vamos —insistió—. No me digas que tu vena altruista es la única razón por la que accediste a reunir a la banda.

—Sí. Sólo eso... sólo para los niños.

Otra sonrisa de Will voló en mi dirección mientras preparaba un sándwich de croissant y pavo en su plato.

—Claro.

—Hablo en serio —admití, de repente más interesado en la conversación que en la comida—. No sé lo que estás insinuando.

—En serio. ¿Me estás diciendo que ni siquiera estás un poco emocionado por subir al escenario, rockear los éxitos y hacer que todos se vuelvan locos como solíamos hacerlo antes?

—No. Lover Boys fue muy divertido, no me malinterpretes. Pero si hay algo que he aprendido en estos años, es que hay que saber cuándo dejar ir las cosas. ¿Sabes?

—Supongo que tienes razón.

—Piénsalo. Imagina si no hubiéramos aceptado romper con Lover Boys cuando estábamos en la cima. No serías uno de los grandes nombres de Hollywood, Theo no sería el profesor más popular de la ULCA, y Sean no sería uno de los mayores productores de electrocardiogramas del mundo.

—EDM —aclaró.

—ED-¿Quién? —pregunté.

—No tiene nada que ver con electrocardiogramas. Es EDM. Música electrónica. Algo me dice que ya lo sabías.

—Nunca me gustó mucho la música de computadora. Demasiados pitidos y boops. Soy un tipo de instrumento real.

—Como sea. Creo que será divertido esta noche. Como dijiste, estamos todos tan ocupados con nuestras propias cosas, ¿cuántas veces nos vemos? ¿Cuándo fue la última vez que te vi? Quiero decir, como realmente pasar el rato, sin hablar contigo durante cinco minutos en una fiesta o tomar una cerveza rápida antes de salir corriendo a una cita en el juzgado. Ha pasado muchísimo tiempo. Así que creo que tenemos que reunirnos cuando podamos, ¿sabes? Escucha, me gusta dejar el pasado en el pasado, y no dejar nada para después de su fecha de caducidad, pero lo último que quiero es que todos nos convirtamos en extraños.

—Eso nunca sucederá. Somos hermanos y los hermanos siempre se mantienen unidos.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con la reunión de esta noche?

—Maldición. Siempre tuviste una forma de convencerme para todo, ¿eh?

—Sólo para las cosas que sabía que querías hacer.

—Sí, como ese desafío de albóndigas de cinco libras en Portland durante esa gira por la Costa Oeste.

—Uh, claro. Como el desafío de la albóndiga.

—Está bien. Me convenciste. Pero hay una condición.

—¿Qué será? —preguntó.

—Tendremos que hacer la mejor presentación de todos los tiempos.

—Estoy de acuerdo con eso —aceptó, mostrándome otra sonrisa de Will Gilles.

CUATRO

July

Una hora más tarde estaba de vuelta en mi pequeño y costoso apartamento del Distrito de Silver Lake. Era una caja de zapatos con menos metros cuadrados de los que preferiría. Pero era acogedor y, lo más importante, era todo mío. Después de la debacle nupcial del cosplay, todo lo que quería era un pequeño hogar para esconderme y fingir que el resto del mundo no existía, y eso lo tenía en mi apartamento.

Y no todo era malo. Claro, era tan pequeño que apenas podía pararme derecha en el baño, soy una mujer alta, ¿qué puedo decir? Pero el edificio en sí era un complejo de condominios ultramoderno, y la vista del vecindario desde mi pequeño balcón contribuía en gran medida a que el lugar se sintiera más grande de lo que era. Y estaba cerca de una de las franjas de moda de Sunset Boulevard, lo que significaba que estaba hasta los codos de cafeterías, panaderías y suficientes tiendas para mantenerme bien y ocupada.

El evento embarazoso de la tarde aún estaba fresco en mi cabeza. Todo era tan mortificante que me preocupaba que mi cara terminara con algún gesto de dolor permanente. Incluso en ese momento supe que la imagen mental de mí lamiéndome los labios lascivamente y batiendo las pestañas a un Adonis apenas adolescente me iba a perseguir hasta el final de mis días. No sólo hice algunas de las caras más ridículas de la historia, ¡sino que todas fueron para nada!

Entré a la cocina y dejé que mi bolso se deslizara de mi brazo sobre la mesa del tamaño de una bandeja de pizza. Me encontré pensando en lo que debió haber pasado por la cabeza de ese chico, y si se habría preguntado el por qué una anciana le estaba poniendo los ojos en blanco.

—No eres una vieja —me dije en voz alta mientras abría la nevera y sacaba una lata de agua con gas.

—¡En serio! —continué la conversación conmigo misma—. Treinta y tres años no te hace una mujer de edad.

Abrí la lata y tomé un trago.

—De todas maneras, ¿qué demonios haría con un tipo como ese de todos modos?

Por supuesto, justo cuando dije las palabras mi mente se volvió loca con ideas de lo que podría, de hecho, hacer con un tipo como ese. Un bloque sólido de abdominales y pectorales y ese maldito cinturón sexy de Adonis y... ¡Ugh! Mi vagina se apretó, y también mi agarre, provocando un suave sonido de arrugamiento de la lata.

¿Por qué los tipos como ese jamás se fijaban en mí? Entre George y los pocos hombres con los que me había involucrado no había un abdomen como ese. No era del tipo superficial, pero siempre había cuidado bien de mi cuerpo, maldita sea. Tomaba batidos de col y hacía lo que fuera para mantener la grasa a raya, sin olvidar mis rutinas en el Hard Bodies, mi gimnasio local. No

necesitaba un hombre esculpido en granito, hombres así nunca parecieron entrar en mi órbita.

Terminé mi bebida y tiré la lata en la cesta de basura. Justo cuando cerraba la tapa, mi iPhone dejó salir un zumbido apagado desde mi bolso, lo saqué y le di un vistazo. Era un texto de Loisa.

«Espero que te estés preparando. ¡Cero excusas!»

El concierto. Estaba tan metida en mi propia cabeza que había olvidado el hecho de que estaba a punto de hacer algo divertido con mi noche.

A decir verdad, una parte de mí no quería ir. Desvestirme y meterme en la bañera, seguido de una noche de ocio frente a la televisión con uno o dos cócteles sonaba muy bien. Pero sabía que no había forma de superar el poder combinado de mis tres amigas tratando de sacarme. Y por mucho que odiara admitirlo, tenían razón sobre lo ermitaña que me estaba convirtiendo.

¿Y quién sabe? Tal vez me divertiría de verdad. Pensando en el concierto me encontré deslizándome en un sentimiento feliz y nostálgico, casi como un zumbido burbujeante. Sólo la idea de ir a ver a los Lover Boys de nuevo me traía de vuelta, haciéndome sentir como una adolescente con toda la vida por delante, sin ninguna preocupación en el mundo, sólo teniendo una noche de diversión con mis mejores amigas. Sin facturas, sin estrés, sin pequeños apartamentos, sólo diversión total.

Entré en mi pequeña habitación, con el sol del atardecer de California inundando el lugar. Una vez allí, me saqué los jeans y la camisa y los tiré sobre la cama. Me quedé con nada más que un conjunto de sujetador y bragas que no combinaban, a quién le importaba si lo hacían o no, nadie iba a verlas, ¿sabes? Me puse delante de mi armario y abrí las puertas.

Lover Boys.

No pude evitar que se me formara una sonrisa en los labios al pensar en ellos. Tan cursis, tan exagerados, pero muy divertidos. Sólo duraron unos pocos años, pero fue más que suficiente para lanzar éxito tras éxito que los llevó a ser la banda sonora de más de un verano.

Y mientras estaba allí considerando la noche que se avecinaba y tratando de averiguar qué ponerme, vi algo en el estante superior de mi armario. Estaba un poco desconcertada por lo que podría ser, pero a medida que me fui acercando, lo reconocí: era una pequeña caja de zapatos rosa y blanca que había tenido durante años y años, un pequeño lugar donde había guardado todo tipo de recuerdos de esa etapa de mi vida. Siempre terminaba en las cajas de la mudanza para ser guardado en el fondo de un armario u otro. Lo alcancé, pero sólo logré tomarlo del borde antes de tambalearme y caerme de espaldas, arrastrando la caja de la estantería y derramando el contenido en el suelo.

—¡Ah, mierda! —grité mientras caía sobre mi trasero.

Ante el desastre me di cuenta de lo que había derramado. Eran fotos, y muchas. La mayoría eran de la universidad, de mí y Ceci y algunos otros amigos, antes de que Loisa y Dyana se unieran a nuestro grupo y nos convirtiéramos en el fabuloso cuarteto sin el cual no podría imaginar mi vida.

Revisé las fotos y una gran sonrisa se extendió por mi cara mientras dejaba que la nostalgia se apoderara de mí. Algunas de ellas tenían quince años o más, cuando la gente tomaba fotos que luego podías tener en la mano, cuando no existían el espacio o la nube o lo que sea.

Me encontré con una gran cantidad de ellas, de nada más y nada menos que un concierto de los Lover Boys al que habíamos ido en el Sunset Strip hace tiempo. Fue antes de que se hicieran grandes, en esa breve ventana de tiempo entre el lanzamiento de su primer álbum y cuando explotaron, convirtiéndose en una de las bandas más grandes del país. Hasta que se retiraron justo cuando estaban en la cima de su carrera, dejando a los pobres aficionados como yo con hambre de más.

Las fotos se habían tomado desde un punto muy cercano al escenario, y los recuerdos de esa noche volvieron a mi mente. Pero mientras hojeaba las fotos de la banda, todos ellos con su cursi y glamoroso look completo con maquillaje, gran cabello y todo lo demás, en lo único que podía pensar era en el cantante principal, Roy, y en lo jodidamente sexy que era.

El chico era dueño del escenario, no había otra forma de decirlo. Lo acechaba como un león grande y sexy, caminando de un lado a otro con el soporte del micrófono en la mano mientras lanzaba melodías con su voz asesina. Y mientras miraba una foto en particular, una de él vestido con nada más que botas negras, un chaleco sin nada debajo, y un par de pantalones de cuero que ciertamente mostraban el contorno de su pene visible, sentí que esa sensación regresaba, la misma que había sentido cuando miraba al modelo en la clase de pintura.

Roy Mills exudaba sexo, crudo y puro. Mis ojos se movieron por cada centímetro de su cuerpo, y contemplaron sus abdominales marcados, sus brazos tonificados, y su cabello rubio y salvaje, immortalizado en la foto. Y lo que la hacía única era que en el momento en que tomé la foto, lo sorprendí mirando en mi dirección, con esa hermosa y arrogante sonrisa en su rostro.

Más recuerdos volvieron a mí mientras sostenía la foto. Mordiendo mi labio inferior, sentía como mi vagina se apretaba como un puño y mis pezones se volvían rígidos bajo mi sostén. No era la primera vez que me sentía así al ver esa foto. Muchos orgasmos se habían producido gracias a esa toma, fingiendo que la mirada que le estaba dando a la cámara era más bien un “Hola, preciosa. ¿Qué harás después del show?” y no un “¿Pueden estas chicas lunáticas pasar cinco minutos sin tomarme una maldita foto? ¡Estoy tratando de hacer mi trabajo aquí!”

Pero era divertido fingir. Muy, muy divertido. El simple hecho de estar sentada en sostén y bragas de esa manera, con el mismo Roy Mills mirándome fijamente, fue suficiente para hacerme querer ir rápidamente a la ducha y tomar un poco de tiempo extra en mi proceso de preparación.

Así que, eso fue justo lo que hice.

Con foto en mano, miré alrededor del apartamento como si alguien me estuviera espiando o algo tonto como eso. Entonces me apresuré en alcanzar mi mesa de noche donde guardaba mi confiable Varita Hitachi, me fui hasta el baño y abrí el agua caliente. Me deshice del sostén y las bragas, mi centro estaba tan mojado que apenas podía pensar con claridad. Después de echar un último vistazo a la imagen y grabarla en mi mente, entré en la ducha y dejé que el agua caliente se derramara sobre mí.

En el momento en que accioné la varita y la coloqué entre mis piernas, supe que este tipo de relajación era justo lo que necesitaba. Mis piernas comenzaron a temblar y mi mano se extendió sobre la pared de la ducha, sosteniéndome ante el placer que me embargaba.

Cerré mis ojos, y suaves gemidos escaparon entre mis labios. Con Roy Mills en mente, fue un viaje por el carril de los recuerdos que estuve más que feliz de recorrer.

Me imaginé que estaba de vuelta, en el momento en que se tomó la foto. Pero en lugar de mirarme por ese momento fugaz, Roy me hizo un gesto para que subiera al escenario, mientras me tomaba de la mano y me llevaba con él.

—Entre bastidores —ronroneó a mi oído—. Una hora, tú y yo solos.

Estaba nerviosa, convencida de que le había oído mal. Pero en el fondo sabía que me deseaba tanto como yo a él. Entramos en su lujoso camerino y él se sentó extendiendo sus brazos sobre el respaldo de su sofá.

Aumenté la potencia de mi vibrador, sabiendo que mi fantasía también estaba a punto de subir de nivel. ¿Por dónde empezar con un hombre como Roy Mills? Tantas cosas que quería hacerle, tantas cosas que quería que me hiciera a mí.

Me acerqué a él, siendo la yo de mi fantasía mucho más grácil y seductora que yo en la vida

real. Todavía me era difícil creer que después treinta y tres años en este cuerpo, era imposible para mí dominarlo y moverme sin chocar con las cosas y golpearme la cabeza.

¡Concéntrate! Tienes gracia en el mundo de las fantasías, ¿recuerdas?

Volví a entrar en el juego, sin movimientos torpes mientras me dirigía a Roy. Una vez frente a él, puse mis manos sobre sus hombros, me incliné y dejé que echara un buen vistazo a mis bonitas tetas antes de plantarle un beso en sus suaves y acolchados labios.

Ya podía sentir la agitación de un gran orgasmo. Aunque él era un producto de mi imaginación, tenía esa manera de volverme loca. No pude evitar preguntarme qué pasaría si lo conociera en persona. Sería algo como: ¡Hola! ¡Encantada de conocerte! Me he masturbado pensando en ti como un millón de veces.

De vuelta a mi preferido mundo de la fantasía, me arrodillé, llevando mis manos a sus frescos y suaves pantalones de cuero púrpura oscuro.

—Me has visto manejar un micrófono toda la noche —susurró—. Ahora, veamos qué tan bien lo haces tú.

Después de desabrochar la parte delantera de sus pantalones y bajar lentamente la cremallera, con un suave tirón descubrí su pene grueso y largo, goteando sólo para mí.

Envolví mis labios alrededor de su erección, Roy soltaba pequeños y sexys gruñidos mientras deslizaba mi boca a lo largo de su longitud. Después de un poco de eso, ambos nos encontramos queriendo mucho, mucho más. Segundos después estábamos desnudándonos uno al otro, arrojando nuestra ropa aquí y allá en el camerino, me subió a horcajadas sobre él y entró en mí, mis labios se abrieron y un gemido de puro placer salió de mis labios mientras me llenaba. El placer fue totalmente instantáneo, mis paredes se apretaban cada vez más agarrando su pene.

Los dos destrozábamos la habitación al puro estilo de una estrella de rock mientras alternábamos en diferentes posiciones, él penetrándome por detrás, yo montándolo como un maldito toro mecánico, él encima de mí con su cabello rubio haciéndome cosquillas en la cara.

No pude soportarlo más y me dejé llevar por el intenso orgasmo. Me quejé y me retorcí en la ducha, una mano sosteniendo la varita en su lugar y la otra apretando mis tetas, mis pezones todavía tan sólidos como podrían ser.

Los espasmos se desvanecieron y me quedé allí de pie en la ducha, con las piernas a punto de ceder debajo de mí. Había sido justo lo que necesitaba. Tiré el juguete y una sonrisa maquinadora se extendió en mis labios.

No sabía por qué, pero tenía la sensación de que iba a ser una noche descomunal.

CINCO

MI estómago estaba haciendo de las suyas cuando llegamos al lugar. Más de una década después, y todavía sentía la misma emoción ante la idea de subir al escenario y sacudir a los cientos de personas que se agolpaban frente a The Satellite, el moderno auditorio de Silver Lake que habíamos reservado para nuestro show secreto.

Y parecía que el espectáculo ya no era tan secreto.

Mi teléfono sonó en mi bolsillo y lo saqué para ver que era un mensaje de Will.

«¡No dejes que te vean entrar! ¡Mística, recuerda!»

Me reí mientras entraba con mi Aston Martin por el estrecho callejón entre el recinto y el edificio de al lado. Will siempre fue el hombre del espectáculo y probablemente le preocupaba la idea de que nos vieran en cualquier cosa menos en nuestros habituales y escandalosos trajes de Lover Boys.

Le envié un mensaje de texto una vez que me detuve en uno de los lugares privados.

«Tranquilo, no me verán en unos pantalones que no griten “estrella de rock”»

Sonreí y guardé el teléfono en mi bolsillo. Una vez que apagué el motor, salí al cálido aire de Los Ángeles por la noche.

Minutos después me abría paso por los pasillos traseros del local, entretejiendo mi camino entre los técnicos y el personal de servicio, dirigiéndome al camerino. A lo lejos podía escuchar el rugido de la multitud, más que unas pocas mujeres gritando entre ellas.

—¡Ahí está el hombre! —dijo Sean Ford, nuestro bajista, cuando entré en el salón.

Sean nació para tocar música, tan simple como eso. Por eso cuando Lover Boys se desintegró no perdió tiempo en salir al estrellato por su cuenta, abriéndose camino como artista en solitario. Decidió que un cambio de dirección era justo lo que necesitaba y se diversificó en EDM. No pasó mucho tiempo antes de que se convirtiera en uno de los grandes nombres del género, encabezando cualquier festival de música que valiera la pena.

—Aquí está el hombre —repetí, entrando a zancadas en la habitación y cerrando la puerta detrás de mí—. El hombre soy yo.

—Humilde como siempre —intervino Theo James, nuestro guitarrista principal, con una sonrisa mientras ajustaba la afinación de su Stratocaster de oro y blanco brillante.

De los cuatro, Theo había sido el que más se había alejado del camino después de la banda. Era un lector, y cuando no tenía una guitarra en sus manos, tenía la nariz en un libro. Muchas revistas habían publicado fotos de él vestido con su ropa glam-rock y su cabello rojo salvaje que le cubría ambos lados de la cara mientras hojeaba un clásico u otro.

Después de Lover Boys, decidió dedicarse a tiempo completo a su amor por la literatura,

regresando a la universidad para su maestría y luego su doctorado, terminando finalmente con un puesto de profesor en el departamento de inglés de la UCLA. Era, de lejos, uno de sus profesores más populares, y cuanto más lo pensaba más me parecía un buen ajuste, después de todo, ¿qué tan diferente era una sala de conferencias a un escenario?

—Bien. No queda mucho tiempo antes de que termine el primer acto. Y te necesitamos con tu atuendo —repuso Will.

Will, el alto y guapo líder, sonrió con un par de baquetas metidas en su bolsillo trasero.

Escuché el sonido de la multitud a través de la puerta.

—Demasiado para un espectáculo secreto —agregué.

—No es broma —dijo Theo mientras tocaba sin esfuerzo algunos arpegios—. ¿Recuerdas como antes se podía guardar un secreto como este?

—Antes de las redes sociales —aclaró Will, con un tono melancólico en su voz, como si estuviera pensando en los buenos viejos tiempos—. Antes todos tenían celular sin cámara y la gente pedía autógrafos en vez de selfies.

Me reí.

—Todos ustedes parecen estar listos para rockear —me acerqué a él que estaba cerca de los trajes.

—Bien —dirigió su atención a los atuendos—. Esto es lo que tengo para ti.

Sacó un par de pantalones y una camisa. Los pantalones eran de cuero verde oscuro, naturalmente, y la camisa era casi transparente.

—Y te he traído un par de botas de piel de serpiente sintética de mi colección personal —agregó con una sonrisa.

—Perfecto.

¡Oh, hombre! Eran todo lo que yo esperaba, tal vez incluso un poco más. Las botas de piel púrpuras con algunos adornos de diamantes aquí y allá... ¿Qué más necesitaba una estrella de rock?

Un golpe seco en la puerta de la habitación llamó mi atención, seguido de la apertura de la misma y una cabeza que se asomaba.

—¿Están listos? —preguntó el productor—. Porque la multitud está lista para verlos.

—Creo que sí —dije, deshaciendo los botones de mi camisa.

—¿Qué hay de ustedes?

—¡Sí! —los chicos sonaron al unísono.

Con la ropa en mano, me metí en el baño para cambiarme. Justo cuando me quedé nada más que en mis calzoncillos negros, mi teléfono zumbó en el bolsillo de mi pantalón. Una rápida comprobación del teléfono me hizo sonreír de forma estúpida, era una chica. Y no cualquier chica, sino una que me traía loco.

—¡Hey! —contesté, con una sonrisa en la cara—. ¿Qué pasa?

—Nada —su voz era tan equilibrada y madura, más allá de sus años, como siempre—. Sólo me preguntaba cuándo ibas a volver.

—Muy pronto. ¿Por qué, cariño?

—Acabo de leer algo muy interesante y quería contártelo, eso es todo.

—Puedes decírmelo por teléfono si estás tan entusiasmada con esto.

—Bien, papá.

En la otra línea estaba Sophia, mi hija y la mujer más importante de mi vida. Bueno, a la par con mi madre, por supuesto.

Ella y yo teníamos una historia interesante. Cuando empecé a desempeñarme como abogado,

trabajé con más de unos pocos clientes desfavorecidos y vi un lado más duro de Los Ángeles al que nunca antes había estado expuesto desde mi posición en la fama. A través de uno de mis casos conocí a Sophia, una señorita inteligente y divertida que había tenido un comienzo difícil, por decir lo menos, y que se había encontrado envuelta en el confuso lío del sistema de acogida de Los Ángeles.

Después de que nos lleváramos bien, dediqué un poco de tiempo a su situación, haciendo lo mejor que pude para que se estableciera con una familia adoptiva perfecta. Y encontramos un tipo, rico y con una gran casa en Newport dispuesto a adoptarla. Sin embargo, hubo un problema justo antes de que firmáramos la línea de puntos, y resultó que la familia perfecta no era tan perfecta. El potencial nuevo padre de Sophia había estado robando a su compañía financiera, y el día antes de que estuviéramos listos para poner a la niña en su camino, fue arrestado. A lo grande.

Su nueva vida, aquella por la que ella había estado tan emocionada, terminó antes de haber comenzado. Y me tocó a mí darle la noticia. Pero cuando la senté para decírselo, salió de mi boca una frase que nunca imaginé que diría: “¿Quieres venir a vivir conmigo?”

Así como así, tuve una niña pequeña. Y no me he arrepentido ni un momento de ello.

—Papá, ¿sabías que el Imperio Romano no cayó en 476 cuando todos pensaban?

Esa era Sophia en pocas palabras, justo esa. Siempre me consideré un poco inteligente, lo suficiente para pasar un examen, al menos. Pero a pesar de tener sólo doce años, ella ya me estaba avergonzando. La chica se movía de un interés a otro, aprendiendo hasta saciarse y avanzando rápido como un ratoncito, uno totalmente adorable.

La historia clásica había sido su interés últimamente, y mi teléfono estaba constantemente explotando con pequeños hechos sobre Grecia y Roma y este o aquel emperador. Y eso me encantaba.

—¿En serio? —le pregunté.

—Sí. El Imperio del Este en realidad continuó durante mil años más. ¿Y sabías que el nombre del último emperador era Augústulo, que significa pequeño Augusto? Como una pequeña versión del primer emperador.

Como dije, la chica era inteligente.

—Wow. Nena, no lo sabía, de verdad —admití mientras me metía en mis pantalones de cuero y acunaba el teléfono con el cuello—. Uh, ¿cómo está la abuela?

Aunque tenía cierta influencia en el sistema legal de Los Ángeles, un hombre soltero que adoptara una niña seguía siendo un tema a considerar. Sin embargo, cuando mi madre, Mary, se enteró de mi plan, se sintió muy feliz de ofrecer sus servicios. También se ofreció a mudarse, lo que me pareció muy bien. Sin mencionar que quería hacer todo lo posible para ayudarla después de que papá falleciera repentinamente hace un par de años.

Era una pequeña familia poco ortodoxa que teníamos, pero no la cambiaría por nada del mundo.

—Oh. Ella está aquí mismo...

Hubo un breve crujido en el otro extremo, seguido por la voz familiar de mamá.

—¿Roy? ¿Eres tú?

—No —dije con una sonrisa—. Es tu otro hijo del Dios del rock.

—Lindo. ¿Estás a punto de subir al escenario?

Había un rastro de preocupación en su voz, típico de mi madre.

—Claro que sí. Sólo necesito terminar de prepararme, y estaremos listos para rockear.

—Y no estás haciendo ninguna de esas cosas de estrella de rock, ¿verdad? Con bebidas y chicas y Dios sabe qué más.

La preocupación era palpable. Créanlo o no, era más encantador que nada: sólo su manera de demostrar su amor.

—No hay necesidad de preocuparse por nada de eso, mamá. Esto es un espectáculo único. Volveré a ser tu hijo abogado bienhechor antes de que te des cuenta.

—Bien, porque sabes que me preocupo.

—¿De verdad? —pregunté, todavía sonriendo—. No lo había notado.

Se oyó un golpe en la puerta del baño justo cuando entré en mi última bota.

—Bien, mamá. Tengo que irme... darle mis saludos a la enana.

Nos despedimos, y abrí la puerta para ver a Will, con su cara cubierta de un maquillaje salvaje y colorido.

—¿Estás listo para el tuyo? —sus labios magenta se extendieron en una enorme sonrisa.

—Oh sí. ¿Cómo es que casi me olvido de la parte más importante del traje?

Me llevó a un tocador donde la maquilladora me estaba esperando. No perdió tiempo en comenzar a trabajar, y después de unos toques de delineador y lápiz labial me veía muy bien.

—¡Mierda! —exclamé, girando la cabeza de lado a lado frente al espejo para ver bien las cosas—. Lo tengo que decir, esto es feroz. Espera, ¿la gente sigue diciendo “feroz”? —le pregunté a la chica del maquillaje.

Dejó escapar una risita por mi total ignorancia.

—Creo que ahora todo se trata del “yaaass” —repuso Theo—. Al menos eso es lo que dicen mis estudiantes.

—Como, ¿tu maquillaje es el yaaass? —preguntó Will.

Otra risa de la maquilladora.

—Oye —le dije con una sonrisa bondadosa—. Espera a ser mayor como nosotros, sin saber lo que dicen los niños.

—Sí —puso los ojos en blanco de forma juguetona mientras terminaba con mi peinado—. Los treinta y tantos no son tan viejos.

—Bien, chicos —intervino Sean—. ¿Estamos listos para hacer esto?

Eché un último vistazo al vanidoso atuendo, mi cabello se alzaba hasta la gloria completando el estilo de los ochenta, y mi maquillaje me hacía ver lo suficientemente sexy.

Estaba listo.

Agarramos nuestro equipo y abandonamos el salón, el ruido en el lugar era casi abrumador. A lo lejos podía oír el canto de ¡Lo-ver-Boys! ¡Lo-ver-Boys!

No podía dejar de sonreír. Los cuatro pasamos por el backstage como si no hubiera pasado nada de tiempo desde nuestro último show. Pronto doblamos una esquina y nos encontramos cara a cara con una multitud de fanáticos gritones, en su mayoría mujeres, extendiendo sus brazos hacia nosotros como si quisieran comernos vivos. Tal vez hace diez años las habría dejado hacerlo, pero esa noche, todo se trataba de la música.

O al menos así lo era... hasta que la vi.

Era alta como ninguna, sobresalía del resto de la multitud, y tan malditamente hermosa que me congelé en el lugar, hipnotizado por sus ojos asesinos. Su rostro era delgado, largo y precioso, sus labios llenos se curvieron en una expresión que dejaba claro que sabía que yo le estaba haciendo ojitos, pero que no sabía muy bien qué hacer con ello. Claro, yo había dejado la música hace mucho tiempo, pero esta chica era tan sexy, tan hermosa, que todo lo que quería hacer en ese momento era dejarlo todo y correr a crear un álbum con canciones sobre cómo me sentí en ese mismo segundo que la vi.

—¡Oye, Roy! —gritó Will, agarrándome del brazo y devolviéndome a la realidad—. ¿Te vas a

quedar parado toda la noche, o vas a rockear?

Miré en dirección a la chica, y se había ido. Pero el hechizo seguía ahí. Me volví hacia Will y le hice una seña con la cabeza y hablé sobre el ruido.

—Claro que sí. Hagamos esto.

Me uní al resto de los chicos mientras nos dirigíamos hacia el escenario. Esa vieja excitación se apoderó de mí, la misma que sentí cada vez que había subido al escenario todos esos años, con el mundo entero frente a nosotros.

El canto de ¡Lo-ver-Boys, Lo-ver-Boys! creció y creció, y en el momento en que salimos al escenario como dioses el maldito lugar explotó.

Me acerqué al micrófono mientras los chicos tomaban sus lugares y se amarraban a su equipo. Con un rápido movimiento, arranqué el micrófono del soporte.

—¡Silver Lake! —grité—. ¿Estás listo para rockear?

Los gritos de vuelta confirmaron que sí, que lo estaban.

Pero sin siquiera pensarlo, comencé a escanear la multitud. No podía creerlo, pero en ese momento lo único que me importaba era volver a verla.

SEIS

July

Treinta minutos antes...

THE SATELLITE ERA un maldito manicomio. El lugar estaba repleto de gente, y yo sorprendida de ver la variedad en la demografía que Lover Boys había sacado a relucir. La banda de apertura acababa de terminar y los ayudantes estaban ocupados preparando el escenario para el evento principal. Detrás de la batería colgaba una enorme pancarta con el nombre del grupo escrito en fuente gótica y colores rosa y púrpura, con su logo de una guitarra atravesando un corazón al estilo de Cupido.

Lo admito, estaba totalmente emocionada.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó Dyana tomando un sorbo de su whisky sour.

Antes de que pudiera responder, un par de fans de su Instagram la hicieron a un lado y le pidieron una foto, Dyana posó sin esfuerzo para la cámara haciendo una señal de paz como la había visto hacer muchas veces antes, para luego voltearse hacia mí como si nada hubiera pasado.

—¿Esa pose nunca pasa de moda? —pregunté.

—No —dijo con una gran sonrisa fotogénica.

—No evadas la pregunta —añadió Ceci, que estaba de pie a mi derecha, con nuestras espaldas contra la barra—. Tiene que haber alguien aquí con quien puedas divertirte después del concierto.

—Alguien dejó sus modales en casa.

Sonrió.

—¡Es Lover Boys! Esta es la noche de los malos modales, y de la mejor manera posible.

A lo lejos pude ver que Loisa ya tenía el espíritu de esos “malos modales”. Estaba acurrucada cerca de un tipo con el que había estado charlando todo el día en Bumble, y parecía que el partido había sido un éxito sin esfuerzo.

—Eso parece —hice un gesto en dirección a ella.

—¿Que tal ese? —Dyana señaló un tipo con jeans ajustados y de barba.

—Demasiado moderno —dije.

—Hmm. ¿Qué hay de él? —Ceci hizo un gesto con su bebida hacia un chico que no podía tener más de veintidós años.

—¿Estás bromeando? —pregunté—. No busco que me arresten por engancharme con un menor.

—Bien, bien —se quejó Dyana—. ¿Qué tal esa gua...

Antes de que pudiera terminar de hablar, el tipo en cuestión, uno guapo y bien construido con una sonrisa perfecta y ojos de ensueño se acercó y empezó a charlar con ella. Antes de que me diera cuenta de lo que había sucedido, la separó del grupo y la llevó a la multitud.

—¿Ves eso? —le pregunté a Ceci—. ¡Dyana sólo estaba de pie y el Capitán Guapo la encontró como si nada!

—Capitán Magnífico querrás decir. ¿Es legal ser tan sexy? —preguntó con una sonrisa.

Puse los ojos en blanco en respuesta.

—Pero en serio. Viste eso, ¿verdad?

—Oh, claro que lo vi.

—Quiero decir, no quiero sonar como una resentida ni nada, pero siento que soy totalmente invisible para los chicos desde que volví a ser soltera. ¿Hay algo malo en mí?

—Sí, lo hay.

Mis ojos se abrieron un poco al escuchar eso.

—Demasiado sincera para ser una amiga de apoyo —dije con una sonrisa.

—No quiero decir que estás totalmente jodida. Pero déjame preguntarte esto, ¿cómo te sientes sobre lo que pasó?

—Bien —mis ojos se fijaron en mi mojito en el momento en que dije la palabra.

—Esa ha sido la respuesta más falsa que he escuchado. En serio, ¿cómo te sientes? Ha pasado poco de tiempo desde todo eso, y has empezado a actuar como si nunca hubiera pasado.

—Porque así es como quiero tratar ese desastre. Como si fuera un sueño de mierda.

—¿Tan malo es?

Respiré hondo y miré hacia otro lado por un momento, dejando que mis pensamientos se mezclaran con el estruendo de la multitud y la música house, que reconocí como un tema de nada menos que el DJ Sean Ford, el bajista de Lover Boys.

—Debo admitirlo, una parte de mí está aliviada. Ahora que he tenido tiempo para pensarlo, no creo que hubiera sido feliz con George. De hecho, me habría sentido miserable.

—Aparte del hecho de que tu nombre habría sido Sra. July Salt.

—Aparte de eso, sí —acepté con una ligera sonrisa—. Cuando volvimos a la vida del otro después de tanto tiempo, y me dijo que había estado enamorado de mí durante años, se sintió... no sé, no se sintió como si fuera real, ¿me entiendes?

—El cliché de las comedias románticas. El chico que conociste en el instituto y que siempre estuvo enamorado de ti pero nunca lo viste. Luego, años después, te das cuenta de que ambos están hechos el uno para el otro.

—Exactamente. Sonaba tan perfecto. Pero mirando hacia atrás, nunca lo sentí un amor de esa manera, no de parte de él. Y fue evidente que no lo sentía, considerando que me dejó en el maldito día de nuestra boda por una chica que prácticamente acababa de conocer.

—El día de una boda en la que no tuviste voz ni voto.

—Cierto.

—¿Y te gustaría haberte casado con un tipo que te dejaría en cualquier momento por el primer par de tetas que se le cruzara en el camino?

Dio justo en el clavo.

—Tienes razón. Probablemente fue para bien que la boda nunca se celebrara.

—Todavía me duele como tu amiga, saber que te dejaron plantada en tu gran día.

—Eso es lo que resume todo.

—Y ese es el centro de este tema en particular. Hay una razón por la que no hay chicos

dándose codazos unos a otros tratando de tener la oportunidad de hablar contigo. Y no es porque haya algo raro y jodido en ti, sino porque estás enviando vibraciones de perra nivel 10 a cualquier tipo en un radio de 15 metros.

—No, no lo hago —rápidamente lo negué, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Sí, lo haces —aseguró Ceci—. Piensa en ello como una vibra de repulsión para los hombres. En la superficie, estás lista para tener citas de nuevo. Pero en el fondo tienes mucho miedo de salir lastimada por segunda vez. Y se nota.

—Aquí vamos de nuevo —resoplé.

—En serio. No quiero sonar como un disco rayado, pero es verdad. Los chicos pueden percibir cuando una chica está enviando esas putas vibraciones. Y Jul, ya hemos hablado de esto antes, las estás emanando desde la boda, como Chernobyl la radiación.

Me burlé, deseosa de descartar el pensamiento como lo había hecho siempre que ella o cualquiera de las otras chicas había sacado el tema antes. Pero algo en ese momento, al oírlo, hizo que pareciera que ella tenía razón.

Pero antes de que la conversación pudiera continuar, Dyana, Loisa y sus compañeros se acercaron a nosotras, con los ojos tan abiertos como platos.

—¡Chicas! —gritó Dyana, con la mano de su guapo en la suya—. Luca dijo que conoce a uno de los chicos en el backstage, y si queremos, puede llevarnos a ver Lover Boys saliendo.

—¿Hablas en serio? —preguntó Ceci.

—Por supuesto —aseguró el hombre evidentemente llamado Luca, su voz era tan suave y rica como el chocolate negro derretido—. Cuando quieran podemos ir.

Sin embargo, en ese momento me sentía derrotada. Ceci tenía razón, pero el darme cuenta de la verdad había hecho que la emoción por el concierto se esfumara. ¿Realmente había estado lanzando vibraciones de perra a cualquier pobre imbécil que hubiera sido tan amable de darme un poco de atención?

—Vamos —Ceci, me tomó de la mano—. Suelta esos pensamientos por esta noche. ¡Vamos!

Antes de que tuviera la oportunidad de decir algo, los seis nos precipitamos entre la multitud y nos dirigimos hacia la zona de bastidores. Observé cómo Luca engrasaba las palmas de las manos o cualquier otro truco que tenía bajo la manga, y por supuesto, uno de los guardias abrió la puerta y nos dejó pasar a todos. Ceci todavía tenía mi mano, y no perdió tiempo en arrastrarme con el resto del grupo.

No tenía ni idea de lo exclusivo que era todo este asunto del backstage, pero había suficiente gente ahí atrás para darme la impresión de que cualquier influencia que Luca tuviera, no era tan única. Todos nos precipitamos por el largo pasillo y, a pesar de todo, me fui entusiasmando cada vez más con cada paso. Claro, era estúpido y tedioso, pero tenía derecho a un poco de diversión, ¿verdad?

Finalmente llegamos a una cuerda de terciopelo que separaba la zona de backstage para personas normales de la zona extra especial para personas famosas. La energía crepitaba en el aire como si fueran fuegos artificiales mientras todos esperábamos que la banda saliera. En poco tiempo se escuchó un cántico: ¡Lo-ver-Boys, Lo-ver Boys!

Creí que ya no era así, que era una mujer adulta después de todo, ¿no? Pero estando allí de pie, entre mis amigas y todos los demás fans me sentí como si tuviera dieciocho años de nuevo. No podía creer lo emocionada que estaba.

El cántico alcanzó un nivel desgarrador, y pronto salieron los integrantes, todos ataviados con su gloria de glamour. Primero fue Sean, el ex bajista y ahora DJ de fama mundial. Luego Theo, el hombre pensante del grupo que había puesto su cerebro en una carrera como académico. Y luego

Will Gilles, el protagonista de Hollywood.

Dios, estaban todos tan jodidamente sexys. Ni siquiera me importó que estuvieran vestidos como Mötley Crüe, cada uno de los chicos sólo irradiaba sexo a su manera.

Y cuando el mismo Roy Mills salió, todas las apuestas se cancelaron. Con esa hermosa y arrogante sonrisa en su cara, su cabello rubio salvaje como una melena, su camisa lo suficientemente transparente como para que pudiera ver hasta la última línea de sus tonificados músculos. Y en su brazo había un tatuaje con el logo del corazón y la guitarra de la banda.

El solo hecho de verlo fue suficiente para mojarme. No podía creer el efecto que ese hombre tenía en mí.

Y cuando me miró a los ojos, todo terminó.

Al principio estaba segura de que estaba imaginando cosas. De todas las chicas que había a mi alrededor, Roy Mills no me escogería. Pero lo hizo. Sus ojos se quedaron fijos en los míos, y la sonrisa engreída se desvaneció de su cara y fue reemplazada por una expresión que era algo así como “demonios”.

No duró más de un par de segundos. Pero esos breves momentos fueron suficientes para que mi vagina se apretara y mis pezones se erizaran. Entonces uno de los chicos, Will, se acercó él y le dio una palmada en su amplio y redondo hombro rompiendo el hechizo. Y eso fue todo.

—¡Vamos! —Ceci, tomó mi mano de nuevo y tiró de mí a través de la multitud—. ¡Están pasando! ¡Tenemos que acercarnos!

No tuve nada que decir sobre el asunto. Y era bueno que no lo hiciera, la mirada de Roy Mills había sido tan intensa que si Ceci no hubiera estado allí para llevarme, probablemente me hubiera quedado con la boca abierta hasta que los de seguridad me echaran a patadas.

Pronto nos vimos envueltos en una estampida de gente que se precipitaba al frente del escenario. No tengo ni idea de cómo lo conseguimos, pero todo el grupo acabó en primera fila. La tensión y la anticipación en el aire era tan intensa que sentía que me faltaba la respiración. Los Lover Boys sabían cómo hacer que sus fans clamaran por ellos, y el canto de su nombre lo dejaba muy claro.

Luego salieron.

Los gritos de ánimo estallaron cuando subieron al escenario. Roy arrancó el micrófono del soporte y se lo llevó a la boca.

—¡Silver Lake! —gritó—. ¿Estás listo para rockear?

Más gritos eufóricos. El bombo se puso en marcha, pateando a un ritmo constante. Entonces Sean llegó con una línea de bajo muy buena. Theo fue el siguiente con un riff distorsionado y chillón que indicaba que iban a dar uno de sus mayores éxitos, *La chica de mi vida*.

Y me quedé allí como una completa idiota, con la mandíbula en el suelo mientras Roy se pavoneaba, sacudiendo las caderas al ritmo de la música de una manera que no tenía nada que envidiar a Mick Jagger.

Se metió en la canción, y la multitud se volvió totalmente loca a mi alrededor. Estaba tan emocionada, abrumada y todo lo demás que ni siquiera bailé, me quedé ahí parada como hipnotizada mientras los chicos hacían lo que mejor sabían hacer.

Y, por supuesto, me llamó la atención lo buenísimo que estaba. Debo admitir que una parte de mí estaba preocupada de que él y el resto de los chicos se vieran un poco tontos dentro de esos trajes de cuero y todo el maquillaje. Pero no lo hicieron. Cada uno de ellos estaba todavía en forma, con caras que parecían sacadas de un maldito comercial de hojas de afeitar.

Además, mis ojos se fueron a su zona sur, hacia el encantador bulto que se le formaba con esos pantalones. Me impresionó tanto ese delicioso detalle que apenas me di cuenta cuando me echó

una mirada, me mostró esa inmejorable sonrisa y...
Me invitó a subir al escenario.

SIETE

July

No tenía ni idea de qué hacer. El último acorde de la canción hizo estallar un gran final en su trampa y platillos.

Y ahí estaba la mano de Roy Mills, con sus dedos adornados con anillos hilarantes.

—¡Vamos! —gritó, levantando la cabeza hacia el escenario.

Miré a mi alrededor, como si quisiera que una de las chicas dijera algo, señalando que estaba justo en medio de la alucinación más loca de todos los tiempos. Por supuesto, capté la mirada de Ceci, y ella de alguna manera, con sólo sus expresivos ojos, se las arregló para decir: “¿Qué demonios estás haciendo, mujer loca? ¡Sube allí!”

Así que lo hice. Me volví hacia él y tomé su mano. Era cálido y áspero, como un hombre debía sentirse. Con un tirón, me ayudó a subir al escenario. Y como si las cosas no pudieran ser más increíbles, me rodeó con su brazo alrededor de los hombros y me acercó a su sólida y musculosa estructura. El miedo, el nerviosismo y la excitación total y completa se apoderaron de mí.

—VAMOS A HACER algo un poco especial esta noche —su voz fluía sobre la multitud como una hoja de seda.

Mi pecho se elevó y cayó, tenía miedo de que me excitara tanto estando allí con él que desatara una inundación en la primera fila de gente. Las miradas a mi izquierda y a mi derecha revelaron a los otros chicos levantando algunas otras chicas de la multitud, todas ellas tan sorprendidas y emocionadas como yo.

—Es divertido estar de vuelta con los chicos —anunció Roy—. Pero la música no es nada, y me refiero a nada sin todos ustedes. Así que, empecemos este espectáculo con algo de diversión... ¿qué dicen?

Locos, y quiero decir dementes, los aplausos recorrieron el lugar, solo callaron cuando Roy levantó su mano libre.

—¡Espero que todas sepan bailar!

Espera, ¿qué? ¿Acaba de traerme Roy Mills, uno de los seres humanos más coordinados del planeta, al escenario para bailar con él? Una parte de mí quería correr gritando hacia la multitud, de sólo imaginarme agitando mi cuerpo en ese escenario.

Pero era demasiado tarde para volver atrás. En el momento en que Theo comenzó a lanzar el inconfundible riff de apertura de su mayor éxito, *Permiso para amar*, la multitud enloqueció.

Roy retiró su brazo de mi alrededor y me hizo un guiño antes de llevar el micrófono a sus labios. Pero tan pronto como empezó a cantar, la locura total en la que estaba metida hizo que todo

sonara como un estruendo apagado. El resto de las chicas en el escenario fueron directamente a bailar, por supuesto, sacudiendo sus traseros y moviendo sus cabellos, pasando el mejor momento de sus vidas.

Y yo me quedé allí tiesa como una momia, sin idea de qué hacer con ninguna parte de mi cuerpo.

—Te sientes caliente —cantaba Roy, comenzando el coro—. Te sientes débil.

Estaba llegando al clímax de la canción, y todo lo que podía hacer era mirar fijamente al espacio, totalmente aturdida, con las luces del escenario como una especie de rayo tractor alienígena en el que estaba atrapada.

—Te sientes bien —continuó cantando, su voz era tan poderosa e hipnótica como siempre—. Estás en tu mejor momento.

Como si sintiera que estaba en una de mis fantasías, él se giró y fijó su mirada en mí.

—Sé que lo quieres. No te haré rogar.

A pesar de la pequeña serie de ataques de pánico que estaba viviendo internamente, el hecho de que Roy me mirara, cantando esas letras, fue suficiente para ponerme en un estado como nunca antes había conocido. Todo el poder y carisma de uno de los mayores dioses del rock se centró en mí, y sólo en mí.

—Me haces sentir como si estuviera tomando un nuevo tipo de droga —cantó, acercándose a mí—. ¡Awww, maldición, chica, necesito tu permiso para amar!

Hecho. Ya había terminado. Si fuera posible combustionar espontáneamente de la locura sexual total, lo habría hecho allí mismo, en ese momento. Era el tema principal de muchas noches locas de mi juventud, y allí estaba el hombre mismo, cantando sólo para mí.

Fue suficiente para aplastar mis inhibiciones como una lata de cerveza bajo la bota de un camionero. Una amplia sonrisa se extendió por mi cara mientras mecía mis caderas de lado a lado y comenzaba a sacudir mi trasero como si no hubiera un mañana. Roy vio como me movía, con sus oscuras y gruesas cejas arqueadas en lo que parecía ser una feliz sorpresa.

Un rugido surgió de la multitud mientras bailaba, todos en el lugar animándome. No podía creer lo que estaba viendo o lo que estaba haciendo, pero algo en la música, el escenario y todo lo demás funcionó para sumergirme en una especie de trance loco.

Y me encantó cada segundo.

Roy continuó con el versículo, acercándose más a mí mientras cantaba. Fue tan asombroso y tan travieso que mentiría si dijera que no me emocionaba un poco saber que era la envidia de todas las chicas del lugar.

Cuando llegaron al segundo coro yo estaba bailando como una loca total. Estaba segura de que me veía ridícula, pero no me importaba en absoluto. Me estaba divirtiendo como nunca en mi vida con el hombre más excitante del planeta.

En el solo de la canción Theo se destacó tocando la guitarra, haciendo que se me erizara la piel mientras bailaba. El resto de las chicas se estaban divirtiendo tanto como yo, pero ninguna de ellas parecía haber capturado la atención de Roy de la manera en que yo lo había hecho.

¿Estaba todo en mi imaginación?

Finalmente, los muchachos terminaron la canción, Will golpeando la batería, Theo tirando una última floritura de guitarra loca, y Sean zumbando en una última nota de bajo. Y por supuesto, Roy rugiendo al micrófono.

Y así como así, la canción terminó. El lugar estalló en aplausos, y yo me quedé atónita, con el pecho hinchado y los ojos muy abiertos.

Antes de que pudiera pensar qué hacer a continuación, sentí una mano agarrada a mi cadera.

Me di la vuelta para ver quién era, y por supuesto, era él. Sonrió, se inclinó y me susurró al oído las palabras que había querido escuchar desde que era una adolescente.

—Mi camerino después del espectáculo. ¿Te apuntas?

OCHO

July

El resto del concierto pasó como una especie de sueño loco, totalmente salvaje. Las mujeres estaban locas y tuve que admitir que disfruté de sus claros y totales celos por el hecho de haber sido elegida por Roy.

Pero durante el resto del baile, la música y la emoción del espectáculo, la pregunta apareció como si un pequeño bicho se hubiera metido en mi cabeza: ¿por qué yo?

No me malinterpretes. No soy el tipo de chica que se golpea a sí misma o piensa que no soy buena o ninguna de esas tonterías. Tengo una auto-opinión muy saludable, muchas gracias. Bueno, un poco saludable. Pero ya sabes.

Pero que Roy Mills me invitara a subir al escenario era otra cosa. A pesar de ser un espectáculo secreto, había cientos de personas abarrotadas en el lugar. Y para mi sorpresa, no todos eran fanáticos de la edad milenaria como yo y las chicas. No, había un montón de fans más jóvenes allí.

Eso significaba que Roy podía elegir a cualquier chica que quisiera en el lugar. Pero no, me eligió a mí. Me miró directamente entre la multitud, me dedicó esa sonrisita imposible y me subió al escenario junto a él.

Y eso no fue todo. No, ni siquiera un poco. Me había invitado a su camerino... ¿a hacer qué?

Cuando Lover Boys terminó *Desde que te conocí* su última canción, estaba totalmente desconcertada. ¿Por qué me invitó a su camerino? ¿Me vio como otra potencial groupie, una de esas chicas que podría follar y tirar a la basura?

Por otra parte... ¿sería eso tan malo? ¿Sería tan horrible una aventura con una de las estrellas de rock más sexy del planeta? No es que haya tenido mucha acción desde que salía con George, y nuestra vida sexual no había sido exactamente algo de lo que presumir.

No tuve tiempo de terminar de sopesar mis pensamientos sobre el asunto. Los muchachos se despidieron, tomaron sus cosas y se fueron, y mis chicas no perdieron tiempo en rodearme y acribillarme con todo tipo de preguntas. Detrás de ellas los tipos de Dyana y Loisa se pararon con las manos en los bolsillos, como si supieran que nada de lo que pudieran decir o hacer sería más impresionante que escuchar todos los detalles sobre mi baile con Roy Mills.

Pero apenas podía entender mis propios pensamientos, y mucho menos la total cacofonía de las chicas.

—¡VALE! —Loisa, elevó su voz por encima de las demás—. Vayamos a The Thirsty Crow, y hablemos de todo esto allí.

Y eso nos llevaba directamente al pequeño detalle del baile con Roy, la invitación.

—Um, la cosa es la siguiente... —dije.

Todas las chicas me prestaron atención, y les conté resumidamente sobre la invitación. Estaban conmocionadas, emocionadas y totalmente incrédulas. Y yo estaba allí igual que ellas.

Finalmente, pude zafarme del grupo, pero sólo con promesas de que les daría todos los detalles. Luego se fueron, y quedé sola, sólo yo y lo que sea que estaba a punto de hacer.

Caminé entre bastidores y, después de bajar por el pasillo, pronto me encontré con un enorme y fornido guardia de seguridad con la cabeza rapada y una barriga que parecía que tenía un aire acondicionado de contrabando bajo su camisa demasiado ajustada. Me miró con ojos brillantes, esperando que yo le explicara.

Parte de mí sentía que ese tipo me echaría a la calle en el momento en que intentara explicarle, pero no era una chica débil, y aparte de eso, había recibido una invitación personal del propio hombre.

Así que me aclaré la garganta y me acerqué.

—Hola. Me reuniré con Roy Mills.

Me di cuenta de lo tontas que sonaron mis palabras en el momento en que salieron de mi boca. Estaba en modo totalmente profesional, hablando como si le dijera a una secretaria que tenía una reunión.

—Apuesto a que sí.

Miró hacia atrás, sugiriendo que era el final de la conversación. No una posibilidad.

—Disculpe —dije otra vez—. Hablé con el propio Roy, y me dijo personalmente que volviera después del espectáculo. Ahora, si me dejas pasar...

Empecé a moverme a su alrededor, pero rápidamente, con una velocidad sorprendente para un tipo de su tamaño, sacó un brazo y me estrellé contra él. El hombre no se movió, y yo reboté hacia atrás.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —pregunté—. Te lo dije, me reuniré con Roy Mills.

—Escuche, señora —su acento era más de Staten Island que de Silver Lake—. Tú y todas las demás chicas de este lugar quieren reunirse con Roy. Y es mi trabajo asegurarme de que ninguna de ustedes pase. Así que, cariño, puede ser amable y salir de aquí por su cuenta, o puedo cargarla y llevarla hasta la puerta.

Sí, el tipo sólo estaba haciendo su trabajo. Pero eso no significaba que no me importara un poco que me llamaran...

—¿Cariño? ¿En serio acabas de llamarme “cariño”?

—Claro que sí —insistió, sin que le molestara en lo más mínimo mi ira—. ¿Qué? ¿Prefieres “dulzura” o “bebé”?

Realmente estaba despertando una ira que no conocía en mí. Claro, tenía un trabajo que hacer, pero eso no significaba que tenía que comportarse como un cerdo sexista en el proceso.

Me enfrenté a él apuntando un dedo a su cara.

—Escucha, amigo. Será mejor que me dejes ver a Roy ahora, porque si no lo haces y él se entera...

—Lo superará —me interrumpió—. No es que le duela perder una chica. Ahora, voy a pedírselo amablemente una última vez...

No tuvo la oportunidad de terminar.

—¡Ahí estás!

Los dos dirigimos nuestros ojos en dirección a la voz, que no era otra que la de Roy. Todavía

vestido con su atuendo de cuero y botas de piel, y se paseaba por ahí, con su cara sorprendentemente sexy con ese maquillaje.

—¡Mick! —dijo, acercándose al guardia y dándole una amistosa palmada en el hombro—. ¿Estás haciendo que mi invitada se sienta bienvenida? Por supuesto que sí... eres un gran oso de peluche, ¿verdad?

Por primera vez desde nuestro pequeño encuentro, el tipo parecía nervioso.

—Sólo la revisaba antes de pasar.

Claro, podría haber dicho algo sobre cómo ese idiota debería tomar un curso o dos de estudios de género en el colegio comunitario local, pero mantuve la boca cerrada.

—Muy bien —repuso Roy. Luego enfocó su atención en mí—. Vamos.

El guardia se apartó de mi camino, y le di una última mirada de “¿ves?” al pasar por su lado.

Bajábamos por el pasillo, con todo el equipo de escena haciendo su camino a nuestro alrededor. Aclaré mi garganta e hice lo mejor que pude para componerme.

—El espectáculo estuvo genial —dije, manteniendo mi voz tranquila y calmada.

—Puedo decir por el tono de tu voz que no coreaste mucho nuestras canciones.

Me mostró una sonrisa para hacerme saber que sólo estaba jugando. Seguimos moviéndonos, y todo el tiempo lo miré como si estuviera alucinando. No podía quitarle los ojos de encima, desde sus brazos exuberantes y tonificados, pasando por sus anchos hombros hasta la forma en que esos pantalones de cuero abrazaban su redondo trasero. Y se podía ver por la forma en que caminaba que sabía cómo moverse.

—¿Adónde vamos? —pregunté mientras subíamos las escaleras del segundo piso—. ¿Al camerino?

—No. Vamos.

Parecía que sólo había una forma de averiguarlo. Lo seguí, llegando finalmente a una gran puerta en el segundo piso, con la palabra “Gerencia” escrita en una placa de plata. Me cosquilleaba el estómago como si me acabara de tragar un galón de Pop Rocks. Abrió la puerta, revelando una hermosa oficina decorada con elegantes muebles y enormes ventanas desde donde se podía ver la ciudad brillando.

—Es la oficina del gerente. Me deja usarla cuando no está aquí.

Y entonces fue cuando me di cuenta. La habitación, la vista, Roy... era mi maldita fantasía. Y no sólo una fantasía lejana que podría haber tenido en algún momento del pasado. No, era la que me había imaginado esa misma tarde.

—Pasa, ponte cómoda.

Entré, todavía sin poder asimilar todo lo que estaba pasando. Él se acercó a la barra y preparó un par de tragos.

—Me llamo Roy Mills —dijo mientras me entregaba uno.

—July.

—Un placer, July. Ese es un nombre único.

Esperé lo siguiente: una terrible broma sobre mi nombre. Pero no llegó.

—Pareces sorprendida —añadió.

—No, sólo esperaba el inevitable juego de palabras sobre mi nombre. Como, “Espero poder ser la sal que te acompaña” o algo estúpido como eso. No creo haber conocido a un tipo que haya sido capaz de resistirse —estaba nerviosa y sólo decía cosas sin sentido, pero no podía detenerme—. Así como cada chico con el que he tenido una cita ha hecho lo mismo. Y como ya sabes, si alguien tiene un nombre gracioso entonces he escuchado cada posible broma sobre eso un millón de veces, incluso algunos si son graciosos, bueno, he conocido a un montón de gente divertida y ...

Mis ojos se abrieron de par en par y finalmente conseguí controlarme. Afortunadamente, Roy no parecía estar tan sorprendido como pensé que estaría. En todo caso, parecía divertido. Lo cual fue bueno para mí.

—Tranquila. No pienso hacer bromas con tu nombre.

—Lo siento, es sólo que... todo esto es demasiado —entonces la verdadera pregunta de la noche se formó en mi cabeza—. ¿Por qué estoy aquí?

Caminó hasta el sofá y se dejó caer sobre él.

—Estás aquí porque quieres estar aquí —afirmó, con todo el encanto y la confianza.

—Quiero decir, eso lo sé. Pero podrías haber elegido a cualquier chica del lugar para salir contigo esta noche después del show, o bailar contigo en el escenario. ¿Por qué yo?

—Porque estás muy buena. ¿Qué te parece?

Fue tan directo al respecto que no pude evitar sorprenderme. Pero me gustó. Estaba tan acostumbrada a los hombres que parecían más asustados por las mujeres que atraídos por ellas; que su franqueza fue un alivio.

Acarició el sofá de cuero.

—Ven a sentarte conmigo. Quiero saberlo todo sobre ti, July.

Hice lo que me pidió, me acerqué al sofá e intenté sentarme a su lado, pero cuando menos me lo esperaba, mis piernas volaron en el aire y mi bolso se deslizó de mi brazo derramándose por todas partes. Por supuesto me caí, y no sólo eso, aterricé en el regazo de Roy, con mi cara cerca de su entrepierna.

—¡Oh, Dios mío! —grité en cuanto me percaté de su paquete.

Se rió.

—¿Estás bien ahí abajo? —preguntó.

Estaba bien. Apenas a unos centímetros de mi cara estaba la cosa por la que había comprado mi Varita Hitachi como sustituta.

—Creo que sí —dije.

Roy se rió mientras me rodeaba con su brazo y me ayudaba a sentarme en una posición normal. Y estábamos muy, muy cerca.

—Ahora. Como te había dicho, quiero saber todo sobre ti.

Podía sentir la electricidad entre nosotros. Nuestros labios estaban a pocos centímetros de distancia. Lo último que quería en ese momento era hablar.

—¿Quieres saber sobre mí? ¿Por qué... quieres saberlo?

—Porque, Srta. July. Te encuentro muy, muy interesante.

Al diablo con todo lo demás. Estaba sola con Roy Mills, y estaba claro como el maldito día lo que ambos queríamos. ¿A quién le importaba por qué me había elegido a mí? Lo importante era que yo estaba allí con él.

—Es bueno saberlo —tratando de hacer lo mejor para poner un tono de voz sensual—. Porque yo también te encuentro muy, muy interesante.

Su rostro engalanado en toda su gloria estaba justo ahí, a escasos centímetros, y esos labios pidiendo a gritos un beso.

A la mierda la conversación.

Me acerqué, y él hizo lo mismo, aproximando mis labios cada vez más a los suyos. Pero justo antes de que se tocaran, oí algo a lo lejos, algo parecido a una manada de animales muy enfadados.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Nada.

Me acerqué cada vez más a su cara, cada vez más ansiosa por el beso.

Voy a hacerlo. Realmente voy a tener una aventura de una noche con Roy Mills.

Pero cuanto más deseaba perderme en el momento, no podía. El ruido se hacía cada vez más fuerte, y ahora sonaba como docenas de pasos que se acercaban cada vez más.

—¿Estás seguro de que es...?

Ni siquiera tuve la oportunidad de terminar. La puerta de la oficina se abrió de golpe, el ruido y los vítores y todo lo demás llenó el pequeño espacio mientras una docena de personas entraban en la sala. Fue una escena totalmente loca, pero pude ver entre la multitud al resto de los chicos de la banda con una tonelada de jóvenes hermosas a su alrededor.

—¡Roy! —gritó Will mientras lo agarraba por el brazo—. ¡Fiesta en Venice Beach! ¡Vamos!

Antes de que ninguno de los dos pudiera hacer o decir algo, Will lo levantó del sofá y lo puso entre la multitud. Vi como desaparecía en el montón de brazos, piernas y cabelleras, desapareciendo como si hubiera sido absorbido. Una vez que estuvo entre ellos, la multitud se fue tan rápido como llegaron.

Y ahí estaba yo, sola, excitada como nunca y preguntándome qué carajos acababa de pasar.

NUEVE

Roy

La fiesta era cien por ciento al estilo de Los Ángeles. De hecho, no creo que pudiera haber soñado con una fiesta así en mi vida. Cuando los Lover Boys no eran más que meros estudiantes del Berklee College of Music, pasábamos horas después de los ensayos hablando de las fiestas salvajes a las que iríamos cuando fuéramos famosos, y de cómo destrozariamos Los Ángeles como lo hacían Guns N' Roses, Mötley Crüe y Poison y todas las demás bandas de las que no nos cansábamos.

Habría chicas en bikinis, alcohol, drogas y todo el libertinaje que pudiéramos manejar. Y la fiesta en la que estaba esa noche era todo eso, y hasta más.

Pero no me estaba divirtiendo.

No había ni una sola razón por la que debiera sentirme así. Sean estaba tocando algunas canciones en la cabina del DJ, las docenas de chicas guapas que estaban allí aprovechaban muy bien la piscina, y había suficiente alcohol para emborrachar a todo el condado. No había comprobado la situación de las drogas, pero eso ya no era lo mío desde hacía mucho tiempo. Diablos, incluso pude ver a más de unos cuantos amigos famosos de Will en Hollywood entre la multitud, y unos cuantos músicos muy, muy conocidos con los que Sean estaba muy unido.

Además de todo, el espectáculo había sido un éxito. Toda la práctica había dado sus frutos, y habíamos sacudido el maldito lugar. Yo había sido aprensivo con todo el asunto, pensando que los Lover Boys deberían quedarse en el pasado donde los habíamos dejado, pero la emoción que sentí sobre el escenario me hizo pensar que una pequeña gira no sería tan mala idea.

Sin embargo, los pensamientos sobre la música, las fiestas y las chicas en bikini eran lo más alejado de mi mente mientras estaba sentado junto a la piscina. Viendo las luces de neón proyectando las figuras de las chicas bajo el agua en algunos colores muy de los 80, sólo podía pensar en ella.

July.

Un nombre tonto, pero nada gracioso en comparación con el espectáculo de mujer que era.

En el momento en que la vi entre bastidores supe que había algo especial en ella. Luego la perdí entre la multitud, sólo para verla después justo ahí, frente a mí. Todo el asunto de llevar a las otras chicas al escenario a bailar fue algo que se me ocurrió ahí mismo, sin planificación. No me interesaban las otras chicas. Sólo quería una excusa para tenerla a mi lado.

Y esa maldita química fue impresionante. Claro, era una chica de diez, con piel como la porcelana y un cuerpo exorbitante. Pero había más en ella que eso. Había algo que me atrapaba y no me dejaba ir.

Admito que tenía el sexo en mente, pero honestamente quería conocerla mejor. Habría estado

más que feliz de haber tomado uno o dos tragos con ella mientras charlábamos.

Luego me tuve que ir, así de simple. Sabía su nombre, pero no su apellido. Y aunque July era un nombre tan único como ella, en una ciudad de millones como Los Ángeles sería imposible de localizar. Por lo que yo sabía, ella había estado en la ciudad para el espectáculo.

—¡Hey, Mills! ¡Mackintosh! ¡Macklemore!

Sonreí y miré hacia arriba, sabiendo que las interminables bromas sobre nombres significaban que Will estaba ebrio y tostado. Por supuesto, estaba de pie junto a la piscina, con cada brazo rodeando a una chica tan hermosa que era casi difícil mirarla. Todavía estaba en sus pantalones de cuero, pero nada arriba, y su maquillaje estaba tan manchado que parecía algo salido de alguna extraña pintura de arte moderno.

—¿Qué? —pregunté antes de tomar otro sorbo de mi cerveza.

Le susurró algo a las chicas, algo que las hizo reír y salir corriendo, antes de acercarse a mí y dejarse caer en la silla del salón junto a la mía.

—¿Pasa algo malo, amigo? —preguntó.

PARTE DE MÍ QUERÍA DECIR "NO" y dejarlo, pero no tenía ganas de mentir.

—Sí. Creo que sí.

—No me digas que no quedaste satisfecho con la presentación.

—No. No es eso. El espectáculo estuvo genial.

—¿Y entonces qué?

—Es todo esto —dije, haciendo un gesto hacia la escena de puro hedonismo de Los Ángeles frente a mí, del tipo que haría que Nikki Sixx se sonrojara—. Me encanta la música, pero siento que dejé todo esto atrás hace mucho tiempo.

—¿Esto? ¡Esto es Los Ángeles, hombre! Por eso nos metimos en este juego, ¿recuerdas?

—Lo hicimos, pero hace mucho tiempo. Ahora que estoy en medio de esto, empiezo a recordar por qué lo superé.

Will agitó la cabeza.

—¿Qué tal esas dos? —preguntó, señalando con la mano que sostenía su cerveza hacia el par de chicas que llevaba en brazos minutos antes—. Una de ellas podría hacerte cambiar de opinión. Demonios, tal vez las dos, no es como si no hubiera suficiente para todos.

Intentaba alegrarme el ánimo, pero la mención de las chicas sólo me hizo pensar en la persona con la que realmente quería pasar el tiempo, y a la que había muchas posibilidades de no volver a ver nunca más.

—Maldición, Mills. No te he visto así en mucho tiempo.

—Creo que fue el espectáculo. Me chupó toda la energía.

Will abrió la boca para hablar pero se detuvo, me di cuenta de que estaba a punto de hacer una broma de muy bajo costo.

—¿Por qué no te vas a casa y descansas un poco? —preguntó—. Podría ser lo que necesitas.

Puse mi cerveza a medio tomar sobre en el piso y me levanté.

—Creo que tienes razón.

Nos despedimos con un fuerte abrazo y la promesa de reunirnos pronto. Después de eso, me abrí paso a través de la fiesta, saludando rápidamente a Sean en la cabina del DJ y a Theo, que estaba repasando los detalles de la biblioteca bien surtida de la mansión.

Una vez que volví a estar al volante de mi Aston me sentí inmediatamente mejor. Decidí tomar el camino largo a casa, tomando la 405 hacia el sur antes de volver a subir por la 110 hacia mi

casa en el centro.

Ciertas partes de Los Ángeles habían perdido su brillo con el paso de los años, pero ver las luces de la ciudad crecer en la distancia no había sido una de ellas. Amaba mi vida en ese lugar, amaba mi trabajo, amaba a mi madre y a mi pequeña. Pero maldita sea, se sentía como si faltara algo.

Revisé mi teléfono y vi que, sorprendentemente, no era tan tarde, sólo un poco después de las once. Así que decidí pasar por In-N-Out Burger para comprar hamburguesas, papas fritas y batidos para mí y las damas que me esperaban.

No pasó mucho tiempo antes de que estuviera frente a mi condominio en el centro, el valet se llevó mi auto. Un rápido viaje hasta el ático a través del ascensor privado y ya estaba en mi apartamento.

Mi hogar era bonito, no tenía duda de eso. Tres mil pies cuadrados, cuatro dormitorios, diseño ultra-moderno, o al menos lo era en 2005 cuando lo compré. El lugar fue el primer gran regalo para mí después de que nuestro primer álbum se convirtiera en una supernova.

En ese momento, me encantaba lo enorme que era, cómo podía tener fiesta tras fiesta allí, nada de lo que preocuparse excepto de emborracharse y echar un polvo.

Ahora, se sentía como un gigantesco y estéril piso de soltero. Por supuesto, mamá había hecho una cantidad bastante decente de trabajo haciendo que el lugar se sintiera un poco más hogareño, decorando con algunos cojines y algunas de esas piezas de arte en la pared que tienen palabras que describen para qué sirve la habitación, que exponen en grandes letras “COMER” para la cocina, y ese tipo de cosas.

Pero ese lugar era un piso de soltero, y ni toda la decoración hogareña en el mundo cambiaría eso. Los elegantes estilos blancos que me encantaban ahora se sentían más como la sala de espera de una de esas clínicas de cirugía plástica de alta gama donde te cortan la nariz y te hinchan los labios mientras escuchas a Enya y compruebas Instagram.

No es que yo sepa nada de esos lugares, por supuesto. Me gusta mi nariz tal como está, muchas gracias.

La única razón por la que este lugar se sentía ya como un hogar era por las dos damas que estaban en el sofá, una envuelta en sus novelas de los 80 y la otra con su cabecita enterrada en un libro, justo lo que me gustaba ver.

—¡Buenas noches, chicas! —dije mientras entraba en la sala de estar donde un gran fuego crepitaba en la chimenea—. ¡Espero que ambas estén de humor para algo de comida, al estilo animal!

La atención de mamá y Sophia se dirigió hacia mí tan pronto como hablé. Mi pequeña salió de la pila de mantas en la que estaba acurrucada, corriendo hacia mí y envolviéndome con sus brazos, que cada día parecían más los de una adolescente, me apretó con tal fuerza que casi dejé caer la bolsa de hamburguesas justo sobre su cabeza.

—Yo también me alegro de verte, cariño —despeiné su cabello oscuro con mi mano libre.

—Whoa, whoa —dijo, dando un paso atrás y alejando su cabeza de mí—. Cuidado con mi cabello.

—¿Qué? —pregunté con una sonrisa—. ¿Demasiado bueno para un poco de afecto paternal?

Pero Sophia no dijo nada, sus rasgos agudos se acentuaron en una expresión de algo como sorpresa e indignación.

—Quiere que te des cuenta de algo —intervino mamá mientras pasaba junto a mí, quitándome la bolsa de la mano—. Algo relacionado con su cabello.

Le di a mi niña otra mirada, dándome cuenta enseguida de lo que mamá estaba hablando. Su

cabello, típicamente atado hacia atrás en una simple cola de caballo sin complicaciones, había sido cortado en un elegante estilo, con las puntas afiladas del frente colgando de su diminuta barbilla.

—¡Oh, el corte!

—¿Te gusta? —preguntó, haciendo ese pequeño gesto de esponjamiento con la palma de su mano—. Es francés.

—Francés, ¿eh? Sabes que estamos en América, ¿verdad? De ahí las hamburguesas.

Sophia, bien acostumbrada a mis chistes malos a estas alturas, sonrió y puso los ojos en blanco.

—Es de una de esas películas extranjeras que le encantan —dijo mamá mientras preparaba la mesa.

—Amélie —aclaró ella mientras se abalanzaba sobre una de las sillas, sacando de la bolsa una papa frita y lanzándola a su boca—. Es una película muy buena.

Sophia, manteniendo el tema con su precocidad general, no se cansaba de las películas de arte y ensayo. El tema de sus fascinaciones actuales era Francia, y parecía que el gran televisor del salón estaba constantemente reproduciendo una de esas viejas películas en blanco y negro de Truffaut o de quien sea.

Sus ojos se iluminaron, como si se le hubiera ocurrido una idea brillante.

—Papá. ¿Podemos ir a Francia?

Me reí de que sugiriera un viaje a Francia con el mismo tono de entusiasmo que un niño podría usar para pedir ir al parque.

—Francia, ¿eh? —pregunté, dejándome caer en la silla junto a la suya.

—¡Sí!

Sus ojos se iluminaban de esa manera cada vez que hablaba de algo que le interesaba totalmente, ya fuera un libro o una película o cualquier otra cosa.

Me encantaba.

—Jeunet hace a la ciudad... ¡tan cautivadora! Quiero ver si es tan asombrosa como la Nouvelle Vague la hace parecer —puso sus manos sobre su pecho como si se estuviera desmayando.

—Chica. Me he perdido. Entiendo la parte de Francia, pero sabes que a menos que tenga un ritmo y algunas guitarras no es realmente lo mío.

—Entonces tendré que mostrarte cuando vayamos —una gran sonrisa dentada le siguió.

—Veamos cómo va el resto del semestre —le dije, alcanzando y despeinando su bob.

En cuanto volvió el silencio me encontré pensando en la noche que acababa de pasar, en el espectáculo, la fiesta y, por supuesto, July.

—¿Cómo estuvo el show? —preguntó mamá—. Ojalá hubiéramos podido estar allí, pero sabes que no me gusta llevar a esta pequeña a lugares como ese.

—Soy lo suficientemente mayor —aclaró Sophia,

—Estuvo bien, gracias.

Mamá se sentó a mi lado, dándome esa mirada que me hizo recordar que no tenía sentido tratar de ocultarle lo que me pasaba, como si tuviera un extraño poder de leer mentes.

—Algo pasó. ¿Bueno o malo?

Por un momento consideré mentir, pero era mi madre y me conocía muy bien.

—El espectáculo estuvo bien —repetí—. Acabo de... conocer a alguien mientras estaba allí.

Ahora eran los ojos de mamá los que se iluminaron.

—¿Conociste a alguien? ¿Como un “alguien” alguien?

Se permitió una pequeña sonrisa. Siempre había sido un tipo de madre bastante estándar en ese aspecto, constantemente me presionaba con el tema del compromiso y empezar la fábrica de nietos. Pero desde que se me ocurrió la idea de darle una nieta, sólo había aumentado la presión. “Las hijas necesitan a las madres”, decía. Claro, siempre le respondía que era el siglo XXI, y que existían todo tipo de configuraciones familiares diferentes, pero eso no la disuadió.

Ella tenía un punto, sin embargo. Por mucho que quisiera ser un súper padre todo en uno para Sophia, era difícil. Sabía que por mucho que quisiera ser capaz de hacerlo todo, necesitaba algo de ayuda.

Demonios, y algo de amor no me mataría.

—No —repuse, mojando distraídamente algunas papas fritas en mayonesa y ketchup—. Nada que valga la pena mencionar.

Mamá me echó una mirada... esa mirada, para ser específico. Una que me hizo saber que había algo más en su mente.

—Bien, mamá. ¿Qué estás pensando?

—Oh, no es nada.

La diferencia entre ella y yo, es que cuando dije que algo no era nada, significaba que: o en realidad no era nada, o era algo en lo que no quería entrar. Sin embargo, cuando mamá lo decía, por otro lado, era una señal de que algo muy grande estaba a punto de pasar.

—Bien —agregó, dejándome ver que acababa de tener un debate interno particularmente intenso y que se había puesto del lado de la expresión de sus sentimientos—. Es sólo que estoy feliz de que hayas conocido a alguien.

—No he...

Pasó a mi lado, viendo hábilmente a través de mis endeble mentiras. Así son las mamás, siempre tienen un radar activo para las tonterías, especialmente de sus hijos.

—Pero no sé si quiero que andes con una de esas chicas que sé que van a tus espectáculos — el énfasis que puso en “esas chicas” dejó pocas dudas sobre lo que quería decir con eso—. Esas son mujeres sueltas, Roy. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Sí, ciertamente lo sabía. Pero no lo dije.

Los tres nos enfocamos en nuestras hamburguesas, mamá repasando su lista punto por punto de por qué el tipo de mujer que iba a los espectáculos de rock era el tipo de mujer que yo debía evitar. Y yo la dejé continuar. Sabía que lo decía por amor.

Y mientras ella hablaba, encontré mis ojos vagando hacia el horizonte de la ciudad, las luces brillantes de Los Ángeles me recordaban las que iluminaron a July mientras bailaba, su cabello oscuro ondeando alrededor de su cara y su preciosa sonrisa, la hacían parecer como bajada del mismísimo cielo.

Tenía que volver a verla, no tenía ninguna duda.

¿Pero cómo?

DIEZ

July

No podía concentrarme en nada. Malas noticias cuando eres ejecutiva en una de las más grandes empresas editoriales de la Costa Oeste.

Era lunes, y la oficina estaba llena de la habitual locura de trabajo que era típica al comienzo de la semana laboral. Compañeros vestidos a la medida iban de aquí para allá, internos vestidos a la moda que iban de un lado a otro llevando café, carpetas y todo lo demás, todos desesperados por parecer aún más ocupados de lo que ya estaban.

Estaba lista para trabajar. Claro, me encantaba mi trabajo. Pero más que eso, necesitaba algo, cualquier cosa que me hiciera olvidar el fin de semana. Sólo podía pensar en Roy. En mí y en él en la oficina del gerente, sólo nosotros dos y la ciudad extendida a través de la ventana a nuestras espaldas. Estuve tan, tan cerca de hacer realidad mi más febril sueño adolescente.

Pero, por supuesto, no iba a ser así. Porque hubiera sido simple y fácil. Y nada en mi vida, para bien o para mal, era simple y fácil.

Después de una rápida parada en el Keurig, me preparé mentalmente para el día que tenía por delante. Teníamos un montón de nuevos autores que revisar y muchos proyectos que alinear para el próximo trimestre. Así que, necesitaba meterme en el juego y concentrarme. Y me imaginé que unas cuantas tazas de café serían lo justo para eso.

Sin embargo, en el camino de regreso a mi oficina, justo en el momento exacto en que el café pasó por mis labios, vi casi a la última persona que quería ver.

Moira Walsh.

Moira era una de las escritoras independientes con las que mi compañía, Penrose Publishing, trabajó frecuentemente en varios proyectos. Aunque si revisaras su Instagram, no sabrías que la escritura es un factor en su tan glamorosa vida. No, estaba lleno de fotos de su jet-set alrededor del mundo, acariciando elefantes, haciendo paddleboarding, o lo que fuera que la gente como ella que no trabajaba en una oficina hacía.

Y si fuera sólo eso, no sería un problema. Había más, específicamente que Moira no era sólo alguien con quien yo trabajaba, sino que era una compañera de graduación de la escuela Buena Vista High. La misma escuela, el mismo año, todo lo mismo. Los mismos chicos, también. Aunque con el pequeño detalle de que ella realmente salió con ellos, mientras que yo simplemente fantaseaba.

—¡Jul! —me llamó, con su boca perfecta en una gran sonrisa mientras se acercaba a mí en uno de sus habituales trajes de moda y sin esfuerzo, y su cabello color canela en un corte de duendecillo.

—Hey, Mo...

No tuve la oportunidad de terminar antes de que me diera un fuerte abrazo, el olor de su perfume de sándalo me envolvió.

—Me alegro de verte.

—Yo también —dije, dándole una palmada en la espalda con la palma rígida.

Siempre me abrazaba así, lo cual nunca pude entender. Nunca habíamos sido muy unidas en la escuela secundaria, y eso no cambió nada una vez que volvimos a entrar en la vida de la otra a través del trabajo. Ella era una de esas mujeres “espirituales” que siempre estaba incursionando en algo vagamente místico mientras viajaba, y siempre me imaginé que sus vibraciones ultra congeladas eran parte de eso.

Pero eran un completo engaño. Siempre fue una cosita viciosa en el instituto y nunca perdió la oportunidad de hacer de mi vida un infierno. Y aunque no trabajaba con libros para niños, sabía lo suficiente sobre ellos como para haber escuchado la vieja historia de que los leopardos nunca cambian sus manchas.

Mierda, nunca me olvidaría de lo que hizo en el segundo año, cuando realmente pensé que podría haber una posibilidad de que ella y yo pudiéramos ser amigas. Salíamos juntas durante el almuerzo, y en uno de estos pequeños chismes se me escapó que estaba muy, muy enamorada de Ian Fowler, un estudiante de último curso increíblemente guapo que sabía que estaba fuera de mi alcance.

No lo pensé mucho en ese momento, pero ¿con quién crees que la vi una semana después? Lo adivinaste... ella e Ian besándose en el pasillo entre clases, justo donde sabía que yo podría verla. Era como si tuviera una emoción enfermiza de hundir sus garras en los chicos que sabía que sus amigas querían, sólo para presumir. Instagram no existía en ese entonces, pero lo contrario, habría fotos de ella y de su chico de la semana por todas partes.

Después de uno o dos golpes demasiado largos, Moira me soltó y puso sus manos sobre mis hombros, mirándome de arriba a abajo.

—Te ves bien. ¿Tuviste la oportunidad de un poco de auto-cuidado durante el fin de semana?

—Algo así —dije, queriendo evadir la conversación—. Salida con las chicas.

—Suena encantador. Yo me las arreglé para tener un pequeño retiro, sólo yo, las olas y la agradable y suave energía.

Con la velocidad y el sigilo de un maldito ninja, se las arregló para sacar el teléfono de su bolsillo, abrir su Instagram y plantarlo delante de mi cara. Por supuesto, había un puñado de tomas frente al océano en varias poses, su cuerpo engalanado con Lululemon de pies a cabeza y una sonrisa muy complacida en su rostro.

—Muy bien —repuse, mientras ella pasaba las fotos.

—Todavía no me has seguido aquí —agregó, con un tono casi triste—. Me encantaría ver lo que haces.

—No soy realmente del tipo Instagram. Me considero una chica que vive en el momento, supongo.

Tenía uno, por supuesto, pero estaba en privado, y apenas lo usaba. Sin mencionar que lo último que quería era que mis compañeros de trabajo hurgaran mi vida en redes sociales.

Su mirada sugería que mi frecuente falta de entusiasmo por los medios de comunicación social era una pequeña y pintoresca rareza de mi parte.

—Claro, claro —guardó su teléfono—. Sé cómo te gusta hacer las cosas. ¡Pero! Será mejor que estés lista para tener esa linda carita tuya por todo el internet en unas siete semanas.

Estaba confundida.

—¿Eh? ¿Qué pasa en seis semanas?

La mandíbula de Moira cayó.

—¿Hablas... hablas en serio? Quiero decir, nunca puedo saberlo contigo, Jul. Tu sentido del humor siempre ha estado en el... lado seco.

Lo dejé pasar.

—Por supuesto que hablo en serio. ¿Qué está pasando?

—¡El reencuentro! —dijo, dándome un golpe demasiado fuerte en el hombro que casi me hace derramar el café—. ¿En serio me estás diciendo que no sabías nada de esto?

Hice una rápida exploración de mi calendario mental, tratando de recordar si había tomado alguna nota de lo sucedido.

Pero no, nada.

—Jul —continuó, poniendo las manos en sus caderas—. Es nuestra reunión de quince años.

—¿Una reunión de la quinceava parte una cosa?

—Bueno, no. Después del décimo fue cancelado por esa, um, cosa de internet que el director Bannon fue atrapado haciendo...

—Oh sí.

—Así que después de varios años volveremos a reunirnos. ¡Será pronto! Sólo faltan dos meses.

—Vaya —todavía sorprendida por la noticia—. No me lo esperaba.

—¿En serio no recibiste ninguno de los correos electrónicos?

—Puede que estén ahí. Mis filtros de spam son, uh, bastante brutales.

—Y ha estado en todo Facebook y... ¿Ves? —movió juguetonamente su dedo hacia mí—. Esto es lo que pasa cuando crees que eres demasiado buena para los medios sociales.

—No es cuestión de pensar que soy demasiado...

—Bueno, eso no importa —me interrumpió, agitando su mano en el aire—. Lo importante es que lo sepas, y sin excusas.

—No lo sé —dije, sintiéndome nerviosa de repente—. Podría ser.

—Sin excusas. Sé que no eres exactamente del tipo de tener citas, pero puedes aparecer con una para poner celosas a todas las demás chicas.

—Caramba, gracias.

—Pero eso no significa que no puedas dar una gran impresión tú sola. Quiero decir, ¡mírate! Eres algo grande por aquí. No todos con los que fuimos a la escuela se las arreglaron para ser un... um, ¿qué es lo que eres tú?

Entrecerré los ojos.

—Ejecutiva de Adquisiciones.

—¡Sí! ¡Eso! Bastante impresionante, si me preguntas —sus ojos se iluminaron—. De todos modos, todavía tienes una semana para prepararte mentalmente. Porque no hay posibilidad de que faltes.

A DECIR VERDAD, hubiera sido más feliz ignorando todo el asunto. Pero ahora no tenía realmente una opción, especialmente porque Ceci seguramente quería ir.

Justo cuando empecé a tratar de descifrar el misterio de por qué Ceci no me lo había dicho, Moira empezó a hablar de nuevo.

—De todos modos, no he venido sólo a saludar, el viejo quiere verte.

—¿En serio?

—Sí. Tiene un proyecto en mente para el que cree que serías perfecta. Y no sólo tú... sino

también yo.

—¿Qué clase de proyecto?

Moira me tomó de la mano, causando esta vez que una pequeña ola de café caliente escaldado salpicara por el costado de mi taza y chamuscara mi mano.

—¡Vamos! ¡Es una sorpresa!

Las dos caminamos por el pasillo en un momento de confusión, llegando pronto a las enormes puertas de la oficina principal. La oficina que pertenecía al propio Anthony Penrose.

—Ahora —repuso ella—. Antes de entrar, creo que deberías saber que esto es algo que hago yo.

—¿Qué es lo que estás haciendo?

—Bueno, sólo porque no estés en los medios sociales, no significa que... no estés en los medios sociales.

—Explicáte mejor —exigí, teniendo una sensación enfermiza en mi estómago.

—Sé lo que hiciste este fin de semana. El show de los Lover Boys... ¡Estuve allí!

Oh no. El espectáculo, el baile, todo. Me había envuelto tanto en el momento que ni siquiera se me había ocurrido que alguien podría haber estado filmando. Mi intestino se absorbió en sí mismo y mi sangre se congeló.

—¿Qué? ¿Tú... estabas allí?

Mostró una gran sonrisa, una que parecía decir “oh sí, claro que sí”.

—Mm-hmm. Pero sólo te vi con tus chicas cuando la banda empezó... no tuve la oportunidad de saludarte. Aunque parecía que te divertías... mucho.

No necesitaba preguntar para saber lo que quería decir.

—Tu pequeño baile se volvió viral —continuó—. Hasta Penrose lo vio.

—¡Oh Dios! Por favor, dime que estás bromeando.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios por un breve momento, haciéndome saber que estaba más que feliz de verme retorcerme.

—No es broma —puso su mano con uñas rojas sobre su pecho de una manera un poco sobreactuada—. Pero no fui yo quien se lo mostró. Debe haber sido Marcus.

Marcus era el chico de Penrose del momento, un veinteañero, siempre al tanto de lo que estaba de moda en la red.

Y, en ese momento, lo que estaba de moda era yo.

—¡Dios! —exclamé, no podía mantener la calma—. No puedo creer...

—¡Ni siquiera te preocupes por eso! ¿Qué, crees que te va a despedir por divertirme fuera del trabajo o algo así?

¿Despedirme? No, eso no. Sólo que nunca más me tomarían en serio. Tal vez nunca sea capaz de mirarme a los ojos sin pensar en que estoy moviendo mi trasero con un tipo en maquillaje y con el cabello revuelto. Un tipo extremadamente guapo con el que casi tenía sexo.

—Pero quiere hablar con las dos —aseguró—. Y sabes que no le gusta que le hagan esperar.

—Mierda —siseé, sabiendo que no había manera de salir de eso.

—Oh, vamos —insistió, dejando claro lo mucho que le encantaba verme retorcerme—. ¿Crees que quiere regañarte o algo así? No, tiene grandes ideas sobre tu próximo proyecto. Nuestro próximo proyecto.

No me gustaba en lo más mínimo a dónde iba todo eso. Pero estaba claro como el día que no había forma de escapar de ello.

—¡Vamos! —dijo, mostrándome esos dientes blancos.

Todo lo que podía hacer era suspirar y entrar en la oficina como si estuviera marchando hacia

mi ejecución.

ONCE

July

La escena en la oficina, por supuesto, fue la pequeña pesadilla que había imaginado. Penrose estaba sentado detrás de su escritorio, Marcus posaba en la esquina del mismo como un ave del paraíso demasiado fabulosa para las palabras. Ambos estaban viendo un video en el gran televisor montado en la pared, por supuesto, uno de mí bailando como una loca en el escenario con Roy.

Me veía más ridícula de lo que imaginaba. Pero mientras miraba, la diversión del momento volvió a mí. No todo fue malo, supongo.

Tan pronto como Penrose se percató de nuestra presencia, asintió a Marcus y este pausó el video, quedando en una imagen fija de mí azotando mi cabello, cantando en un micrófono invisible mientras sonaba el coro de *Permiso para Amar*.

El hombre se puso de pie, con su marco revestido de un traje simple pero elegantemente diseñado, un trozo de tela naranja y blanca metido en el bolsillo delantero del pecho. Sus ojos irradiaban una particular travesura que contradecían su edad, y su calva brillaba con la luz que entraba por las ventanas.

—Ahí está nuestra pequeña estrella de rock —dijo, con la típica voz de emoción de cuando estaba listo para discutir un nuevo proyecto.

Penrose vivía para los libros, ¿qué podría decir? Y a pesar de su actitud severa de siempre, el viejo tenía un poco de debilidad por mí. Marcus, por otro lado, era todo competencia. Sentado con su traje color cereza y su corbata amarilla, un par de elegantes mocasines marrones en sus pies sin calcetines, me dio la distintiva mirada atrevida que esperaba de él, sus ojos se entrecerraron detrás de sus gafas de marco grueso y su boca fruncida.

—Estrella de rock —mis palabras salieron en un débil croar—. Algo así.

Nos señaló los elegantes y modernos asientos. Moira y yo nos deslizamos dentro de ellos mientras él sacaba un par de botellas de agua de manantial de lujo de su nevera. Marcus no dijo nada, por supuesto.

—Suenas avergonzada —repuso, entregándonos las botellas y dejándose caer en la silla frente a la mía.

—Bueno. Mírame. Soy como una adolescente cantando en su cepillo de cabello frente al espejo de su dormitorio.

—Oh, por favor —agitó su mano en el aire—. Eres una de las mejores ejecutivas que tengo... ¿crees que voy a juzgarte por soltarte el fin de semana? —una mirada soñadora se formó en su rostro—. Me recuerda cuando tuve la oportunidad de ver a Fleetwood Mac en el 78 en el auditorio Fillmore. Dios, Stevie se veía tan radiante esa noche, toda floreciente y soñadora. Si me

hubiera llamado al escenario para bailar con ella, yo...

Por la expresión en su cara pude ver que él estaba más en el recuerdo que en el presente.

—Dios, parecía un ángel —continuó, con una sonrisa beatífica en sus labios.

—Anthony —Marcus lo interrumpió en un tono severo—. Enfócate en lo que queremos.

—Lo siento, lo siento. ¿Qué haría yo sin él, verdad?

El muchacho sonrió satisfecho de sí mismo e inclinó la cabeza en respuesta.

—De todos modos... —intenté hablar.

—De todos modos —continuó Penrose—. Cuando Marcus me mostró este pequeño video, me puse a pensar en un nuevo proyecto para los próximos meses. Las biografías del rock están de moda en este momento: el libro de Keith Richards de hace unos años tuvo numerosas ventas, y la gente está haciendo cola para ver esas películas sobre las viejas estrellas del rock. Creo que podemos capturar ese éxito aquí —señaló a la pantalla—. Y vamos a hacerlo contigo y Lover Boys.

—Y yo, por supuesto —intervino Moira.

—Así es, Moira. Y tú.

Estaba más allá de la curiosidad.

—¿Qué... qué estás pensando, exactamente? —pregunté.

—Un verdadero relato —unió sus manos como un niño entusiasmado, de la manera que siempre lo hacía cuando una nueva idea se estaba filtrando—. Uno empapado de artículos y anécdotas a recordar. Algo que realmente vuelva a lo básico... sólo el narrador y el escritor.

—Siendo yo la escritora —anunció Moira, feliz del hecho.

—Y tú supervisarás el proyecto, por supuesto —aclaró Penrose.

—Claro. Pero no puedo evitar sentir que estamos perdiendo un aspecto muy importante de todo esto.

El viejo levantó las dos astillas plateadas de sus cejas.

—¿Sí?

—¿A quién exactamente vamos a entrevistar para el libro?

—A Roy, por supuesto —repuso Moira.

Sólo el sonido de su nombre fue suficiente para hacer que mi corazón se acelerara y mi vagina se apretara. Me tomé un momento para componerme y seguí adelante.

—¿Quieres decir que tienes a Roy Mills a bordo para esto? ¿Cómo?

Estaba totalmente sorprendida. No conocía al tipo, obviamente, pero por lo que había oído sobre el reencuentro, casi tuvo que ser arrastrado para que se presentara ese día.

Penrose y Moira, e incluso el maldito Marcus, compartieron una mirada que sugería que todos sabían algo que yo no sabía.

—¿Qué? —pregunté.

—Bien —el viejo se inclinó hacia adelante—. No lo tenemos... exactamente a bordo.

Otra respuesta que dejaba aún más claro que algo estaba pasando.

—Vamos, jefe —insistí.

—Sólo díselo a la pobre chica —replicó Marcus, sacudiendo la cabeza.

Penrose y Moira compartieron una mirada más.

—Parece que... has causado una gran impresión al Sr. Mills. Llamó aquí esta mañana temprano preguntando por ti.

Casi escupo el agua.

—¿Él qué?

—¿Tú y él han pasado... un tiempo de calidad juntos? —preguntó Moira, con un tono curioso

y celoso a partes iguales—. Porque sabía tu nombre y que trabajabas en la industria editorial.

Oh, Dios. Lo último que quería discutir era el hecho de que casi me tiré al cantante principal de Lover Boys, me gustaba mantener el trabajo y mi poca vida sexual, lo más separado posible.

—Hablamos un poco después del show, es todo —sentía que mi cara se ponía caliente—. Pero, quiero decir...

—Eso es asunto tuyo —aseguró Penrose—. Tu diversión fuera del trabajo no es mi problema, ¿verdad?

Oh, Dios otra vez. Ahora mi jefe pensaba que yo era una especie de groupie. Por otra parte, ¿no era eso lo que yo quería ser?

Demasiado para pensar en medio de una reunión de trabajo.

—De todos modos —continuó—. Llamó esta mañana preguntando por ti. La recepcionista reconoció por casualidad su voz y le preguntó si era quien ella creía que era. Sabiendo que podría estar interesado en tener a alguien como él en la línea, me lo comunicó.

—¿Y le dijiste que yo trabajaba aquí?

—Por supuesto. Y fue entonces cuando propuse la idea del libro, también.

—¿Y él estuvo de acuerdo?

—No. De hecho, fue bastante firme en todo el asunto. Sólo estaba interesado en ti.

Mi cabeza daba vueltas. ¿Roy me había buscado? Me sentía halagada y asustada a la vez.

—Bien. Y, por lo tanto, si no quiere hacer el proyecto, eso es todo entonces, ¿verdad?

—Ni hablar —repuso Moira—. No dejaremos que se nos escape la oportunidad de hacer un proyecto con el propio Roy Mills.

Penrose le siguió la corriente.

—Me las arreglé para organizarle una reunión personal contigo. Una que estuvo muy feliz de aceptar.

—Espera, ¿qué? ¿Hiciste esto sin consultarme?

—Piensa en ello como una reunión con un cliente potencial. Uno que estamos muy interesados en tener —se inclinó hacia delante, como si quisiera medir con mucho cuidado sus siguientes palabras—. Te estoy pidiendo que entres en el modo de mediador. Si quiere reunirse contigo, entonces tal vez podrías aprovechar la oportunidad de convencerlo para que trabaje con nosotros.

—Sería genial —declaró Moira—. Ya tengo el libro a medio escribir en mi cabeza.

—¿En serio? —pregunté, levantando una ceja—. ¿No necesitas hablar con el sujeto para hacer eso?

Tenía la sospecha de que Moira, aunque era una buena escritora, tenía la tendencia de ser un poco más “creativa” de lo que debería ser con sus obras de no ficción.

—Así que. Te reúnes con Roy, te diviertes, y... quizás intentas convencerle para que firme con nosotros —indicó Penrose.

—No lo sé. Hay una razón por la que trabajo con novelistas y no con celebridades.

—Estarás bien. Sólo cena con él y ve lo que puedes lograr. Si es inflexible, entonces es inflexible. Pero si no lo es...

—Podríamos tener un éxito en nuestras manos —Moira terminó su frase.

Penrose asintió.

—Uno que podría llevar tu carrera al siguiente nivel —sabía cómo llamar mi atención—. Como ir por el puesto de “superior”.

Mis ojos se abrieron mucho.

—¿Hablas en serio? ¿Qué pasaría con Goldman?

—Goldman está listo para seguir adelante. Pronto tomará su pensión y se retirará a West Palm.

Y no puedo pensar en nadie que prefiera tener en esa posición que tú —levantó un dedo delgado—. Pero, aunque sé que tienes un gran ojo para los nuevos proyectos prometedores, necesito ver que tienes lo que se necesita para conseguir el gran comienzo con Roy Mills.

Podía hacerlo fácilmente, prepararme para una reunión con Roy. Sólo debía encontrar el lugar perfecto para reunirnos, uno que permitiera la privacidad y... tal vez incluso un poco de intimidad. Del tipo profesional, por supuesto, no del tipo más interesante.

—Bien. Creo que puedo hacer esto. ¿Por qué no me envías su número y me pongo en contacto con él? Puedo preparar algo para el final de la semana.

Una vez más, todos en la habitación compartieron una mirada.

—¿Qué? ¿Alguien me dirá de una vez por todas lo que está pasando?

—Estamos adelantando el calendario de todo el proceso —dijo Penrose—. El Sr. Mills, es...

—Te ahorraré la molestia —intervino Marcus—. Tu hombre está en el vestíbulo. Ahora mismo.

¡Oh Dios mío!

DOCE

July

Sentía que me desmayaría en cualquier momento. Había pasado de hablar sobre ese maldito proyecto a prepararme para reunirme con Roy, y todo en el transcurso de unos quince minutos.

Él estaba esperando en el vestíbulo, claro, pero yo necesitaba ir al baño para componerme. Normalmente, mi baño privado era el lugar donde me refrescaba, pero tenía prisa y no quería demorarme demasiado.

Roy Mills estaba esperándome.

Ni siquiera quería pensar en ello, y mucho menos considerar el hecho de que debía convencerlo de que trabajara conmigo en un proyecto del que estaba segura que no quería formar parte.

Con la mirada baja, me agaché y pasé por el estrecho pasillo que llevaba a los baños del vestíbulo que nunca usaba.

Estaba vacío, gracias a Dios.

El alivio de estar lejos del bullicio de la oficina se asentó sobre mí lentamente, y aproveché la paz para componerme. En realidad no necesitaba orinar, así que simplemente me dirigí al fregadero, puse mis manos en la fría porcelana y me miré al espejo.

—Bien —me dije—. No es gran cosa. Te vas a reunir con Roy Mills eso es todo. El hombre más guapo de la industria musical y el tipo con el que casi te acostaste la otra noche. No es gran cosa, no es gran cosa.

Respiré profundamente, dejando que mi corazón se ralentizara. Pero justo en el momento en que finalmente sentí que tenía el control sobre mí misma, una voz habló desde el otro lado del baño.

Una voz profunda.

Una conocida.

—Me gusta pensar que soy más que guapo. Pero un cumplido es un cumplido, ¿no es así?

¡Trágame tierra! Era él, no había duda. Y estaba en el baño de mujeres.

—¿Qué demonios?! —grité, totalmente sorprendida—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Una figura salió de uno de los cubículos. Claro que sí, era él. Incluso con la iluminación estéril del baño, como la de un consultorio médico, se veía muy bien.

—Esa es, um, en realidad la pregunta que estaba a punto de hacerte.

Estaba confundida.

—¿De qué estás hablando?

—Este es el baño de hombres.

Abrí la boca para hablar, para decirle que estaba loco. Pero fue entonces cuando me di cuenta de lo que se alineaba en la pared alrededor de los puestos de donde él había salido.

Urinarios. Muchos de ellos. Unos que no había notado cuando entré corriendo al baño como un total desastre nervioso.

Estaba en el baño de hombres. Con Roy Mills.

—Pero me parece bien —añadió—. He visto cosas más raras en mis días. Mucho más raras.

—Oh Dios mío —murmuré, casi demasiado mortificada para pensar—. Estoy en serio en el baño de hombres.

—Supongo que fue un desvío no planeado —repuso, con una pequeña sonrisa en los labios. Me sentía aturdida.

—Tengo mi propio baño y nunca uso estos y asumí que entré en el de mujeres y...

Estaba hablando a una milla por minuto. Roy, evidentemente viendo que estaba al borde de un ataque de nervios, levantó las palmas de sus manos.

—No te preocupes. Ya terminé lo que necesitaba hacer. No hay problema.

Miré a mi alrededor, notando que el baño de hombres era... mucho menos agradable que el de las chicas.

—¿Por qué este lugar está tan desnudo? —pregunté—. ¿Ni siquiera un sofá o flores o algo así? Se rió.

—Lo que pasa con cualquier cosa que pongas en el baño de los chicos, es que probablemente se orinen en él.

—Entiendo.

—Pero es una lástima, también —dijo, mirando a su alrededor—. Si tuviéramos un sofá podríamos tener nuestra reunión aquí.

Oh, mierda. La reunión. Antes de que pudiera decir nada, la puerta se abrió y entró uno de los hombres del equipo de limpieza. Se detuvo en su camino cuando se dio cuenta de que había alguien en el baño de los hombres que ciertamente no era un hombre.

—¡A la oficina! ¡Vamos!

Salí del baño tan rápido como pude, sin detenerme siquiera para comprobar si Roy me estaba siguiendo. Con la mirada baja y la vergüenza total sobre mí, llegué hasta la puerta de mi oficina y entré. Sólo cuando estuve a salvo detrás de mi escritorio me di la vuelta para asegurarme de que no se había quedado con el extremadamente confundido trabajador de la limpieza en el baño. Por supuesto, él estaba allí, cerrando la puerta con tanta calma y fresca que hacía un equilibrio perfecto con mis ridículos nervios.

—Hablaba en serio —dijo, mientras se deslizaba en el sofá y cruzaba las piernas—. Hago lo mejor que puedo en la ducha. Es lógico que yo también tenga mis mejores reuniones allí.

Sin ningún tipo de persuasión de mi parte, mi mente se llenó de imágenes de él en la ducha, con espuma deslizándose suavemente sobre sus músculos esculpidos y cubiertos de tatuajes. Crucé mis piernas con fuerza.

—Nunca antes he tenido una reunión allí —continuó—. En el baño, me refiero. No en la ducha —luego consideró lo que había dicho—. Pero, uh, no es realmente una conversación apropiada.

¿También se le trabó la lengua? No podría imaginarme a alguien como yo teniendo ese efecto en un tipo como Roy.

—De todas formas —añadió, y esa pequeña y preciosa sonrisa regresó a sus labios—. Me alegro de verte, July.

—Lo mismo digo, Roy.

Juntó las manos y se inclinó hacia delante.

—Espero que no te importe que venga de esta manera. Después de nuestro... encuentro de la otra noche supe que tenía que verte de nuevo. Alguien me mencionó que trabajabas para una editorial, ya sabes, los contactos, y pensé que valdría la pena intentar localizarte.

El mismo Roy Mills se había esforzado por encontrarme. Era tan emocionante que no sabía qué decir.

—Bueno, me encontraste.

—Y estaba pensando que sería más difícil de lo que fue.

—Oh, ¿sí?

—Sí. Pensé que tendría que hacer un poco más de trabajo de campo. Resulta que eres una gran pieza en una de las mayores editoriales. Y más que eso, tu jefe parecía muy interesado en que nos reuniéramos.

Había olvidado ese pequeño asunto.

—Y también quería escribir sobre mí o algo así —agregó, pareciendo más confundido que nada.

No te precipites, July. No se lo echas en cara.

No era precisamente la mejor para convencer a la gente de las cosas, pero incluso yo sabía que volver a pedírselo justo después de que hubiera rechazado a Penrose no era la idea más inteligente.

—¿En serio?

Se encogió de hombros.

—No es algo con lo que quiera lidiar. Estaba más interesado en verte.

Mi cara se calentó de nuevo, y mi mano se movió instintivamente a mi oreja, para acomodarme el cabello detrás de ella. Dios, el hombre me hacía sentir como una adolescente.

—Bueno, eso es halagador —admití—. Y... aquí estoy.

—Sí, aquí estás.

Sus ojos se posaron sobre mi cuerpo, y tuve la sensación de que pensaba en lo que habíamos dejado pendiente la otra noche. Demonios, y yo estaba obsesionada con lo mismo.

Había un silencio en la habitación que me hubiera gustado romper sentándome a su lado y retomando las cosas justo donde las habíamos dejado.

Y a juzgar por el calor, la tensión y el hormigueo que se estaban produciendo en mi zona sur, mi cuerpo estaba definitivamente de acuerdo con ese pequeño escenario.

—Entonces —dije, aclarando mi garganta—. ¿Qué querías discutir?

—Quería discutir la posibilidad de que nos reuniéramos de nuevo. Nuestro último lugar de reunión se rompió abruptamente, después de todo.

—Sí que lo hizo.

—Pero ahora que te tengo aquí, toda para mí...

Dios, tantas maneras en que quería que terminara esa frase, “sólo deseo verte desnuda” o “no puedo evitar imaginar cómo te verías inclinada sobre ese impresionante escritorio tuyo”, y así sucesivamente. A todo lo cual probablemente habría respondido con un “sí” muy entusiasta.

—Sólo puedo pensar en cómo creo que deberíamos hacer esto fuera del ámbito laboral —concluyó.

—Sí. Estoy de acuerdo. ¿Qué tienes en mente?

—¿Estás libre esta noche? ¿Quizás alrededor de las siete?

De haber tenido planes para esa noche, definitivamente los habría cancelado sin pensarlo dos veces.

—Suena genial.

—Pensaba en el Gimlet en Silver Lake. ¿Eso funciona para ti?

Mi corazón latía rápido ante la idea de salir con Roy.

—Claro. Creo que eso podría ser... factible.

—Genial —se puso de pie, sus jeans ajustados abrazaban sus gruesas piernas, su camiseta negra de Henley ceñida a sólidos músculos, su cabello rubio despeinado y ese rostro perfecto—. Te veré allí.

—Seguro.

Luego me guiñó un ojo y se fue.

Una vez que salió de la habitación, no pude hacer nada más que quedarme allí, sentada y aturdida. Nuestra reunión que comenzó en el baño, terminó con una cita.

Roy Mills y yo, solos.

TRECE

Roy

—¿Cómo te sientes, papá?

—Nervioso.

La palabra salió de mi boca. No podía creer que lo hubiera dicho. Pero era verdad. La idea de tener a July a solas en una cita me tenía muy emocionado y nervioso. Claro, el concierto había sido emocionante, pero esto era otra cosa.

Algo que nunca había sentido antes.

—Bien —dijo Sophia mientras me rodeaba, echándole un vistazo a mi ropa—. Sólo ten confianza. Sé asertivo, pero no asumas que ella está de acuerdo con que abras la puerta y hagas todas esas cosas caballerosas. A las mujeres como ella les gusta que les respeten su independencia.

—¿A las mujeres les gusta eso? —pregunté—. ¿Realmente estoy recibiendo consejos para citas de mi hija?

—Es un buen consejo —sonrió—. Además, has estado fuera de la escena de las citas por un tiempo, papá. Deberías tomar toda la ayuda que puedas conseguir.

Quería discutir con ella, pero maldita sea, tenía razón. Era verdad, la última vez que tuve una cita fue... no quería ni pensarlo.

Había estado con una buena cantidad de chicas, claro, pero todas fueron cosas más informales, al punto de no poder recordar la mayoría de sus nombres de forma casual. Invitar a una mujer a una cita, vestirse, lucir bien y todo ese jazz, era nuevo para mí. Es todo lo que puedo decir.

—Es válido, chica. Pero a menos que sea extremadamente negligente en mis deberes de padre, estoy razonablemente seguro de que nunca has tenido una cita.

—Cierto.

—Y nunca irás a una —añadí con una sonrisa.

Volvió a sonreír.

—Puede que me falte experiencia en el campo, pero he leído mucho sobre el tema.

—No dudo de que lo has hecho.

—Y he aprendido que la mujer de hoy en día es fuerte e independiente y quiere que los hombres lo tengan en cuenta. Ah, y no tienen mucha paciencia para los tipos que son lentos en la absorción.

Pensé en July, en cómo se veía en su oficina detrás de ese escritorio. Claro, unos minutos antes había estado en el baño de hombres con ella, los dos rodeados por el olor de los urinarios. Pero una vez que estuvimos en su oficina ella era algo más, totalmente en su elemento.

Claro, Sophia puede haber estado un poco fuera de su alcance, pero puedo decir que tenía

razón sobre July.

—Bien —acepté—. ¿Algo más?

—El traje.

—Oh no. ¿Qué pasa con eso?

—Vamos, papá. ¿La camiseta de la banda se emparejó con la chaqueta deportiva? ¿Qué es esto? ¿Carson Daly alrededor del 2002?

Abrí la boca para preguntarle cómo sabía sobre Carson Daly y esa tendencia en particular, pero en cambio, salió una defensa.

—Vamos. Es genial. ¿Verdad?

Me echó una mirada, una de “¿en serio?” enmarcada por su Amélie bob, mientras se paseaba por mi armario. Regresó con una camisa verde oscuro.

—Esto está mejor. Ya no parece como si intentaras lucir demasiado *cool* para la escuela.

Me puso la camisa sobre el torso y, por supuesto, se veía mucho mejor. Más profesional pero aún así casual.

—Supongo que tienes razón —admití mientras me quitaba la chaqueta y la camiseta, lanzando ambas sobre la cama.

En cuanto abotoné la camisa oí abrirse la puerta principal. Mamá había vuelto, lo que significaba que era hora de que me fuera.

—¿Ves? —preguntó Sophia—. Mucho mejor.

—Demonios, chica. ¿Qué haría yo sin ti?

—Una muy buena pregunta —ella sonrió.

Salí de la habitación y mamá pasó volando a mi lado, con los brazos cargados de bolsas de comida con las que la ayudé.

—¿Cita importante? —preguntó.

—Algo así.

—Pareces emocionado. Es un buen look.

—Gracias. Me siento emocionado.

Lo decía en serio. No podía recordar la última vez que me sentí tan mareado por algo.

Estaba listo para ir. Después de un par de besos de despedida para las damas, me fui. Minutos después estaba en mi Aston Martin, dirigiéndome hacia Gimlet. En ese momento el sol estaba empezando a bajar, y el cielo era un brillante atardecer de California en dirección al agua.

Una perfecta noche de verano.

No pasó mucho tiempo antes de que me detuviera en el lugar. Y al igual que antes, mi estómago me cosquilleó con la excitación y un poco de miedo. Era tan raro y emocionante que no podía creer que eso me estuviera sucediendo a mí.

Pasé por la puerta principal del lugar, esperando que mi visión se ajustara a la luz baja. Era un bar de cócteles de moda, el lugar estaba lleno de chicos al estilo de Los Ángeles, con tatuajes en los brazos, jeans ajustados y todo lo demás. Pero sólo había una persona en ese bar que me importaba, y estaba sentada al final, con los ojos puestos en mí.

Santo cielo, se veía bien. El traje de negocios de July había sido reemplazado por un par de jeans que abrazaban sus caderas delgadas, creando una curvatura como el infierno. Su blusa estampada era lo suficientemente fina como para que yo pudiera ver la forma de su sostén oscuro a través de ella. Lo suficientemente atrevido como para ser interesante. Su cabello oscuro, hasta los hombros, estaba de vuelta, enmarcando perfectamente su hermoso rostro.

La deseaba tanto, y mi amigo, el que se endurecía cada vez más en mis pantalones, lo confirmaba. Fue un poco insistente, en realidad, queriendo que dijera “al diablo con la cita” y que

fuera directo a lo que casi habíamos hecho la otra noche.

—Buenas noches.

Sus preciosos ojos me miraron mientras me deslizaba en el asiento frente a ella.

—Buenas noches —respondió.

Nos miramos fijamente por unos momentos, y tuve la clara impresión de que ella también quería decir “al diablo con la cita”, como quería mi fiel asistente.

Pero esto era una cita. Tal vez incluso una con clase. Y “con clase” era la forma en que pretendía mantenerla. Podría ser un tipo con clase, después de todo. Cuando yo quería serlo.

—¿Qué estamos bebiendo? —pregunté, bajando mi mirada a su bebida clara.

—Pensé en seguir con el tema. El lugar se llama “Gimlet”, después de todo.

—Que sean dos —dije, hablando tanto con July como con el camarero al pasar.

—Así que. Aquí estamos.

—Aquí estamos —repetí mientras el barman terminaba mi bebida y la colocaba a mi lado—. Reunidos un poco más, ah, tradicionalmente que antes.

Ella arqueó una ceja.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que la mayoría de la gente no se reúne en el escenario de un concierto de su banda favorita?

Ahora era mi turno de arquear una ceja.

—Banda favorita, ¿eh? —pregunté.

El profesionalismo se desvaneció por un momento, dando paso a la chica picara que había visto en el escenario la otra noche.

—Bueno —miró hacia otro lado por un momento—. Una de mis bandas favoritas. De las diez mejores, tal vez.

—Aww. Ahora mis sentimientos están heridos.

—¿Por qué? —su tono era juguetón y desafiante—. ¿Porque no eres mi número uno?

Decidí presionar un poco.

—Parecía que yo estaba al menos entre los cinco primeros cuando estabas en el escenario. Las chicas no ponen ese tipo de cara cuando sólo están un poco excitadas.

—Qué. ¿Ahora eres un experto en el tipo de caras que hacen las chicas?

—Sólo cuando están excitadas —dije, inclinándome un poco hacia adelante. Se sonrojó otra vez. Me encantaba.

—Bien. Tal vez estaba un poco emocionada. Fue un buen espectáculo, ¿sabes? Ustedes realmente lo lograron.

—Gracias —tomé un sorbo de mi bebida—. Me gusta pensar que no nos hemos oxidado demasiado.

—Para nada. Fue como si no hubieras perdido el ritmo. Literal o figurativamente.

—Otro gracias —dije—. Me alegro de que te hayas divertido.

Sosteniendo su bebida cerca de su pecho, July se acomodó en su asiento y me miró con escepticismo.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada. Sólo trato de asimilarlo todo.

—¿Asimilar qué?

—Bien —se preparó para admitir algo—. Soy... una especie de gran fan.

—Me alegro de oírlo. Se siente bien ser honesto, ¿no? —le mostré una sonrisa, y ella juguetonamente puso los ojos en blanco.

—Pero por muy genial que sea estar aquí, no puedo evitar preguntarme qué le depara el futuro

a los Lover Boys.

Eso sonaba... un poco raro, como si se estuviera preparando para dar una presentación de PowerPoint o algo así.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo... como dije. Ustedes volvieron y sacudieron la casa. Puede que haya sido algo puntual pero, ¿viste que fueron tendencia el día después?

—No me gusta usar medios sociales —admití.

—Quiero decir, yo tampoco. En realidad, lo odio un poco.

—Lo sé, ¿verdad? —pregunté, tanto emocionado como un poco sorprendido de que ella estuviera de acuerdo con ese punto—. Le digo a la gente que no tengo un Instagram, y me miran como si fuera un bicho raro.

Sus ojos se abrieron mucho.

—¡Sí! Y siento que realmente disfruto experimentando cosas cuando las hago y no me obsesiono con obtener la imagen perfecta o lo que sea.

—Exacto, ¿a nadie le gusta tener su vida privada? Ya no hacen cosas por el bien de hacerlas, sino para mostrarlas a otras personas después.

—Como en tu show. La mitad de la gente allí estaba grabando la cosa. Y yo me preguntaba, ¿van a ver esto más tarde o algo así? —sus ojos brillaron por un momento—. Sin ofender. Pero sabes lo que quiero decir, ¿verdad?

—Sí, totalmente. Todos están tan preocupados por asegurarse de que no se pierden nada que no viven realmente. Le dije a mi hija que no tendrá acceso a ningún medio social hasta que tenga dieciséis años o algo así. Quiero que realmente tenga un breve período de tiempo en el que sepa hacer las cosas sin pensar en qué filtro quiere añadir a la foto.

—Tu hija —repuso July—. Olvidé que tienes una.

—Eso es a propósito. Intento mantenerla lo más lejos posible de todo esto. De todo el asunto de los Lover Boys. Quiero que sea una chica tan normal como sea posible.

—¿Qué tan normal puedes ser cuando tu padre es Roy Mills?

—Nunca me acostumbraré a que la gente diga mi nombre completo delante de mí de esa manera —admití con una pequeña sonrisa—. Y a la gente le encanta hacerlo.

—¿Qué? ¿Crees que es raro oír tu nombre y apellido en tercera persona? —sonrió.

—Las cosas en las que la gente no piensa antes de hacerse famosa —dije, sacudiendo la cabeza—. Cuando era más joven, lo único que me importaba era la música, y supongo que las chicas y todo eso. Pero no pensé en las otras cosas.

—Apuesto a que tienes un montón de ángulos interesantes como ese. La vida de estrella de rock que la mayoría de la gente no ha considerado.

—Tal vez.

—Entonces, ¿eso es todo? ¿No más Lover Boys?

—¿Sorprendida?

Tenía la impresión de que había algo más, algo que tenía en mente.

—Un poco. Y decepcionada, supongo. Pudiste ver que la gente todavía los quiere... llenaron todo un auditorio con una presentación que era secreta.

—Eso fue sólo por nostalgia. Lo cual es raro.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, así es como empezamos. Los chicos y yo crecimos con Crüe y Poison y todas esas bandas de Los Ángeles, y al principio pensamos ser una banda de tributo a ellos, pero con nuestro propio giro. Una especie de banda nostálgica del metal.

—Y ahora la gente se está poniendo nostálgica por la banda de la nostalgia.

—Sí. Supongo que todo el arte es nostálgico de una forma u otra.

July no dijo nada, en cambio, consideró mis palabras con cuidado, como si estuviera midiéndolas.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada. Sólo pienso en lo interesante que es esto, y en lo interesante que otras personas lo pueden encontrar.

En ese momento me di cuenta. Recordé la conversación que había tenido con Primrose o Princeton o como fuera que se llamara el dueño de la empresa, y cómo había tratado de venderme la idea de ese libro de contarlo todo.

Y ahí estaba ella, buscando el mismo negocio.

—Ya veo de que va todo. Tu jefe te puso en esto, ¿verdad?

Los ojos ultra sexy de July se abrieron, como si la hubieran pillado con las manos en la masa.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos. ¿De verdad crees que no sé lo que está pasando aquí?

—Um —tartamudeó—. Quiero decir...

Su comportamiento casual y ligero se derritió como el hielo en nuestras bebidas. July, en cuestión de segundos, se convirtió en la chica agotada y nerviosa que había entrado accidentalmente en el baño de los hombres.

—No me digas que sólo aceptaste esta cita para intentar negociar sobre el libro.

—¡No! —respondió rápidamente—. No es eso en absoluto. Quiero decir, el libro es parte de ello, pero... —hizo una pausa, como si tratara de escoger sus próximas palabras con mucho cuidado—. Yo también quería verte. De verdad. No por el trabajo o cualquier otra cosa.

No sentí la necesidad de presionarla sobre el tema, parecía bastante sincera. Pero lo del libro... fue raro. Sabía que debía dejar el tema de lado, pero no pude evitarlo.

—¿En serio quieren escribir un libro sobre mí? No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? Eres el cantante principal de una de las bandas de rock más grandes de los años 2000. ¿No crees que a la gente le interesaría oír lo que tienes que decir sobre todo eso? Y a decir verdad, no estoy segura de por qué estás tan cerrado al respecto.

—Por la misma razón por la que rompí la banda en primer lugar. Porque era hora de dejar todo eso atrás. ¿Hacer un libro ahora? Eso lo volvería a dragar todo de nuevo.

Ladeó la cabeza mientras sorbía su bebida.

—¿Tan malo es? —preguntó.

—Quiero decir, no es como si estuviera en guerra o algo así, no me malinterpretes.

—Suenas un poco como una reina del drama —sonrió.

Le mostré una sonrisa antes de continuar.

—Pero es sólo una parte de mi vida que he terminado. Ahora mismo tengo a mi hija y mi trabajo, y ahí es donde está mi vida ahora mismo.

—Lo entiendo. Bueno, no voy a presionar el tema.

—Sólo haces tu trabajo. También te entiendo.

—Una estrella de rock muy razonable.

—¿Qué esperabas? —pregunté.

—En serio. No sabía qué esperar. Estar aquí con Roy Mills se...—se pilló a sí misma—. Estar aquí contigo, es lo suficientemente surrealista por sí mismo.

—Lo mismo digo.

Estaba claramente confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Hay algo en ti, July. Lo que sea que me hizo subirte al escenario, lo que sea que me hizo invitarte de nuevo... No planeé hacer nada de eso. Es sólo que quedé atrapado. Y algo en ti lo provocó.

—Interesante. Muy interesante.

Miré hacia abajo, notando que, sin darnos cuenta, los dos nos habíamos acercado lo suficiente como para poder oler su perfume, incluso sentir el calor de su cuerpo. Y a mi amigo de abajo le gustó mucho ese giro de los acontecimientos.

Miré a mi alrededor, notando que más de unas pocas personas se habían dado cuenta de quién era yo, y una o dos de ellas sacaban fotos de mí y July.

—La gente siempre se cree muy hábil con sus teléfonos con cámara —me quejé.

Ella volteó en la dirección que yo había estado mirando, viendo a la gente que ahora guardaba incómodamente sus teléfonos.

—Por cada uno que notas, algunos otros han tomado más fotos sin que te des cuenta.

—Oh no. Ni siquiera pongas esa idea en mi cabeza.

—¿Qué tal si terminamos nuestras bebidas y nos vamos de aquí? De todas formas, la idea principal era estar a solas. Idea que ahora puedo respaldar.

Mi pene reaccionó en mis pantalones, claramente estaba de acuerdo con la idea

—¿Yo? ¿Solo con los July Wolter?

Se rió.

—Lo creas o no. Tu sueño está a punto de hacerse realidad.

CATORCE

July

Allí estaba yo, caminando por las calles de la mano de Roy. Era difícil entender lo natural que se sentía. Al igual que cuando superé mi ansiedad en el escenario, todo se sintió tan bien, simple y divertido. Claro, él era una estrella de rock, pero también se sentía como estar en una cita con un tipo con el que inesperadamente te llevas bien.

No me esperaba que fuera jodidamente guapo. El maquillaje, el cuero y todo eso le sumaba un cierto encanto sexy. Pero incluso vestido con su ropa de hombre normal y con su cara al natural, era tan hermoso que apenas podía soportarlo. Mi centro enviaba una nueva oleada de hormigueos a cada paso, y la idea de estar a solas con él era tan tentadora que apenas podía pensar con claridad.

—Bonita noche —dije, el sol finalmente se había ocultado, mientras paseábamos por las calles de Silver Lake.

Fue patético, pero no tenía ni idea de qué más decir.

—Claro que sí —su mano pasó de estar tomando la mía a la parte baja de mi espalda.

Me derretí como un helado dejado en el mostrador de la cocina. Cuanto más lo pensaba, más quería dejar de lado toda la pretensión de la cita y terminar lo que habíamos dejado inconcluso.

Pero, ¿y después de eso? ¡A quién le importaba! Deseaba a Roy, y demasiado.

En poco tiempo llegamos a su auto, un elegante y plateado Aston Martin. El materialismo nunca había sido lo mío, pero ¡maldita sea! era un buen auto.

—Wow —mis ojos recorrieron las curvas de la máquina, parecía una nave espacial—. Uh, siento sonar como una veinteañera.

Roy se rió.

—Está bien. Sólo... no me preguntes cuánto cuesta asegurar esta cosa. No pensé en eso cuando lo compré.

Abrió el auto, y ambos entramos. Tan pronto como las puertas se cerraron, un pesado silencio se apoderó de mí y supe lo que quería.

Él también lo sabía.

Nos miramos el uno al otro, ambos con la misma expresión hambrienta y caliente como el infierno. Volamos el uno hacia el otro, deseosos por juntar nuestros labios.

Mierda, sabía mejor de lo que esperaba.

Nos besamos fuerte y profundamente, y nuestras lenguas se encontraron. Mis manos se movieron sobre su cuerpo, y las suyas hicieron lo mismo. Deslizó la punta de sus dedos por mi blusa, sobre mi cálida y hormigueante piel. Gemí ante su tacto, como si su pene ya estuviera dentro de mí.

Por muy buenos que fueran los preliminares, sólo podía pensar en quitarle esos jeans y ver lo que tenía debajo. Porque si la forma en que se veía en sus pantalones de cuero era un indicio...

Todo parecía suceder muy rápido. En un momento estaba admirando su auto, al siguiente estaba mirando, bueno, todo lo demás. Abrí su camisa, exponiendo su tonificada sección media, y sus manos trabajaron a una velocidad increíble sobre los botones de mi blusa. Estaba segura de que tenía mucha práctica en desnudar a las chicas, pero no me importaba, en ese momento, justo ahí, era mío, todo mío.

—¡Maldita sea! —gruñó mientras se deshacía de mi blusa.

—¿Algo va mal? —pregunté, levantando una ceja.

—No. Algo va muy, pero muy bien.

No pude evitar reírme de su expresión.

—Vamos —le di un golpe en el pecho.

Sus músculos eran tan duros, firmes y perfectos que no pude evitar dejar mi mano ahí un segundo. Dos segundos. Ok, tres segundos.

Mentira, fueron cuatro.

—¿Qué? —preguntó.

—Sólo pienso en cómo esto que estamos haciendo ahora es lo que probablemente has hecho con un millón de groupies antes.

—¿Hablas en serio?

—Tal vez un poco —sonreí—. Apuesto a que el gran Roy sabe qué decir para hacerlas sentir especiales en el momento, como si fueran la única chica del mundo.

—¿Y eso es lo que crees que está pasando aquí? ¿Crees que sólo estoy dirigiendo un juego?

No dije nada, sintiéndome de repente un poco tonta.

—¿Como un programa de ordenador? —preguntó con una sonrisa—. Algo así como: Estar con chica sexy, ejecutar programa de coqueteo cuarenta y cinco, guión 2-B.

No pude evitar reírme. Uno, porque era divertido, y dos, porque me recordaba el tipo de cosas de nerds que todos los chicos que había conocido dirían. Pero en vez de salir de la boca de un nerd obsesionado con los Colonos de Catán, estaba saliendo de la boca de una estrella de rock totalmente caliente.

—No así, exactamente. Pero tal vez más como si hubieras pasado por esto tantas veces antes que sólo vas en piloto automático.

Una parte de mí odiaba lo patética e insegura que estaba siendo. Pero estaría mintiendo si dijera que no era el caso. ¿Era yo realmente especial para él? ¿O era lo suficientemente especial de momento?

—Supongo que no me serviría de nada decirte que cualquier chica con la que he estado no ha sido tan especial.

—Es un lindo pensamiento, pero...

—Crees que le digo lo mismo a todas —terminó mi frase. Sus ojos se apartaron por un segundo, como si estuviera tratando de decidir si quería decir lo que tenía en mente—. Los informes de que soy un completo mujeriego podrían ser un poco exagerados, de todos modos.

—¿En serio? —pregunté.

—En serio.

—¿Qué hay de ti y todas esas chicas con las que saliste? ¿No eran tú y Jessica Biel, como, una cosa?

Se encogió de hombros.

—Eso fue una cita. Y sí, conocí a algunas mujeres que sentí que tenían material de novia, y

Jess era una de ellas —fue muy raro oírlo referirse a una celebridad tan casualmente y en apodos—. Pero nunca me enrollé con las groupies. Demasiado raro, demasiado impersonal. Parte de la razón por la que quería dejar atrás a los Lover Boys.

—¿Qué? —pregunté con una sonrisa—. ¿Toda esa atención femenina comenzó a desgastarte? Pobrecito.

Dejó escapar un resoplido de risa.

—Cuanto más tiempo estaba en ese mundo, más sabía que no pertenecía a él. La música era divertida, y nunca me cansé de estar en el escenario. Pero... sí de todo lo demás.

O bien era un muy buen actor además de ser un increíble cantante, o bien estaba siendo sincero. De cualquier manera, estaba lista para permitirme creerlo. Después de todo, no había mucho tiempo para sentarse y tener una charla de corazón a corazón con un hombre guapo a medio vestir, con sus abdominales a la vista, el botón de sus jeans desabrochado, y unos cuantos mechones de cabello colgando sobre su frente de una manera mega sexy.

Cielos. Lo necesitaba, y mucho.

—¿Qué hay de ti? —preguntó—. Quiero decir, apenas sé...

No tenía ningún problema en seguir con la charla. Pero necesitaba algo un poco más tangible. Así que lo corté con un beso. Enseguida el sabor embriagador de su boca me golpeó como una droga. No es que haya tenido mucha experiencia con las drogas, pero me lo imaginaba así.

Más o menos.

Estaba lista para él. No me importaba que estuviéramos en un auto aparcado donde la gente pudiera vernos. Lo único que me importaba era tenerlo desnudo. Y a juzgar por la forma en que sus manos se movían sobre mí, pude ver que tenía prioridades muy, muy similares.

Mientras nos besábamos y besábamos, deslizó mi blusa sobre mis hombros exponiendo mi sostén.

—Dios, eres tan... ¡hermosa! —exclamó, y sus palabras salieron casi como si estuviera sorprendido.

—¿Esperabas algo diferente? —pregunté. Su boca se movía sobre mi cuello, haciendo que todo mi cuerpo se erizara.

—No. Sólo... sólo sorprendido.

—¿En el buen sentido?

—En un muy buen sentido.

—Perfecto. Ahora, menos charla, más acción.

Se rió, envolviendo su brazo alrededor de mi cintura y besándome con fuerza otra vez. Ambas manos exploraron un poco más, abriéndose paso hacia la zona baja de mi cintura y todas las cosas buenas que estaban escondidas allí. En ese punto, estaba tan mojada que apenas podía soportarlo.

—Vamos —me quejé—. Dámelo.

—Eso intento —dijo, mientras sus manos trabajaban en los botones y cremalleras de abajo—. El Martin no está realmente hecho para este tipo de actividad en los asientos delanteros.

—Entonces inténtalo con más fuerza. Porque lo necesito tanto que puedo... —de repente algo metálico sonó, interrumpiéndome—. Eso no es tu pene, ¿verdad?

—¿Te refieres a ese ruido? No. Es impresionante y todo eso, pero no está hecho de acero sólido.

Nuevamente se escuchó el sonido.

—¡Mierda! —exclamó—. Detrás de ti.

Por un momento me asusté totalmente. Pero cuando me di la vuelta y vi la inconfundible figura de un policía uniformado, con una linterna en la mano, yo... bueno, me asusté de nuevo. El extraño

ruido que salió de mi boca fue una combinación de un chillido y un grito, y sólo incrementó la extrema vergüenza.

Por suerte, Roy estaba más al tanto de las cosas que yo. Rápidamente alcanzó mi blusa y la puso delante de mí. Se la arrebaté de las manos y me cubrí las tetas, con la cara aún roja. Luego bajó la ventanilla, el aire fresco de la tarde y las duras vibraciones del oficial se esparcían en el auto en igual medida.

—Buenas noches, oficial —dijo Roy, sonando genial sobre todo el asunto.

—Ya veo que sí. Pero creo que puedes adivinar qué es lo siguiente que voy a decir.

Roy y yo nos retorcimos en nuestros asientos, con los ojos fijos en el frente.

—Por supuesto, oficial.

—Entonces los dejo con la advertencia.

Murmuré un “gracias” al oficial y eso fue todo. La ventana volvió a subir, y él se había ido. Los dos nos sentamos en silencio por unos momentos, sin saber qué decir.

—Entonces... ¿eso mató totalmente el humor? —preguntó él.

—Algo así. Es difícil sentirse sexy cuando hay un policía de casi dos metros de altura que se cierne sobre ti cuando estás medio desnuda.

—No lo sé. Apuesto a que hay unas cuantas personas en la ciudad que pagarían por algo así — otra sonrisa burlona, y sentí que la extraña tensión se disipaba.

—Apuesto a que tienes razón en eso. Pero... no esta chica.

—¿Vives lejos de aquí?

Mis ojos se abrieron de par en par por el pánico de pensar en el estado que estaba mi apartamento. Aparte de que el lugar era apenas lo suficientemente grande para albergar a una persona a la vez, había suficientes contenedores de comida rápida vacíos, y ropa esparcida aquí y allá, como para no ser exactamente el lugar más hospitalario que había.

—En realidad... vivo en este vecindario. Pero mi apartamento es un desastre.

—Yo vivo en el centro. Podría dejarte en tu casa, pero si te sientes con ganas de quedarte conmigo un poco más podríamos...

—¡Claro! —le corté el paso.

Otra risita.

—Me gusta ese entusiasmo —admitió.

Y a mí me gustaba mucho él. No había nada más que decir. Roy sacó el auto del lugar y nos dirigimos al centro, con un cosquilleo de emoción en el aire.

QUINCE

July

Condujimos en silencio. No uno incomodo, sino del tipo agradable donde sólo estás, y la compañía de cada uno es agradable y tranquilizadora. Lo cual era sorprendente, ya que en mi experiencia esa sensación sólo se logra después de conocer a un tipo por un tiempo. Pero con Roy estaba justo ahí, sólo un par de horas después de nuestra primera cita, o lo que fuera, y después de que casi nos pillaran follando en público.

Y lo creas o no, incluso después de tener un poco de tiempo para dejar pasar todo ese asunto, en realidad estaba bastante excitada.

—¿Alguna vez has hecho algo así antes? —preguntó, como si leyera mi mente.

—¿Qué parte? ¿La parte de dormir con alguien que apenas conozco o la parte de ser atrapada en público?

—¿Dormir con alguien? Me parece que alguien está siendo presuntuosa.

No pude evitar reírme.

—La segunda cosa —aclaró—. La parte pública.

—Nunca —admití, sintiéndome un poco tonta al decir la palabra tan rápidamente—. Mi vida sexual ha sido... bastante mansa.

—Ah, ¿sí? —preguntó.

—En su mayor parte.

Me sorprendí a mí misma, casi a punto de soltar todo el asunto de mi ex y el desastre del día de la boda y todo lo demás. Las cosas iban bien con Roy, pero eso no significaba que estaría dispuesto a oír cómo me habían humillado totalmente el día de mi boda.

Tal vez eso lo llevaría a cuestionarse si estaba haciendo lo correcto al involucrarse con alguien como yo, alguien que evidentemente era tan extraña que inspiraba a los hombres a deshacerse de ella al borde de las nupcias y a huir con una chica de disfraces apenas legal y profesional.

—¿Sí? —preguntó.

—Sí, bastante cuando se trata de este tipo de cosas.

Si tenía alguna opinión al respecto, se la guardaba para sí mismo. Las torres del centro de Los Ángeles crecían cada vez más, y en poco tiempo entramos en el garaje de una de ellas, que parecía ser un complejo de apartamentos más nuevo, una preciosidad por lo que podía ver.

Roy llevó el auto a un lugar privado, y momentos más tarde nos dirigíamos al último piso a través de un ascensor muy silencioso. Mis ojos se enfocaron a los suyos, y por un momento los dos nos quedamos encerrados en una mirada acalorada.

—No hay tiempo suficiente para eso —repuso, con una sonrisa—. Estos nuevos ascensores no

fueron contruidos para lo que tienes en mente ahora.

Estaba nerviosa, tanto por la mención del sexo como por el hecho de que de alguna manera parecía leerme la mente.

—¿Qué te hace pensar que yo estaba...

—Llámalo una corazonada —dijo.

Las puertas se abrieron, revelando un enorme y moderno apartamento.

—Bonito lugar —admití, entrando y mirando a mi alrededor, disfrutando la amplia vista de la ciudad, una vista que se extendía hasta el agua.

—Gracias. Tengo algunas compañeras de vivienda. Aunque están fuera por la noche.

—¿Compañeras? —pregunté.

Asintió hacia una pared, una llena de fotos. Me acerqué y las vi mejor. Casi todas eran de alguna combinación de Roy, una mujer de mediana edad que se parecía mucho a él, y una adorable niña de cabello oscuro.

—Esa es tu hija, ¿verdad? ¿La que adoptaste?

—Sí, ella es Sophia —tomó una de las fotos de él y ella, y la miró con una expresión tan cálida que casi me hace llorar—. La razón por la que me levanto de la cama por las mañanas.

—¿Y tu madre?

—Ha estado viviendo aquí por un tiempo, una gran ayuda con la pequeña damita.

—Eso es muy dulce.

Él sonrió.

—Mamá no me dio realmente una opinión sobre el asunto. Una vez que se enteró de que la adopción estaba lista, casi pateó mi puerta para venir a ayudarme. Ambas están fuera por la noche, probablemente comiendo algo de In-N-Out Burger y viendo una película extranjera.

Dejó la foto y me miró.

—¿Y tus padres? —me preguntó.

—Sólo mi padre. Mamá falleció hace poco.

—Siento oír eso.

—Gracias.

Me acerqué a las enormes ventanas de cristal que daban a la ciudad, para contemplar la vista. Roy se acercó a mi lado, su delicioso aroma me envolvió como una manta caliente. Me giré hacia él, notando ahora la muy, muy cruda decoración del apartamento.

—Este es un lugar muy bonito —dije, hablando en un tono cuidadoso.

—Vamos, puedes decirlo.

—¿Decir qué?

Otra mirada de “vamos, dilo”.

—Parece una especie de gran consultorio médico —admití, dejándolo salir—. Pero, como, un consultorio médico del futuro. Así que, uno genial. Algo así.

—Lo sé, lo sé. Pero ten en cuenta que esto fue en el 2005, si eras un soltero con algo de dinero, debías tener un apartamento que se pareciera a este. Más o menos era la regla.

—Oh sí, ya entiendo. Podría imaginarme totalmente ver un lugar como este en un episodio de MTV Cribs.

Se rió.

—No sé si tengo suficientes televisores escondidos en el lugar para eso. Pero podría pensar en una actualización del lugar. Un cambio en el estilo.

—Creo que se trata menos del estilo y más de que los chicos no saben cómo decorar —le hice un guiño.

—De ninguna manera. Sé cómo decorar —hizo un gesto hacia una de las pocas piezas de arte colgadas en la pared, un póster enmarcado de la película *Fight Club*, en la que Brad Pitt sostiene orgullosamente una barra de jabón y Edward Norton brilla de espectador.

—Yo... ya veo.

—Y hay otro —señaló un poco más abajo donde había otro póster.

—Robocop, ¿eh? —pregunté, más intrigada de lo que dejaba ver.

Lo creas o no, era una de mis favoritas. No es exactamente ciencia-ficción, pero algo así.

—¿Es un tono escéptico lo que detecto? —preguntó con una sonrisa—. Porque Robocop es una de las más grande de todos los tiempos. ¿No te gusta la ciencia ficción?

—Al contrario, me encanta —admití, dándome cuenta de que acababa de abrir una lata entera de gusanos.

Su ceja se levantó, intrigado.

—¿En serio? —su tono era de total sorpresa—. Tengo que saber más sobre esto.

—¿Qué? ¿A las chicas no se les permite estar en la ciencia ficción?

—A las chicas se les permite estar en lo que quieran. Pero no creo que a muchas de ellas les guste la ciencia ficción. Especialmente las chicas como tú.

Me dejé caer en los sorprendentemente suaves cojines de su sofá seccional blanco perla.

—¿Chicas como yo? —pregunté—. Ahora, no puedo evitar preguntar qué se supone que significa eso.

Se sentó a mi lado, lo suficientemente cerca como para dejar algo de distancia entre nosotros, pero lo suficientemente cerca como para estar en mi burbuja. Y quería que estuviera en más que eso.

—Ya sabes. Mujeres poderosas con oficinas personales, de las que les gusta beber batidos verdes después de sus clases de spinning.

No pude evitar soltar una gran carcajada que explotó en el vasto espacio del apartamento.

—¿Eso es lo que crees que soy? —pregunté.

—¿Me equivoco?

Quería decirle que sí, que sin duda se equivocaba. Pero entonces me di cuenta de que no estaba muy lejos de esa descripción.

—Más o menos. Tengo una oficina personal, y me gusta pensar que tengo un poco de poder. Pero en cuanto a la clase de spinning y la parte del batido... No va conmigo. Me mantengo delgada por estar demasiado ocupada para comer algo más que unos pocos bocados rápidos de comida para llevar aquí y allá.

—Bueno, lo que sea que estés haciendo está funcionando —me echó una mirada tonta que sugería que sabía lo cursi que estaba siendo.

—Muy caballeroso. Pero de todos modos, a pesar de lo glamorosa que pueda parecer mi vida, sí, me gusta la ciencia ficción.

El tema era extrañamente raro y un poco incómodo de mencionar. Especialmente, después de haber decidido guardar esa parte de mí desde la boda. George y su gran mierda me habían arruinado el género para siempre.

—Entonces eres una aficionada al Robocop, supongo.

—Naturalmente. Pero ninguna puede igualar a Verhoeven, obviamente. Aunque admito que las demás se las arreglaron para conseguir el tono satírico.

Todo salió con una extraña prisa. Y Roy simplemente me miró con algo que era casi como un asombro.

—Una chica que conoce de Robocop —asintió con la cabeza lentamente en aprobación—. Me

encanta eso —entonces sus ojos le dieron una mirada a mi expresión—. ¿Estás bien?

—Sí. Sólo... no encuentro mucha gente con la que pueda hablar de Robocop.

PROBABLEMENTE ERA una de las frases más raras que había dicho en mi vida. Y me di cuenta de que había algo más que estaba dejando ver de mí.

—Bueno. Es bueno saber que tienes buen gusto además de ser impresionantemente hermosa.

Estaba a punto de hacer una broma por su encantador comentario, pero no había terminado.

—Por otra parte —continuó—. Ya sabía que tenías un gran gusto.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

—Porque estuviste en mi show, por supuesto.

No pude evitar reírme antes de darle un golpe en el hombro. Y, como siempre, me di cuenta en cuanto lo toqué de lo duro que era su cuerpo.

Me hizo pensar en lo que habíamos estado haciendo en el auto, en cómo lo había tenido casi desnudo para mí, con esos magníficos músculos tensos y simplemente increíbles de contemplar.

Y lo quería de nuevo. Los temores que tenía antes se habían ido, así que moví mi trasero sobre el sofá para acercarme a él. Envolviéndome de nuevo en su olor, sus ojos y todo lo demás.

—¿Algo en lo que pueda ayudarla, jovencita? —preguntó, notando que había reducido la distancia entre nosotros a nada.

—Sabes que sí.

—¿Toda esta charla sobre Robocop te pone de humor?

—Tal vez. Pero por más caliente que me ponga un tipo cubierto de metal, creo que tú eres lo que me está poniendo de humor ahora mismo.

Ya había terminado de hablar. Quería a Roy, y quería terminar lo que habíamos empezado. Había algo en él que era simplemente mágico, algo que logró hacerme olvidar la boda, el libro y mi mala vibra espanta chicos. En ese momento, sólo éramos él y yo.

Deslizó su mano por mi cabello y se acercó a mi cara. Nuestros labios se rozaron de forma burlona antes de cerrarse en el beso más caluroso y encantador que nunca antes me habían dado.

Pero justo en el momento en que empezamos a soltar la ropa del otro, sonó una campana en el apartamento. Me quedé sin aliento, mirándolo. En la dirección del ruido había un ascensor abierto, y una mujer y una niña de pie nos miraban con sorpresa en sus rostros.

Atrapados.

Otra vez.

DIECISÉIS

July

Dos mujeres salieron del ascensor. Bueno, una niña y una mujer de mediana edad. Esta última era alta, con un océano en los ojos y un rubio arenoso en el cabello que me hizo saber al instante que estaba emparentada con él.

Su madre. Se veía tan encantadora y maternal como en las fotos.

Y luego la chica. Era diminuta, delgada y totalmente adorable, sus rasgos afilados enmarcados con un cabello negro entrecortado. No se parecía mucho a Roy, pero aún así había algo en ella que me recordaba a él.

Era su hija.

En sus manos había dos bolsas, con el fondo oscuro por la grasa.

Nos quitamos las manos del otro al instante, y los dos salimos disparados a cada extremo del sofá.

—¡Hey! —exclamó Roy, pasando su mano por su cabello—. ¡Son... ustedes!

—Somos nosotras —respondió la madre, sus ojos se fijaron en mí mientras ella y la niña entraban en la habitación.

—Traje algunas hamburguesas —anunció la chica, poniendo las bolsas en la mesa de café.

En ese momento no sabía si estaba a punto de ser invitada a compartir unos sabrosos bocadillos de el mejor sitio de hamburguesas del país, o si estaba a punto de ser arrojada desde un balcón muy alto por dos mujeres, una de ellas una Boomer y la otra muy Generación Z, un equipo intergeneracional.

—No sabía que ibas a tener compañía esta noche —repuso la madre.

—Yo... tampoco —aclaró Roy—. Pero, um, ella es July Wolter. Está con Penrose Publishing, nos reunimos para hablar de un libro.

—No parecía que hubiera mucha conversación.

No se veía bien. Las probabilidades de que yo navegara por el cielo de Los Ángeles antes de que las hamburguesas tuvieran la oportunidad de enfriarse parecían aumentar por el momento.

—Ah, de todos modos —agregó Roy—. July, ella es mi madre, Mary. Y esta pequeña es Sophia, mi hija.

—Encantada de conocerlas —dije, tratando de tragarme mi nerviosismo mientras extendía mi mano primero a la madre y luego a la niña.

El alivio me bañó cuando la segunda la tomó.

—Encantada de conocerte también —respondió la pequeña—. ¿Quieres una hamburguesa? Siempre tenemos una extra.

En realidad, una hamburguesa sonaba bastante bien. Y si no me iba a satisfacer de la manera

que quería, la comida grasosa sería una buena manera de alimentar mi hambre.

—Uh, claro —acepté—. Me encanta In-N-Out.

—¿Por qué no buscas unos platos, cariño? Sólo porque sea de estilo animal no significa que debamos comer como ellos.

—Bien, papá —dijo Sophia, y corrió hacia la cocina.

Entonces sólo éramos nosotros tres.

—Así que —inquirió Mary—. ¿Un libro?

Para mi alivio, parecía que se estaba suavizando un poco. Pero, conociendo mi suerte, estaba segura que tener a una estrella de rock realmente interesado en mí era demasiado bueno para ser verdad, todo sería frustrado por una madre dominante que pensaba que nadie era lo suficientemente bueno para su hijo.

—Sí. Un libro sobre Roy. Y la banda.

El estruendo de los platos y vasos sonó desde la otra habitación.

—No sabía que estabas pensando en escribir —se dirigió a Roy.

—¡Listo! —gritó Sophia desde la mesa.

Los tres tomamos las hamburguesas y las bebidas y nos dirigimos a la larga mesa de cristal cerca de la cocina.

—No creo que lo escriba, ¿verdad? Supongo que nunca llegamos tan lejos en la charla —sonrió.

Tenía razón en eso, nos habíamos distraído.

—A menos que realmente quieras hacerlo —insistí.

—No —repitió, cayendo en uno de los asientos—. Creo que las canciones son el único tipo de escritura que puedo hacer.

—Entonces te prepararemos una cita con una de nuestras escritoras. Tendría unas cuantas entrevistas contigo, y luego haría todo el trabajo.

—¿Escritora? —preguntó, mientras sacaba las hamburguesas de la bolsa.

Moira apareció en mi mente, y un tinte de celos corrió a través de mí, uno que deshice de inmediato. No, todo era meramente profesional. No había posibilidad de que intentara hacer un movimiento con Roy durante su trabajo juntos. El instituto fue hace años, ¿verdad?

—Sí, su nombre es Moira Walsh. Ha trabajado con nosotros durante años. Una vez que ella termine de hablar contigo, lo juntará todo, y hará el libro.

—Suena divertido —opinó Sophia, con sus ojos brillando de emoción—. ¿Un libro sobre ti? Ya quiero leerlo.

Mary no dijo nada, pareciendo escéptica respecto a mí y a todo lo demás.

—De todos modos —aclaró Roy—. No lo acepté, y no creo que lo haga.

—¿Qué? —preguntó la niña—. ¿Por qué?

—Porque ya no estoy en ese mundo. Lover Boys fue divertido, y la reunión fue un buen chapuzón en el pasado, pero... sólo quiero dejar todo eso atrás.

—A-bu-rrri-do.

—Y tu trabajo es convencerlo, supongo —repuso Mary mientras desenvolvía su hamburguesa, con el aroma de la deliciosa y grasienta comida llenando el aire. Intentaba leer sus expresiones para saber de qué lado estaba. Pero ella era difícil de descifrar.

—No llegamos a la parte de hablar del proceso —admití—. Sin explicárselo, ya lo había rechazado.

—Aw —se quejó Sophia.

Mary miró hacia otro lado, pensativamente.

—Huh —también se quejó ella.

—¿Qué? —preguntó Roy—. ¿Tienes una opinión sobre el asunto, mamá?

—Sólo pensaba... que podrías ganar mucho dinero con esto.

—El dinero es lo último que necesito. Entre mi trabajo como abogado y las regalías de la música, estoy bien.

—No —respondió Mary—. No es dinero para ti... ese proyecto del que hablabas.

¿Proyecto? Ahora estaba intrigada.

—¿Qué clase de proyecto? —pregunté, preparando mi propia hamburguesa para su primer bocado.

—No es nada —repuso Roy—. Sólo algo que había estado dando vueltas en mi cabeza.

—Te refieres a algo de lo que has estado hablando durante el último mes sin parar —intervino Mary.

—Tengo curiosidad —insistí—. Dímelo.

Pareció estar en conflicto por un momento, y finalmente, con un suspiro de alivio, habló.

—Conoces mi trabajo, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Eres un abogado —le contesté—. Trabajas con algunos de los casos más difíciles de la ciudad.

—Exacto. Tratando de dar algo a cambio, ¿sabes?

—Oh, lo sé —sonreí.

Todos los que conocían lo más mínimo sobre Lover Boys sabían lo dulce que era Roy, cómo cuando hizo trabajo de caridad en lugar de entrar en el mundo de alto perfil del sistema legal de Los Ángeles.

—He estado pensando en hacer un poco más, estableciendo un programa de becas que podría ayudar a algunos de estos chicos a entrar en la universidad. Muchos de ellos terminan la escuela secundaria y no tienen ni idea de qué hacer con su vida. Y son tan malditamente brillantes... es un desperdicio, ¿sabes?

Asentí, dejándolo continuar.

—Así que, estaba pensando que si preparo algo como esto podría hacer algo para darles una oportunidad. El problema es que crear una beca como esta no es algo pequeño. Necesitaría tomarme un tiempo libre del trabajo para hacerlo, o tendría que pagar a algunos abogados para que se ocuparan de todo por mí. Y el dinero normalmente no es un objeto, pero todo mi dinero está atado ahora mismo, tomaría meses para liquidar lo que necesito.

—¡Entonces esto es perfecto! —exclamé—. Puedes usar el anticipo del libro para empezar todo esto. Y una vez que esta cosa se venda como sé que lo hará, puedes enviar las regalías que ganes al fondo de becas. ¡Sería perfecto!

Roy tenía los ojos de las tres puestos en él.

—Vamos, papá —animó Sophia—. Sería divertido.

—Además del dinero —insistió Mary.

En lugar de responder, Roy hundió sus dientes en su hamburguesa y masticó pensativamente.

—Dame algo de tiempo —me respondió—. Tengo que pensarlo bien.

Sonreí mientras daba un mordisco a mi propia hamburguesa.

La idea de conseguir a él y al libro era casi demasiado para asimilarlo. Era todo lo que quería. Pero sabía que un poco de paciencia era necesaria.

DIECISIETE

July

No podía dejar de pensar en ese maldito beso. O más bien en esos malditos besos. Su sabor, su tacto, la forma en que su boca se curveaba en esa hermosa sonrisa... Era casi demasiado. Y la peor parte, sólo la peor, era el hecho de que no habíamos sido capaces de, bueno, sellar el trato.

Tenía tantas ganas de hacerlo. Claro, había cierta vacilación ante la idea de entrar en algo así, pero sabía que lo necesitaba. Una pequeña aventura con una estrella de rock sonaba exactamente como lo que necesitaba. Podría rascarme la picazón, quizás unas cuantas veces, y volver a mi vida con la cabeza despejada.

Y no era como si él y yo fuéramos a ser una cosa o algo así. No, nuestras vidas eran muy, muy diferentes. Y yo aún no quería tener una relación después de todo el asunto de la boda.

¿Qué era lo que decían sobre la recuperación de una relación? ¿Que necesitabas la mitad del tiempo de que duró para superarlo? Así que... George y yo habíamos estado juntos durante tres años, lo que significaba que necesitaba un año y medio para recuperarme, lo que figuraba que estaría lista para volver a salir con alguien en la próxima década.

Um, así que no sería exactamente pronto. ¡Pero estaría bien! Tenía mi trabajo, mis amigos y eso era todo lo que necesitaba.

Ahora, sólo faltaba hacer que Roy firmara en la línea de puntos.

El teléfono de mi oficina sonó, sacándome de mis pensamientos. Contesté, y la secretaria del Sr. Penrose me informó que el gran jefe quería verme. Le hice saber que estaría en camino, y una sensación de estrechez se asentó en mis entrañas. Anthony era el tipo de jefe al que le gustaba que las cosas se arreglaran lo más rápido posible, y yo sabía que probablemente no le entusiasmaría demasiado que yo arrastrara los pies en el proyecto.

—¡July! —exclamó tan pronto como entré en la oficina—. Dime cosas buenas.

—Bueno... Me reuní con Roy.

—Algo en la forma que lo dices no me está llenando de confianza.

—Está indeciso. Pero creo que he hecho algunos progresos.

—¿Qué clase de progreso?

—Al principio de la noche estaba totalmente en contra, luego al final de la noche estaba, bueno, todavía en contra. Pero no totalmente.

—Así que, de “totalmente en contra” a sólo “en contra” —suspiró, agitando su calva—. Tengo muchas esperanzas puestas en este proyecto. Y estaba seguro de que tú serías la indicada para el trabajo.

—Lo soy —mi voz traicionó mi total afán—. Voy a demostrarte que puedo conseguir que un

proyecto como este se desarrolle.

—Eso espero. Porque, como dije, si quieres ascender en la empresa, este es el tipo de trabajo que voy a esperar de ti. Adquirir significa conseguir cosas, Wolter, y me refiero a cosas grandes. Ya no te esconderás más en esa oficina tuya.

Antes de que tuviera la oportunidad de seguir, mi teléfono sonó en mi bolsillo trasero. Normalmente, lo habría dejado pasar... me estaba reuniendo con el jefe, después de todo. Pero tenía la sensación de que era importante.

Un rápido vistazo a la pantalla reveló que no era otro que el propio Roy Mills.

—Es él —hice un gesto hacia el teléfono que zumbaba en mi mano.

—¡Entonces contesta!

Me aclaré la garganta y conteste la llamada.

—July Wolter.

—Roy Mills —dijo con esa voz suave como la mantequilla.

—PENSÉ que estabas en contra de decir tu nombre completo —sonreí, secretamente mareada de estar hablando con él.

—Puedo hacer excepciones. Y hablando de eso...

—¿Si? —pregunté.

—Quiero hablar del libro. ¿Estás en tu oficina ahora?

—Lo estoy —mirando a Penrose y dándole un pulgar hacia arriba—. ¿Quieres pasar por aquí?

—No. Vamos a comer algo. ¿Conoces el Greystoke Grill?

—Sí. Está muy cerca.

—Conseguiré una mesa allí. ¿Nos vemos en una hora?

—Perfecto.

Colgué, con una gran sonrisa en mi cara mientras guardaba mi teléfono en el bolsillo. Después de informar a Penrose de los planes, me dirigí a mi oficina para terminar con lo que había estado trabajando antes de ir.

Una hora después de la llamada entré en el Greystoke, el lugar era brillante y alegre con la luz del mediodía, la decoración de un aspecto rústico y muy de moda con mesas de madera recuperada y tonos de tierra apagada.

Y estaba Roy, vestido con una camisa de botones gris oscuro y jeans de color azul oscuro, con el cabello atado en una pequeña cola de caballo. Sus ojos se iluminaron cuando me vio, y estaba segura de que los míos habían hecho lo mismo.

—¡Ahí estás! —repuso, poniéndose de pie como un caballero mientras me acercaba.

—Y ahí estás —repetí.

Se inclinó y me dio un beso en la mejilla, uno que se sintió más que educado. Estaba allí por negocios, pero mi vagina se humedeció ante la sensación de sus labios en mi mejilla.

Una vez sentados, el camarero llenó nuestros vasos con agua y empezamos.

—Así que. Quieres hablar del libro.

—Por supuesto —respondió—. El libro.

—Escucha. No quiero presionarte para que lo hagas. Entiendo que tienes esta vida ahora, estás tan lejos de Lover Boys como se puede, y volver a entrar en todo eso es probablemente lo último que quieres hacer. Y...

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. El tipo no había dicho ni una maldita palabra, y yo ya estaba tratando de convencerlo de que no lo hiciera.

—Quiero hacerlo.

Menos mal que tuvo la sensatez de interrumpirme.

—Tú... ¿quieres hacerlo?

—Pareces sorprendida —sonrió.

—Lo estoy. Un poco. Cuando hablamos de eso, parecías bastante firme en no seguir adelante. Ni siquiera tu madre parecía capaz de hacerte cambiar de opinión.

—He pensado un poco sobre la caridad y todo eso. Decidí que era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. Si las ganancias son la mitad de buenas de lo que piensas que pueden ser, y puedo ponerlas todas en ayudar a algunos de los niños menos afortunados de la ciudad, sería casi egoísta de mi parte decir que no, ¿verdad?

Dios, había algo tan... sexy en ese lado altruista de él. Sabía que era un buen hombre sólo por su reputación de abogado bueno. Pero al verlo en la realidad...

—Supongo que cuando lo pones de esa manera no hay forma de rechazarlo —admitió.

Yo sonreí, y él me respondió con una de las suyas.

—Pero —continuó, su tono de voz se hacía más severa—. Hay algunas condiciones.

—Muy bien. Continúa.

—Lo primero es que, como dije, quiero mi parte de las regalías. No sé cuál es tu estándar, pero soy abogado y voy a negociar.

—Por supuesto.

—Lo segundo es que quiero cierta consideración.

—¿De qué estamos hablando exactamente?

—Obviar ciertos temas —aclaró—. Después de todo, mi madre va a leerlo.

—Estoy segura de que podemos controlar la escabrosidad.

—Genial. Y en tercer lugar, tendré la última palabra sobre el trabajo terminado.

—Eso es... un poco más difícil.

—¿Por qué?

—Porque lo que los clientes quieren y lo que realmente moverá el producto tienden a ser dos cosas diferentes.

—Entonces no hay trato. No quiero nada con mi nombre por ahí sin saber lo que hay dentro —abrió la boca para hablar, pero luego se detuvo como si estuviera considerando algo—. He oído hablar de las vidas de otras estrellas de rock, a los que conozco personalmente. Mi vida es un poco más dócil comparada con la de ellos, pero eso no significa que no haya hecho cosas más salvajes en el pasado. Y he dejado todo eso atrás... y ahí es donde me gustaría que se quedara.

—¿Por tu madre? —pregunté.

—Mi madre es adulta. Sabe lo que he vivido, y lo que no, lo superara si se entera. Pero ahora soy un padre. Y no sólo Sophia. Los chicos con los que trabajo me admiran. Lo último que necesito es que se enteren de mis días de fiesta cuando era un idiota de dieciocho años.

Tenía razón. Pensé en el asunto por un momento.

—Puedo hablar con mi jefe y hacérselo saber. Pero lo entiendo.

—Pienso más en una onda de comedia adolescente como en la de Showgirls, si entiendes lo que digo.

—De vuelta a Verhoeven —dije con una sonrisa.

—Ya lo tienes —me guiñó el ojo.

—Bien, Sr. Mills. Como dije, depende de mi jefe. Pero estoy segura de que estará más que dispuesto a trabajar contigo.

—Perfecto —me extendió su mano.

La tomé y la sacudí.

—Brindemos por el comienzo de una hermosa asociación.

Sonreí.

Y tal vez algo más.

DIECIOCHO

Roy

Todo en lo que podía pensar era en qué demonios me había metido. Sin mencionar que la oportunidad de acercarme a July era un factor importante en mi decisión, y lo único en lo que podía pensar. Pero aún así necesitaba hacer cualquier cosa para mantener la cabeza despejada sobre todo el asunto.

No tenía más opción que hacerlo. Después de ponerme uno de mis trajes, me dirigí a las oficinas de Penrose, listo para que el trato se llevara a cabo, sin problemas de por medio.

Llegué al edificio y me registré en la recepción, haciendo lo posible por ignorar los ojos abiertos de las chicas que me atendían. Llámame engreído o arrogante, pero estaba acostumbrado a la atención.

Subí en el ascensor y cuando se abrieron las puertas me recibió un equipo de hombres y mujeres con trajes elegantes. July estaba entre ellos, su boca se curveó en una sonrisa mientras me miraba.

Estaba tan feliz de verme como lo estaba yo. Y también mi amigo. Me costó todo el esfuerzo no tener una erección delante de todo el comité de bienvenida.

—¡Sr. Mills! —exclamó un hombre calvo y mayor, todo sonrisas mientras se acercaba y me extendía su mano—. Bienvenido a Penrose Publishing. Soy Anthony Penrose.

—Encantado de conocerlo —repuse, dirigiendo mis ojos a July otra vez.

Una vez que toda la bienvenida se terminó, July, Penrose y yo nos abrimos camino a la oficina principal. Durante el trayecto el hombre me mostró los diferentes departamentos y contó un poco de historia sobre la compañía. Todas las cosas interesantes, por supuesto.

En poco tiempo, llegamos a un conjunto de puertas dobles. Penrose las abrió, revelando una pequeña sala de conferencias con una vista que daba a West Hollywood. Sentada a la mesa había una mujer pequeña que parecía tener la edad de July. Era bastante guapa, de cabello corto y vestida con un traje de falda de lápiz negro.

Y sus ojos se dirigieron hacia mí de la manera más obvia que se pude imaginar.

—Sr. Mills —dijo Penrose—. Ella es Moira Walsh. Es la escritora que hemos asignado para que trabaje con usted. Una de las mejores.

—Un placer —se levantó, paseando sus ojos sobre mí—. Soy gran fan de tu trabajo.

—Gracias.

Me tomó la mano y la estrechó suavemente. Por el rabillo del ojo pude ver la expresión de July, su boca era una línea dura y plana, y sus ojos estaban entrecerrados.

Oh, vaya.

—Por favor, tomemos todos asiento —indicó el hombre—. Estoy más que ansioso por poner

en marcha este proyecto.

Lo hicimos, los cuatro nos reunimos alrededor de la pequeña mesa de conferencias. Penrose llamó a uno de los internos para que nos trajera a todos un café.

—Así que —dijo Penrose—. Quiero dejar claro desde el principio que este proyecto, se trata de contar tu historia.

—Eso es lo que me preocupa un poco —admití—. Supongo que la Sra. Wolter les informó sobre mis condiciones para el libro.

—El asunto de las regalías no es un problema. Estamos seguros de que vamos a tener un éxito en nuestras manos.

—La presentación de la banda está todavía en pleno apogeo —intervino Moira—. Son tendencia en este momento. Todo lo que se necesitó fue sólo un show para que todos sus adorables fans quisieran aún más. Yo incluida.

No perdí el doble sentido de sus palabras. La chica no estaba siendo nada sutil.

—Pero está el otro asunto —aclaré.

—Bien —habló July—. El Sr. Mills quiere control creativo total.

Algo en su forma de decir “Sr. Mills” hizo que mi pene reaccionara. Estaba contento de que estuviéramos sentados en la mesa. Pero empecé a preguntarme cuántas malditas erecciones iba a tener en esta oficina si ella seguía hablando.

—No es un control creativo total —acoté—. Créeme, he trabajado con productores y ejecutivos, y sé que el hecho de que te den demasiadas vueltas en el proceso creativo es una forma fácil de arruinarlo todo. Sólo quiero tener la última palabra en el producto para asegurarme de que sé exactamente lo que estará corriendo ahí fuera con mi nombre.

—Por supuesto, por supuesto —aseguró Penrose—. Y por eso pongo a una de nuestras mejores escritoras en el trabajo. Moira ha trabajado con músicos, atletas, empresarios y demás personas importantes.

—Soy la mejor en el negocio. Lo digo yo misma.

—Y la más humilde —agregó July.

—Por supuesto —replicó Moira con un pequeño encogimiento de hombros—. Si tienes talento, ¿por qué fingir que no lo tienes? Alguien como usted tiene que saber lo que quiero decir, Sr. Mills.

El tono sexy de July al pronunciar mi nombre no había sido a propósito. Pero el de Moira sí lo fue. Dijo las palabras como si fueran una paleta de caramelo de la que intentaba chupar el último trozo de sabor. Y el parpadeo de sus ojos en mi dirección me dejó claro lo que pasaba por su mente.

Pero quería volver a poner las cosas en su sitio.

—Sin dudar del talento —agregué, mientras rascaba distraídamente uno de mis tatuajes del antebrazo—. Sólo necesito asegurarme de que el libro no sea una sorpresa.

—No lo será en lo más mínimo —aclaró Moira—. Tú y yo vamos a discutir las cosas en el curso de algunas entrevistas, y estas conversaciones son las que van a servir de base para el libro. Si no lo quieres en el libro, no me lo digas, así de simple.

—Me gusta eso —acepté.

—Pero —acotó, dando otro giro sensual a sus palabras—, si sientes la necesidad de ser un poco más... abierto con lo que eliges revelar, seré todo oídos. Y Sr. Mills... —se inclinó ligeramente hacia adelante—. Ningún detalle está fuera de los límites.

Otro destello de una sonrisa, apareció en sus labios durante unos breves momentos antes de que Penrose pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando. July también lo hizo.

—Genial —expresé, cambiando mi tono de “negocio casual” a “negocio formal”—. Sólo me aseguro de que estamos en la misma página.

—¿Entonces eso es todo? —preguntó Penrose—. ¿Comenzamos?

Era el puto momento de la verdad. Claro, todavía estaba el asunto de la firma de los contratos y todo ese protocolo. Pero si quería echarme para atrás y no parecer un idiota total, ahora era el momento. Volví a sopesar los pros y los contras tan rápido como mi cerebro me lo permitía, con los tres pares de ojos puestos en mí y esperando a ver lo que tenía que decir a continuación.

Así que dije las palabras que había dicho cuando los Lover Boys estaban a punto de dejar Berklee y pasar a formar parte de la banda a tiempo completo, las palabras que dije cuando supe que mi vida iba, de alguna manera, a cambiar para siempre.

—A la mierda. Hagámoslo.

El alivio y la felicidad se reflejaron en las caras de los tres como si alguien hubiera encendido una luz.

—Excelente, excelente —Penrose, me extendió nuevamente su mano—. Vas a estar muy feliz de haber decidido trabajar con nosotros.

—Así es —confirmó Moira—. Feliz en todos los sentidos.

Demonios. ¿Esta chica no se da por vencida?

—¡Bien entonces! —exclamó el hombre—. No perdamos más tiempo. Me emociono demasiado cuando un proyecto está tan cerca de empezar.

No estaba mintiendo, el tipo parecía un niño en Navidad. O en una tienda de dulces. O en algún tipo de extraña tienda de dulces con temática navideña.

—July. ¿Por qué no llevas al Sr. Mills a tu oficina y le hace empezar el proceso?

—Por supuesto —su tono profesional la hacía aún más sexy que de costumbre.

—Y Sr. Mills —intervino Moira—. Estaremos en contacto.

Me echó una mirada larga antes de levantarse y salir de la sala, la tensión en el aire disminuyó un poco en cuanto se fue.

Penrose era el siguiente, de pie y moviendo sus dedos sobre los botones de su traje bien confeccionado.

—Bien, entonces dejaré que ustedes dos se ocupen de ello. Este será tu bebé, después de todo.

—Ciertamente —aceptó ella.

—Y no hace falta decírtelo, July, pero espero que este bebé en particular sea saludable y que crezca de verdad —arqueó las cejas, dejando claro que iba muy en serio con el tema.

Por un momento, vi una expresión de preocupación en la cara de July, algo extraño en una mujer normalmente muy tranquila.

—Por supuesto —respondió.

Luego se fue, y como quería desde el momento en que entré a la oficina, sólo quedamos ella y yo.

—Vayamos... a mi oficina. Podemos trabajar en los detalles.

—Ahora soy todo tuyo, y haré lo que me digas —le guiñe un ojo.

—Tan cursi —dijo, con una sonrisa cuando se levantó, mis ojos se dirigieron directamente a su hermoso trasero.

La seguí por los bulliciosos pasillos, y pronto llegamos a la puerta que llevaba su nombre. Ella la abrió y me dejó pasar primero. Dejé escapar un silbido cuando vi el lugar, la oficina era muy espaciosa y con una vista espectacular.

—Bien, bien. Ellos sí que saben cómo cuidarte aquí.

—Estoy segura de que tu oficina es igual de impresionante.

—Para nada. Es sólo un lugar de moda en el centro para cuando necesito hacer el ocasional cara a cara. La mayoría de mi tiempo la paso en el juzgado o en reuniones con niños —me acerqué a un escritorio muy limpio y me senté en el borde—. Así que, todavía tenemos que trabajar en los detalles.

Su mirada se movió sobre mí donde me senté.

—Bueno. Iba a pedirte que te pusieras cómodo, pero parece que no necesitas de mi ayuda con eso.

Le di una palmadita al escritorio junto a mi lado donde estaba sentado.

—Ya sabes —agregó—. Tengo estas sillas perfectamente buenas que serían aún mejores para eso.

—Me gusta mantener las cosas informales.

—¿En serio? —preguntó.

Pareció meditar la idea durante un momento antes de agitar la cabeza y sonreír. Luego, se acercó al escritorio y se sentó a mi lado. Tan pronto como puso ese perfecto trasero en el escritorio, lo único en lo que podía pensar era en quitarle esa ropa de trabajo y, ah, repasar los puntos más finos del proyecto.

—Bien. Todavía está el asunto del contrato, pero todo está a nivel... puedo asegurarte. Y estoy segura de que tienes un abogado contratado que estará más que feliz de confirmarlo.

—Así es. Pero hay una cosa que me pregunto. Ya sabes, para seguir adelante.

Giró la cabeza, con los ojos absolutamente iluminados por la luz del sol.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Me pregunto... cuán estrechamente tú y yo vamos a trabajar juntos.

—¿Tienes... alguna preferencia? Podría hacer un acercamiento o...

—¿O?

—O... podríamos trabajar muy muy de cerca —trago fuerte después de sus palabras—. Íntimamente, incluso.

Ninguno de los dos dijo nada por un momento, la tensión sexual pasó de ser superficial a intensa en el lapso de unos cinco segundos.

Y, por supuesto, nuestros labios fueron directamente a los del otro.

El beso, como todos los que habíamos tenido hasta ese momento, fue tan jodidamente caliente que apenas podía soportarlo. Nuestras manos se agarraron al cuerpo del otro, pequeños y sexys gruñidos y gemidos salían de July mientras nos besábamos cada vez más fuerte. Con un barrido de mi mano aparté lo poco que había en el escritorio derramándolo en el suelo, haciendo espacio para recostarla.

Estaba justo ahí conmigo, mis manos se movían a lo largo de sus curvas mientras le subía la falda, con curiosidad por ver lo que llevaba puesto debajo de su exterior profesional.

—¿Realmente vamos a hacer esto? —preguntó, quitando sus labios de los míos, sus ojos abiertos y su cabello revuelto—. ¿En la oficina?

—Creo que a esto lo llaman multitarea —dije con una sonrisa.

Mordió su labio inferior indecisa.

—Bien. Pero tenemos que ser muy...

Y justo en el momento oportuno, un firme golpe sonó desde la puerta.

—¡Mierda! —siseó July, levantándose del escritorio con una velocidad que era realmente impresionante.

Tan pronto como estuvo de pie, peinó su cabello con las manos y se dio un rápido vistazo en el espejo de la pared. Yo me senté en una de las sillas antes de hacer cruzar las piernas para ocultar

la enorgullecedora erección que, de nuevo, iba a quedar insatisfecha.

—¿Estás listo? —me preguntó en un susurro.

Con un asentimiento, señalé que lo estaba. Luego abrió la puerta, mostrando el marco de Moira, con sus ojos maquinadores y con aspecto de gata.

—Hola. Espero no haber interrumpido nada...

Por supuesto, sus ojos se fijaron en lo único que habíamos olvidado: el desorden de papeles alrededor del escritorio de cuando los había barrido.

—¡No! —dijo July, intentando con demasiada fuerza parecer tranquila—. ¡Adelante! Quiero decir, ya lo has hecho, pero ya sabes.

Moira no dijo nada, en vez de eso pasó por delante de July y se acercó a mí.

—Acabo de darme cuenta que olvidé darte mi información de contacto.

—Así es —dije, sacando mi teléfono y abriéndolo—. Lo hiciste.

Sin decir una palabra, me quitó el teléfono de las manos y, con unos cuantos golpecitos aquí y allá, seguidos de una foto de sí misma que guardó como foto de contacto, me lo devolvió.

—Ahí lo tienes. Sólo en caso de que olvides mi aspecto.

July parecía estar todavía algo aturdida cuando Moira se giró sobre sus talones y salió de la habitación, cerrando la puerta tras ella.

—Bueno, otro intento fallido —repuso.

DIECINUEVE

July

Esta noche, el encuentro en la oficina todavía seguía dando vueltas en mi mente, estaba otra vez en lo que era aparentemente mi nuevo pasatiempo favorito: beber vino y pintar. Esta vez el vino era un Pinot Noir muy succulento, de... um... ¿Toscana?

La verdad es que podría haber sido una copa de Kool-Aid caliente con una dosis de Everclear vertida en él. Entre Roy, el nuevo proyecto, Moira y todo lo demás, una agradable copa de vino era lo más parecido a unas vacaciones bajo el sol que podía imaginar.

Las chicas estaban todas allí; Loisa, Dyana y Ceci, mezcladas con las otras mujeres de nuestra edad mientras bosquejábamos en silencio, el profesor caminaba alrededor del salón, ocasionalmente pronunciando un “oh, muy bonito” o un “simplemente encantador”.

El modelo era, gracias a Dios, uno diferente al de antes. Era un semental de todos modos, con hombros gigantes que parecían campanas de tetera y una gran barba negra, incluso tenía unos cuantos tatuajes en esos abultados bíceps.

Pero a diferencia de antes, no me interesaba hacerle ojitos a este tipo, o descubrir que tenía una novia después del hecho. No, en lo único que podía pensar era en Roy y en lo que ambos queríamos, pero que increíblemente era imposible conseguir, dada las circunstancias. Justo cuando las cosas se estaban poniendo bien.

Habíamos sido interrumpidos tantas veces hasta este punto que casi empezaba a parecer que el universo nos estaba jugando una especie de broma extraña a los dos.

¿O era otra cosa? ¿Una señal de que lo que sea que él y yo queríamos hacer no era una buena idea? ¿Y si hubiéramos perdido nuestra oportunidad? Tener sexo con la estrella de rock entre bastidores y seguir adelante con mi vida hubiera sido tan simple como se puede, y tras la acción, mantén el recuerdo agradable y fresco para cuando necesitara divertirme, al estilo de Hitachi.

Pero cada vez que intentábamos ir tras él, las cosas se complicaban más y más. Primero los chicos de su banda, después su familia casi nos sorprende, y luego una de mis malditas colegas. Demonios, hasta un oficial estuvo de por medio.

Y una vez que los abogados terminaran de hacer lo suyo, Roy y yo estaríamos vinculados profesionalmente. Él y Moira trabajarían juntos, y yo supervisaría todo el proyecto, otra capa de complicaciones además de todas las demás.

Así que, sabía que lo más inteligente era aceptar que el barco del sexo sin ataduras zarpara, dejar claro que nuestra relación era estrictamente profesional, y centrarnos en el proyecto masivo que definiría mi carrera a futuro.

El problema era que había algo en él que no me dejaba pensar en nada más que en ser muy, muy irresponsable.

—¡Ugh! —mi queja atravesó el silencio del estudio, y la atención de todos se centró en mí durante un breve momento, incluso el modelo.

—¿Pasa algo malo, July? —preguntó el profesor.

—No —dije, intentando ignorar mi vergüenza—. Sólo, um, tratando de hacer bien las líneas.

Esa respuesta pareció satisfacer a todos los alumnos de la clase, que pronto volvieron a su dibujo. Pero todavía estaba frustrada, mi mente seguía fija en Roy, en la reunión y en todo lo demás.

Sin embargo, en poco tiempo, el vino y la actividad hicieron su trabajo. Me había perdido en el proceso, una mano moviéndose febrilmente sobre el papel mientras que la otra me llevaba la copa de vino a los labios una y otra vez. Para cuando el profesor anunció el fin de la clase, yo ya tenía un pequeño zumbido que hacía que todos mis problemas parecieran un poco menos desalentadores.

El profesor pasó por el salón, dando su aprobación y crítica constructiva aquí y allá. Sin embargo, cuando llegó a mi estación, su respuesta fue un poco más... medida.

—Interesante —dijo, con su cabeza sobre mi hombro mientras miraba mi creación a través de sus gafas gruesas de marco rojo.

—¿Interesante significa malo? Dímelo directamente.

—No, no. El trabajo es en realidad bastante bueno. Pero su representación del modelo es... ciertamente una interpretación interesante.

Estaba muy confundida hasta que puse los ojos en la pintura. Por supuesto, no había dibujado al Sr. Hombros Grandes. Había dibujado un tipo diferente.

Y, para ser honesta, no era tan malo. Dibujar no era mi talento, pero había hecho un trabajo lo suficientemente bueno como para poder reconocer al tipo de la foto como Roy.

Y ahí estaba de nuevo, volviendo a la vergüenza.

—¿Alguien se desvió un poco mentalmente? —preguntó Ceci con una sonrisa.

—Oh Dios —siseé.

Antes de que alguien pudiera divertirse más, tomé la pintura, la enrollé y terminé mi vino. La clase se terminó, y momentos después yo estaba saliendo al frente con el resto de las chicas.

Por supuesto, las tres se reunieron a mi alrededor.

—¡Déjame verlo! —insistió Ceci mientras alcanzaba el papel enrollado.

—¡No! —grité—. El plan es lanzar esta cosa en el basurero más cercano.

—Ni hablar —Loisa llegó desde el otro lado para intentar quitármelo.

Me escabullí, pero Dyana estaba justo ahí donde yo había retrocedido. Lo agarró y lo desenrolló ante sus ojos como un antiguo pergamino antes de que yo tuviera la oportunidad de gritar una palabra de protesta.

—En realidad no está mal —admitió mientras lo sostenía.

Las otras dos chicas se reunieron a su alrededor.

—No es broma —agregó Loisa—. ¿Has estado practicando?

—Practicar el dibujo, claro —dijo Ceci con una sonrisa.

—Vale, vale —agarré la pintura y la enrollé de nuevo—. Suficiente diversión a mi costa.

—¡Es lindo! —repuso Dyana—. Tienes un pequeño enamoramiento.

—Más que un enamoramiento. Ahora son compañeros de trabajo —acotó Loisa.

—Compañeros de trabajo —repetí rápidamente, a pesar de saber que las cosas eran un poco más complicadas que eso.

Mucho más complicado, en realidad.

—Vamos —insistió Ceci—. Es obvio que estás totalmente enamorada de este tipo.

No tenía sentido tratar de mentir al respecto, ellas me conocían perfectamente. Dejé escapar un suspiro, y las tres me miraron como tiburones hambrientos esperando que algo de carnada fuera arrojado al agua.

—Vale, puede que sí —admití—. Y al principio estaba algo emocionada. El tipo me pidió una cita y todo eso.

—Claro —dijo Loisa.

—Pero...—entré en ello, contándoles los muchos intentos frustrados entre Roy y yo—. Y encima de eso —continué—, ahora tengo el libro y la maldita reunión de reencuentro que tanto me preocupa.

—Bueno, eso es fácil. Invítalo a la reunión —sugirió Loisa.

—¿Qué?

—Lo que escuchaste. Invítalo a la reunión.

—¿Hablas en serio? —preguté nuevamente.

—Jul —habló Ceci—. Has estado enamorada de él desde que estábamos en el instituto. Y no es un tipo cualquiera, es el maldito Roy Mills.

—Lo sé, y es justamente lo que me aterra —admití.

—Bueno, resuelve ese problema de nervios y llévalo contigo al reencuentro —insistió Loisa—. Te apuesto lo que sea a que él lo aceptará.

—¡Oh! —gritó Dyana, y sus ojos se iluminaron—. ¡Deberías intentar que los Lover Boys canten ese día!

No pude evitar reírme de lo absurdo de eso.

—Dudo seriamente que eso suceda —aclaré—. Por lo que dice Roy sobre la banda, ese show fue un trato de una sola vez.

—Eso fue antes de que aceptara hacer un libro —dijo Ceci.

—¿Estás sugiriendo que está pensando en las ventas? —preguté.

—No lo sé —se encogió de hombros—. Tal vez no sea una cosa de relaciones públicas, pero más que eso, se siente nostálgico, no quiere dejar que los buenos tiempos se le escapen tan fácilmente.

—Tal vez. Y aunque aparecer del brazo de Roy sería una manera muy buena de hacer una entrada, sólo intento concentrarme en que este libro no sea un fracaso.

—Estarás bien —aseguró Dyana, tan despreocupada como siempre—. El libro será grandioso, sabes que lo será. Necesitas pasar menos tiempo preocupándote por el trabajo y más tiempo ocupándote del asunto pendiente que tienes a mano con él.

—Eso sería todo en lo que estaría pensando si fuera tú —Loisa estuvo de acuerdo.

No se equivocaban en eso. Hacía todo lo posible por mantener la cabeza ocupada, por mantenerme concentrada en el trabajo y en asuntos más prácticos. Pero mientras las cuatro nos dirigíamos al estacionamiento, sólo podía pensar en Roy.

Y sabía que sólo había una forma de sacármelo de la cabeza.

VEINTE

Roy

Moirira entró en el bar como algo salido de una película clásica. Sin embargo, no una de las buenas con Humphrey Bogart. No, una de las imitaciones con un protagonista del que nunca habías oído hablar y un guión que no era tan bueno.

Pero ella lo intentaba, de acuerdo, no había duda de eso. Sus ojos se fijaron en mí desde el momento en que entró. Llevaba un vestido de cóctel azul oscuro, y balanceaba sus caderas mientras caminaba, con una pequeña sonrisa que jugaba en sus labios. Tenía un MacBook plateado bajo el brazo, lo único que sugería que efectivamente había trabajo por hacer.

Ella fue toda una seducción desde el principio. Pero no sabía que después de cinco años con Lover Boys, había visto todas las facetas del proceso de seducción femenina, y que había construido una barrera muy gruesa contra eso. Necesitaba algo más que una chica guapa con un vestido ajustado que estaba casi lanzándose a mí.

Necesitaba a alguien diferente.

Alguien como July.

No había tenido la oportunidad de pensar mucho en el asunto. Ella se deslizó en el asiento a mi izquierda. El olor de uno de esos enfermizos y dulces perfumes de los 80 se enrolló a mi alrededor al instante.

—Buenas noches, estrella del rock —dijo, mientras fijaba sus ojos en los míos—. Te ves... listo para comenzar.

Menos de diez palabras de conversación y ya estaba coqueteando.

—Buenas noches —respondí, manteniendo mi tono corto pero profesional—. ¿Estás lista para empezar?

—¿Por qué? —preguntó, con los ojos un poco abiertos—. ¿Tienes prisa o algo así?

Sí, más bien apurado por alejarme de las malas vibraciones. Pero no podía decir eso, por supuesto. Y estaba allí por el asunto de hacer el trabajo que yo había acordado hacer.

Los ojos de Moirira bajaron hasta la mesa delante de mí.

—¿No hay bebida?

—Todavía no. No estaba de humor.

—Bueno, déjame dártelo.

Antes de que tuviera la oportunidad de responder, se giró, levantó la mano y llamó la atención de uno de los camareros hipster que pasaban.

—Un margarita en las rocas para mí —ordenó ella—. Y, diablos, que sean dos.

—Tacha eso. Un gin-tonic para mí.

El camarero asintió y se fue.

—¿De verdad me tomas por un hombre de margaritas? —pregunté con una sonrisa.

—No lo sé —su actitud de “demasiado segura” se vio ligeramente afectada—. Parece un tipo de bebida para fiesteros. Y las margaritas son divertidas, algo en el tequila hace que quieras tomarte otra, y luego otra, y luego... bueno, ¿quién sabe?

—Y la pregunta número dos. ¿Me tomas como un chico fiestero?

Con ojos entrecerrados y una sonrisa juguetona abrió su ordenador y lo encendió, enseguida, sus rasgos afilados se iluminaron con el fino brillo blanco de la MacBook. Y en ese momento apareció el camarero con nuestras bebidas.

—Eso es lo que quiero averiguar —respondió, abriendo un programa de texto y devolviendo su atención hacia mí—. Porque este libro... es todo sobre ti.

—Eso he oído —le mostré una pequeña sonrisa.

Moira se llevó la bebida a los labios mientras ladeaba la cabeza.

—No pareces muy entusiasmado con la idea.

—Entusiasmado no es como yo lo diría. Es más como si yo...

No tuve la oportunidad de terminar.

—Esto es lo que yo pienso al respecto. Este libro tiene todo para ser un éxito. Lover Boys fue una de las bandas más escuchadas del mundo, y cada uno de sus fans va a querer saber cómo era la vida entre bastidores para ustedes. Va a ser una locura total de estrella de rock. La gente está hambrienta de morbo, y tú vas a estar ahí para servirselo. Las drogas, las chicas, la más loca de las locuras... todo va a estar ahí.

—Eso es... lo que me temía.

Moira se veía totalmente confundida, como un perro cuando escucha la voz de su dueño a través del teléfono.

—¿Tienes miedo de eso? —preguntó—. ¿Por qué?

—Porque ya no soy ese Roy.

Se inclinó hacia delante.

—¿Y quién es usted ahora, Sr. Mills?

—Un abogado. Uno que se preocupa profundamente por sus clientes. Y soy el padre de la niña más hermosa y brillante del mundo. Soy alguien que trata de tener una vida normal después de vivir como un chico descuidado durante tantos años. Y de eso es de lo que quiero hablar en el libro.

No parecía impresionada en lo más mínimo.

—Sí, sí. Estoy pensando que podemos dejar eso para el epílogo, ya sabes, un poco de nota sensiblera para dejar un buen sabor de boca al lector. Pero la mayor parte de este bebé... —acarició el ordenador— será la realidad de tu vida, lo bueno.

Sabía que era hora de aclarar las cosas.

—Recuerdas esa reunión que tuvimos, ¿verdad? ¿En la que específicamente establecimos cómo tengo completo control creativo sobre este proyecto?

—Y lo tendrás, por supuesto. Pero es mi trabajo como escritora asegurarme de que la gente realmente quiera leer esta cosa, ¿sabes? Que la gente vea un libro con Roy Mills...

—Tercera persona.

—¿Eh?

—No me gusta que hablen de mí en tercera persona cuando estoy presente. Pasa mucho, por alguna razón.

Me miró con curiosidad antes de continuar.

—Ok. Un libro contigo en la portada, va a tener ciertas... expectativas. Ellos quieren, como

dije, todos los detalles oscuros y sexys —tomó otro sorbo—. No van a querer una historia conmovedora sobre un padre y su hija. Dios, me aburro sólo de pensarlo.

—Mira, no quiero ser un problema en todo esto, pero es en lo que quiero concentrarme. Si no te gusta, entonces tal vez debería hablar con July y Penrose para asignarle a alguien más el proyecto.

Sólo decir el nombre de July fue suficiente para hacerme desear que estuviera hablando con ella en su lugar.

Moira levantó las palmas de las manos, como si lo concediera todo.

—Bien, bien... no nos volvamos locos por eso —miró hacia otro lado por un momento, y luego habló—. ¿Qué tal esto? Como dije, estoy aquí para tomar todo lo que me digas, juntarlo y hacerlo divertido, legible e interesante.

—Claro —dije, queriendo ver a dónde iba con esto.

—Y tu trabajo es sólo... hablar. Pero necesito material... y mucho. Así que si te parece bien contarme algunos de los detalles más... escandalosos de tu tiempo con los Lover Boys, puedo asegurarme de describirlos limpios, hacerlos un poco más familiares.

—O simplemente dejado de lado por completo.

Ella siguió adelante.

—Escucha —insistió—. Tú y yo... somos artistas, ¿verdad?

—Cierto.

—Y parte de ser un artista es tomar cualquier materia prima creativa —movía sus manos en forma de garras y las apretaba delante de ella, como si moldeara un gran e invisible fajo de arcilla—, y hacer algo grande con él.

—Eso lo sé.

Ella siguió.

—Consigo tu material, le doy forma y desecho lo que no quieras. Pero para llegar a cualquier parte, necesitas tu materia prima, y mucha. Así que esto es lo que estoy pensando: me das lo mejor, lo bueno y lo malo. Incluso si son las cosas que pensabas que nunca le dirías a nadie. Y esa es mi materia prima. Trabajo con él y lo convierto en algo con lo que ambos estamos contentos.

No dije nada, dejándola seguir. Dudé sobre todo el asunto, pero entendí lo que ella decía. Ser un artista era tomar la inspiración y convertirla en algo inesperado.

—Ahora —continuó—, voy a hacer el borrador de lo que creo que funciona para el proyecto. Pero tienes poder de veto. Si ves algo desagradable, lo retiras y ya está. Y juntos seguiremos haciéndolo hasta que seas feliz. Porque, Roy, si tú no eres feliz, yo no soy feliz.

—Bien. Creo que puedo trabajar con eso. Pero necesito tu palabra, te voy a contar cosas que nunca le he dicho a nadie antes, y si se me escapa algo con lo que no estoy contento, guárdatelo para ti, ¿entendido? Nada sale sin mi última palabra, tal y como acordamos. Tengo una nueva vida, una reputación y una hija de la que preocuparme.

Levantó dos dedos, colocando su mano sobre su pecho.

—Honor de explorador —acotó.

Todavía me sentía aprensivo por todo el asunto. Pero era lo que había acordado. Y como había dejado claro, tenía un control creativo total sobre el proyecto. No había nada de qué preocuparse.

Moira escribió algunas notas rápidas en su computadora antes de sacar su teléfono, abrir un programa de grabación de voz y pulsar “play”.

—Ahora, Sr. Mills, ¿por qué no se pone cómodo y me cuenta la historia de su vida?

—Mierda, ¿por dónde empiezo?

VEINTIUNO

Roy

Con una sonrisa muy satisfecha en su cara, Moira cerró suavemente su portátil.

—Creo que fue una primera sesión muy productiva —admitió—. ¿Qué hay de ti? ¿Cómo te sientes?

—Drenado. Como si me hubieran metido en el escurridor.

—Bueno —tomo un sorbo de su tercera bebida—. Pasamos por mucho. Las cosas sobre ti y los primeros espectáculos... Eso va a ser mortal, lo puedo decir.

No pude evitar reírme.

—¿En serio? ¿Crees que a la gente les guste saber de que unos chicos llevaban maquillaje prestado de sus hermanas vagabundeando por Los Ángeles y durmiendo en una furgoneta?

—¿Hablas en serio? —preguntó, con la emoción en su cara—. No tienes ni idea... la gente se comerá este libro. Es una historia de principios humildes —miró hacia otro lado por un segundo, como si estuviera considerando algo—. ¿Sabes como cuando vas a ver una de esas películas de Marvel, y cada personaje tiene que tener su propia historia de origen? Eso es lo que es esto.

—No soy exactamente un superhéroe. Pero lo entiendo.

—Por favor. Las estrellas de rock y los atletas son lo más cercano que tenemos a los superhéroes en el mundo real. Puedes tocar millones de corazones con tu música, eso es un superpoder.

Me reí entre dientes.

—Claro.

—¿Y realmente vas a decirme que el efecto que tienes en las mujeres tampoco es un superpoder? La mayoría de los hombres matarían para poder derretir a una mujer con sólo una mirada.

—Alguna vez estuve de acuerdo contigo. Pero cuanto más me metía en ese mundo, más me daba cuenta de lo superficial...

Agitó sus manos, cortándose.

—Ahí vas de nuevo con el “cuento con moraleja”.

—Pues ese “cuento con moraleja” es el hombre que soy ahora —me apresuré a añadir.

—Lo entiendo. De verdad que sí. Pero no nos olvidemos de mantener esta cosa ligera y divertida, ¿vale? —se acercó y tocó el botón de “stop” en la pantalla de su teléfono antes de drenar el último trago de su margarita—. Así que. El trabajo ha terminado por esta noche. Y no sé tú, pero a mí me vendría bien relajarme un poco.

El brillo en sus ojos dejó muy claro qué tipo de relajación tenía en mente. Pero no me interesaba.

—Hay un gran bar al final de la calle —dijo, inclinándose hacia mí—. Digamos que un poco más... íntimo.

—Gracias. Pero tengo una niña que me espera.

Asintió antes de agarrar su teléfono de la mesa y meterlo en su bolso.

—Entiendo, entonces dejémoslo por hoy. ¿A la misma hora pasado mañana?

—Muy bien.

Tomó su portátil de la mesa y la metió de nuevo bajo su brazo.

—Hasta entonces —respondió. Se preparó para irse pero se detuvo a mitad de camino, como si se le hubiera ocurrido algo—. Y para que lo sepas, Roy. Vamos a trabajar muy, muy estrechamente durante las próximas semanas. No te sorprendas si empiezo a gustarte.

Con un guiño, se fue antes de que yo tuviera la oportunidad de decir algo, dejando su perfume repugnantemente dulce colgando en el aire.

Sentí un zumbido en mi bolsillo tan pronto como se fue. Mi primera sonrisa real y genuina de la noche apareció en mi cara cuando vi que era un texto de July.

—¿Cómo va el trabajo preliminar? —preguntó.

Consideré decírselo. Pero sólo por un segundo o dos.

—Fue justo lo que esperaba —escribí.

Acabé mi bebida mientras esperaba la respuesta. El solo hecho de recibir un mensaje de July me dejó muy claro lo mucho que deseaba haber pasado la noche con ella en su lugar, tal vez incluso volviendo a lo que habíamos interrumpido una y otra vez.

—Creo que puedo imaginar lo que eso significa ;) —respondió.

Sonreí. Aparecieron en mi cabeza algunas ideas de respuestas diferentes, buscando la manera de hacerle saber lo que realmente quería.

Así que lo dije.

—¿Qué vas a hacer mañana por la noche?

La respuesta fue casi instantánea.

—No hay planes. Al menos, no hay planes por los que no te burlarías de mí.

—Oh, vamos. ¿Un buen tipo como yo burlándose de una mujer como tú?

—Inocente, seguro ;). ¿Por qué lo preguntas?

Mis dedos vacilaron sobre las teclas. Aún no podía superar lo raro que era sentir... nervios por una chica.

—Porque quiero volver a verte.

Otra respuesta instantánea.

—Sí, eso suena divertido.

No esperé para responder.

—Hecho.

VEINTIDÓS

July

A l día siguiente...

NO TENÍA ni idea de qué ponerme. Era tan estúpido, no recordaba la última vez que actué de esa manera, pero ahí estaba yo, parada frente a mi armario tratando de averiguar qué ponerme para mi cita con Roy.

Al menos, eso era lo que esperaba que fuera.

Habíamos tenido una especie de cita la otra noche, pero las cosas estaban tan vagas y en el aire, sin mencionar lo complicado que era la relación de trabajo que teníamos ahora. Y, por supuesto, estaba el hecho de que casi nos habíamos equivocado en más de una ocasión al tener en cuenta todo el asunto.

Un mensaje de él me hizo saber que estaba a media hora de distancia.

—¡Mierda! —dije en voz alta.

Metí la mano en mi armario y saqué un par jeans y una blusa, combinándolos con unas viejas botas que no había usado en años. Algo casual, perfecto para el estado de ánimo totalmente agotado en el que estaba. Para cuando estaba lista para irme, otro texto anunció que me esperaba.

Tiempo de hacer o morir.

Estaba mareada y asustada a la vez, pero por muy nerviosa que estuviera, también me encantaba. Sentía más emoción y el tipo de miedo divertido en el poco tiempo que llevaba conociendo a Roy que en toda mi relación con George.

Podía quedarse con su novia de cosplay, yo tenía una estrella de rock. Bueno, en realidad no. Pero iba a tener una cita con él.

Al salir de mi complejo de apartamentos él me esperaba apoyado en su Aston, vestido con jeans negros, zapatillas blancas y una camisa hawaiana de un atardecer rojo y anaranjado. Nunca pensé que una camisa hawaiana fuera un look que se vería sexy, pero ahí estaba él, haciendo que ocurriera, con sus ojos ocultos detrás de los Wayfarers negros. Una leve sonrisa de chico malo curveaba sus labios mientras me acercaba.

Cielos, era genial. Odiaba admitirlo, pero así era. No tenía sentido negarlo. Era el Roy Mills - no tenía que saber que yo estaba pensando en él en tercera persona- y era todo mío.

Algo así.

—¡Madre mía! —dijo mientras me miraba.

O, por lo menos eso creía... es difícil de decir con las gafas de sol.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada, es sólo que... te ves muy bien.

Me detuve frente a él, totalmente encantada.

—Un charlatán de la vieja escuela —bromeé con una sonrisa—. No tiene sentido ser tímido al respecto.

No respondió nada, sino que abrió la puerta del auto para mí. En cuanto entré, sólo pude pensar en lo que habíamos hecho antes. O, lo que casi hicimos. Claro, no habíamos follado, pero sólo pensar en los besos y los juegos previos fue suficiente para que mi entrepierna se calentara como el infierno.

—Bien —dijo, una vez que se sentó detrás del volante—. ¿Estás lista?

—¿Lista para qué, exactamente? —pregunté, ansiosa por ver qué había planeado para la noche.

—No eres de las que esperan por las sorpresas, ¿eh?

—Digamos que no soy fácil de sorprender —sonreí con satisfacción.

Estaba feliz de estar con él.

—¿Tienes hambre?

—Siempre.

—Justo lo que quería oír. Estoy pensando en ir al Apple Pan, pedir unas hamburguesas y postre, y luego... bueno, vas a tener que esperar el resto.

—¿Y si no quiero esperar? —pregunté.

—Sé una buena chica de todos modos.

No me dio la oportunidad de responder antes de encender el motor y mezclarse en el tráfico. Pasé el viaje en silencio, empapándome en Los Ángeles mientras lo atravesábamos. The Strokes sonaba en el estéreo, lo que me remontaba a cuando estaba en la escuela secundaria y obsesionada con el hombre que estaba, en ese momento, a mi lado.

Pronto llegamos al Apple Pan, hogar del mejor pastel de la ciudad.

—¿Te gusta la tarta de manzana? —preguntó—. Espero que sí, porque de lo contrario elegí el lugar más equivocado que podría haber elegido.

—Me encanta —al entrar, el olor de las hamburguesas en la parrilla y de las manzanas frescas y la canela me inundó—. Aunque nunca he comido nada que no pueda pedir en Seamless.

—No puede ser —repuso, mientras la anfitriona nos llevaba a nuestra mesa—. Las cenas de la vieja escuela son uno de los más simples y mejores placeres de la vida. Lugares como este eran mi combustible cuando estaba de gira con el resto de los chicos.

—Música increíble impulsada por el pastel de manzana. Me encanta.

—Y hamburguesas —aclaró, levantando el dedo.

—No puedo olvidarme de las hamburguesas. Cosa que se le ha contagiado a Sophia.

—No hay duda de eso. Pienso que un cerebro grande como el suyo necesita todo el combustible que pueda conseguir. Y las hamburguesas son la fuente perfecta.

No pude evitar sonreír. La idea de que él y su pequeña niña me pusieran una gran y estúpida sonrisa en la cara, era increíble. Todavía me resultaba muy extraño saber que detrás de su fanfarronería de estrella de rock había un amor total por su pequeña hija. Me hizo entender que había algo realmente especial en él.

Pedimos nuestra comida, mi estómago gruñía del hambre mientras charlábamos sobre mi trabajo y el suyo, sobre Sophia y todo lo demás. En poco tiempo tuvimos un par de hamburguesas de queso con tocino y papas fritas frente a nosotros, cada uno devoró su plato y terminamos la comida con un poco de pastel de manzana.

Puro cielo.

—Ahora —dijo Roy mientras nos dirigiáramos a su auto—. Estaba pensando que podríamos tomar una buena siesta de tres horas antes del resto de la noche —sonrió, haciéndome saber que estaba bromeando.

—Estoy lista, ahora. Como si estuviera dispuesta a todo.

—Genial. Ahora conoces el poder de la hamburguesa.

—¿El poder de la hamburguesa? —me reí—. Me gusta.

—Gustar, amar, vivir. Es lo que te llevará al siguiente nivel.

Arrancó el motor y pronto nos fuimos.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—He estado pensando, sobre cuánto de mi pasado ha regresado con este proyecto nuestro.

—¿Si?

—Y, a decir verdad, he estado, en realidad, en un total estado de shock y nostalgia por todo esto.

—Me gusta cómo suena eso.

—Así que estaba pensando que podríamos pasar por algunos de los viejos lugares que frecuentaba, tal vez el estar allí me trae algunos recuerdos dignos de un libro.

—Entonces, vamos.

Juntos, los dos, nos fuimos a una mini gira de la historia del rock de Los Ángeles. Primero, nos detuvimos en The Troubadour en Santa Mónica. El equipo estaba encantado de ver a Roy, y extendió la alfombra roja para nosotros, es decir, los asientos VIP y todas las bebidas que quisiéramos consumir, mientras escuchábamos algunas canciones del cantautor local que estaba en el escenario.

Después de eso fuimos a The Roxy, el lugar de muchos artistas, desde Bob Marley hasta Bruce Springsteen. Y, por supuesto, el lugar donde Lover Boys grabó “*Amándote*”, ampliamente considerado como uno de los mejores álbumes en vivo jamás realizados. Y uno que había escuchado más veces de las que podía contar.

Después de The Roxy, visitamos The Viper Room, un club con una historia mucho más ajetreada, conocido por ser el espacio preferido para conciertos de algunos de los chicos malos más notorios del juego del rock. Mötley Crüe, Guns N' Roses, Poison, todos ellos habían adornado el escenario de este lugar en algún momento. La banda en el escenario esa noche, que se aseguró de dar un grito a Roy una vez que lo vieron en la multitud, era otra banda de rock, los chicos vestidos de cuero y maquillaje, hacían un tributo a un tributo.

Y me encantó.

A dondequiera que fuéramos, Roy era tratado como un rey. Los fanáticos lo adoraban, el personal de cada lugar se hacía todo a su alcance para complacernos, y las cámaras a nuestro alrededor no dejaban de iluminarnos.

Era una locura, no tenía ni idea de qué hacer con toda la atención. Y en el momento exacto en que decidí que me sentía abrumada, Roy pareció ser capaz de leer mi mente.

—¿Lista para salir de aquí? —preguntó ante la conmoción.

—Definitivamente.

Me tomó de la mano, guiándome hacia las luces de Sunset Strip. La noche estaba llena de energía, el aire era suave y todo se sentía tan en Los Ángeles que no podía contenerme. Mi mano nunca soltó la suya.

—¿Y cómo fue esa pequeña inmersión en el mundo de una estrella de rock? —preguntó.

—Una locura total —admití—. Un poco intimidante.

—¿Intimidante? ¿Cómo es eso?

—No lo sé. Siempre he sido un geek. Y es raro pensar en cómo era mi vida y la tuya al mismo tiempo. Estaba en la universidad viendo repeticiones de Outer Limits, y tú estabas aquí —señalé a la escena que nos rodeaba—, viviendo una vida con la que la mayoría de la gente sólo podía soñar.

—Fácil de decir eso. Pero lo creas o no, es en mi vida en la que estas realmente metida. Especialmente ahora.

Levanté las cejas.

—¿Ahora, ahora? Como en... ¿ahora mismo?

—Sí, en este momento. Hay algo especial en ti, July. Y no sólo tu nombre gracioso.

Sonreí.

—Oye, podría haber sido peor, casi me casé con un tipo de apellido “Salt”.

—JULY SALT —dijo, probando el nombre que casi había tenido—. Hubieras estado condenada a toda una vida de bromas sobre nombres.

—No bromeo.

Pero entonces me sorprendí a mí misma, dándome cuenta de que casi había derramado el té sobre el desastre de mi boda. Lo último que necesitaba era que Roy supiera que yo era la clase de chica que merecía ser dejada en el altar.

—Y sea cual sea tu pasado, fue algo especial. Porque te hizo la persona que eres ahora, una chica por la que estoy absolutamente loco.

No podía creer lo que estaba escuchando. ¿Roy estaba loco por mí? Una parte de mí quería convencerme de que no era cierto, de ninguna manera.

Pero yo también estaba loca por él. Y debe haberlo visto en mis ojos, porque no dijo nada a continuación. En lugar de eso, se detuvo, me rodeó la cintura con su brazo y me acercó. Y luego, justo ahí en Sunset Strip, me besó como nunca antes me habían besado.

Las luces de la ciudad se desvanecieron para mí, hasta que sólo quedamos él y yo. Nos besamos largo y profundo, su sabor era tan asombroso y embriagador como siempre. Cuando finalmente se alejó, dijo exactamente la única cosa que sólo podía sacarme del trance en el que estaba.

—Creo que tenemos que salir de aquí.

—Sí. Sí, por supuesto que sí.

—Vamos —me tomó de la mano y me llevó de vuelta al auto.

—¿A dónde? —pregunté.

—A la mejor vista de la ciudad, ahí es donde.

No dije una palabra más. Pero sabía que lo que tenía en mente, iba a ser una aventura.

Y Roy era un hombre que parecía estar lleno de ellas.

VEINTITRÉS

July

Nos dirigimos al norte, y cuando finalmente tomamos el camino hacia arriba, me di cuenta de a dónde íbamos.

—¿El observatorio? —pregunté, sabiendo la respuesta y más que un poco emocionada por eso.

Me dio un rápido destello de sonrisa, y era justo lo que necesitaba ver.

—No es exactamente un lugar privado.

—No si conoces el lugar correcto.

Pronto llegamos, nos estacionamos y salimos, la enorme cúpula del observatorio se asomaba sobre nosotros.

—Vamos —tomó mi mano.

Por muy emocionada que estuviera de llegar a donde íbamos, dondequiera que fuera, una parte de mí estaba feliz de tener mi mano en la suya, Roy me guiaba y la emoción de lo que estaba por venir hacía que mi sangre corriera a través de mí con una total e implacable excitación. No podía recordar la última vez que me sentí de esa manera.

Al poco tiempo, llegamos a un pequeño claro entre los árboles, que parecía estar escondido del resto de los visitantes.

Desde ese lugar teníamos una vista completa de Los Ángeles, una escena arrolladora de luces que se habría extendido hasta el infinito si el océano no estuviera allí para detenerlo. La luna colgaba sobre nosotros como una moneda de plata, y la hierba estaba fresca en mis manos mientras los dos nos sentábamos uno al lado del otro.

—Vaya —dije, disfrutando de la vista—. Esto es... hermoso.

—Lugar secreto. Sólo para los que saben.

—Como el gran Roy, quiero decir, como tú.

Se rió.

—Escucha, hay muchas cosas que quiero decirte. Como, lo loco que estoy por ti, lo increíblemente guapa que eres, lo mucho que me gusta pasar tiempo contigo...

—¿Pero?

—Pero hay algo que preferiría hacer.

Sabía exactamente a dónde quería llegar.

—Estoy de acuerdo contigo. Y además, hay mucho tiempo para las otras cosas después.

Él sonrió, y yo lo igualé con una sonrisa propia. Pero no quedaba nada por decir. Sólo algo que hacer.

No perdimos el tiempo. Tan pronto como las sonrisas se desvanecieron, estábamos uno encima

del otro, besándonos como locos y quitándonos la ropa. Roy me sacó de la blusa, revelando mi sujetador azul de encaje, y pronto se quitó la camisa hawaiana, los músculos con los que había soñado infinitas veces estaban justo ahí para el toque.

Después de las camisas vinieron los pantalones, y pronto me encontré con su pene, erecto contra sus ajustados calzoncillos, su mano se deslizó lentamente sobre mí hasta alcanzar mi vagina y rozarla a través de mis bragas, su toque fue como una especie de descarga eléctrica pero de placer puro, tan jodidamente bueno que quise gritar.

Pero me mantuve razonablemente callada, lo último que necesitaba era anunciar nuestra presencia a todos los turistas en el lugar. Mientras me frotaba a través de mis bragas, me incliné y saqué su pene, envolviendo mis dedos alrededor de su longitud caliente y dura, y acariciándola lentamente. Era grueso, rígido, y ya estaba goteando con anticipación.

Lo besé a lo largo de su cuello, sobre su áspera barba, deteniéndome en su oreja.

—¿Cuánto tiempo llevas queriendo esto? —le pregunté sensualmente al oído.

—Desde el momento en que te vi —respondió sin perder el ritmo—. ¿Y tú?

—Lo mismo. Excepto...

—¿Excepto qué? Dime.

—Um, con un poco de diferencia horaria desde que te vi por primera vez.

Se rió.

—Supongo que tienes razón en eso. Ambos estamos en la frecuencia correcta ahora.

Los dos volvimos a besarnos, y finalmente decidimos sacarnos la ropa interior. Sin pensarlo, miré a mi alrededor mientras Roy me deslizaba las bragas por los muslos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. Supongo que sólo estoy buscando policías o compañeros de banda...

—O miembros de mi familia o compañeros de trabajo. No, esta vez sólo somos nosotros dos. Justo como lo quiero.

No había más palabras. Estábamos solos, y ahora era el momento de poner manos a la obra. Una vez que lo despojé de sus calzoncillos, envolví mi mano de nuevo alrededor de su grueso miembro y empecé a acariciarlo, sexy y pequeños gruñidos sonaban de su garganta.

Roy hizo lo mismo, deslizando un par de dedos en mi tan húmeda vagina, entrando en mí una y otra vez mientras el placer corría por todo mi cuerpo. Apoyé mi cabeza sobre su hombro redondo, dejando que él hiciera su magia.

Dios, el hombre era mágico, sabía cómo tocar a una mujer, cómo hacerme sentir tan bien que apenas podía soportarlo. Pero quería más que eso. Finalmente, lo tomé por su muñeca y lo guié fuera de mí, lista para reemplazar sus dedos con algo más... sustancial.

—Basta con el acto de apertura, estoy lista para más.

—Wow —me mostró una sonrisa—. Pero sabes qué, creo que eres lo suficientemente linda como para salirte con la tuya.

Una risa se me escapó de los labios.

—Es bueno saberlo.

Roy puso su mano en mi cadera desnuda, cuando me subí a horcajadas con él.

—Déjame sacar un...

—Está bien. Tengo un anillo anticonceptivo y...

Entonces lo pensé: él era una estrella de rock, y estrella de rock significaba “toneladas de sexo casual”. Claro, tenía la impresión de que no estaba tan loco como sus compañeros de banda, pero aún así.

—Y... no te preocupes por mí. Sea lo que sea que haya hecho en el pasado, fui cuidadoso.

—Lo siento. ¿Tan obvio fue mi pensamiento?

Me devolvió una cálida sonrisa.

—Sí, pero si quieres estar segura, puedo conseguir un condón.

—No, no, no. Está bien.

Estaba decidida. Continué mi movimiento, subiendo sobre él mientras se sentaba apoyado en esos gruesos brazos entintados. Su cabello estaba tan despeinado y de alguna manera lo hacía ver irresistible.

Con su erección en mi mano y apuntando hacia arriba, me senté lentamente sobre él, extendiendo mi centro con su glande y tomando todos sus muchos, muchos centímetros sin esfuerzo en mi mojada cavidad.

Y entonces fue cuando finalmente, después de todo este loco alboroto, tuve a Roy Mills dentro de mí. Una parte de mí quería hacer un pequeño baile de la victoria, pero la parte sensata quería ir directo al grano. Él llevó su mano a mi cadera cuando empecé a moverme, sintiendo su sólido pene empujar más y más profundamente dentro de mí.

Seguimos así, mis tetas rebotaban mientras lo montaba más y más fuerte, su boca se agarraba a mis pezones y los chupaba de una manera que enviaba una corriente a mi columna vertebral. Pronto el aire se llenó de gemidos, gruñidos y pequeños gritos, lo último salió de mí, debo admitir.

No pasó mucho tiempo antes de que un orgasmo estuviera a punto de producirse. Y justo cuando yo estaba a punto de acabar con fuerza, Roy deslizó su gran mano en la parte posterior de mi cabeza y me acercó a su cara, sus ojos brillantes y de color chocolate oscuro se fijaron en los míos.

—July —gruñó, con voz pesada de placer.

Algo en la forma de pronunciar mi nombre me hizo alcanzar el clímax. Mirándolo a los ojos, me dejé llevar, como nunca antes lo había hecho. Y justo cuando estaba en la agonía de mi orgasmo Roy soltó un gruñido mientras acababa dentro de mí, pulsando su carga caliente en mi interior.

Y entonces todo terminó. Los dos nos acostamos juntos, con mi cabeza sobre su hombro y su brazo envuelto alrededor de mí, a medida que recuperábamos el aliento.

Antes lo sospechaba, pero al sentarme allí con él, ya no me quedó ninguna duda. Roy no era sólo un enamoramiento, era algo más. Y en el momento en que empecé a preguntarme si él sentía lo mismo, habló.

—Creo que hay algo más profundo entre nosotros, preciosa.

No pude evitar sonreír.

—Creo que tienes razón, guapo.

VEINTICUATRO

July

Una semana después...

CADA VEZ que un mensaje de Roy aparecía en mi teléfono y podía ver la palabra “bebé” como su nombre, me sentía como si estuviera viviendo en un sueño loco.

Vale, lo entiendo... quizás nos apresuramos un poco en referirnos al otro de esa manera. Sólo había pasado una semana desde que habíamos, emm, consumado las cosas, pero qué semana tan intensa tuvimos. Habíamos pasado casi todos los momentos libres del trabajo juntos. A veces salíamos a la ciudad, a veces salíamos con Sophia e incluso con su madre, y otras veces... bueno, hacíamos lo que hacían las nuevas parejas.

No podría haber sido más feliz. Cuando sentí el zumbido del texto más reciente, una parte de mí quiso postergar la lectura para saborearlo más tarde.

¡Ah, al diablo!

Saqué mi teléfono del bolsillo trasero y leí el texto, el típico ajeteo de la oficina en la tarde era un estruendo a mi alrededor.

—Viernes por la noche, preciosa. Espero que estés libre —escribió

LE CONTESTÉ

—Sabes que lo estaré. ¿Por qué, tienes algo en mente?

Nunca me consideré el tipo de chica que se deja llevar por un hombre. Pero ahora que estaba sucediendo... como que me encantaba.

Roy era diferente, sin embargo. Cada día con él era una especie de aventura, ya fuera ver un lado de la ciudad que nunca había visto antes, o ir con él y Sophia a uno de los muchos museos que siempre había querido visitar pero que nunca me había atrevido ir.

Aún así, la última semana había sido más que increíble. Y estaba más que lista para ver lo que nos esperaba la semana siguiente. Y luego la semana siguiente, y la siguiente...

—Ayer tuve un almuerzo exquisito con el propio hombre.

Una voz familiar me sacó de mis pensamientos. Levanté la vista para ver que era Moira, con sus manos en las caderas y una expresión que parecía muy, muy satisfecha de sí misma.

—¿Eh? ¿Con quién? —pregunté.

Inclinó la cabeza hacia un lado, con las cejas levantadas.

—Con Roy, obviamente.

Oh, sí. Las reuniones de ambos para el libro fueron una de las pocas razones por las que él y yo no pasábamos exactamente todos los momentos libres juntos. Afortunadamente, se suponía que el proceso de entrevista no tomaría más que un par de reuniones más. Entonces sólo era cuestión de que Moira escribiera la cosa, Roy diera su sello de aprobación, y luego, con suerte, yo aceptaría mi brillante nuevo puesto ejecutivo.

Pero por ahora, tenía que jugar bien con el talento.

—¿Es eso cierto? —pregunté, metiendo mi teléfono en el bolsillo y tomando mi taza de café cercana.

—Definitivamente —dijo, con un pequeño ronroneo en su voz—. Y lo que es más, creo que hay algo entre nosotros que no está relacionado con el trabajo.

La pequeña cosa entre Roy y yo, o como quieras llamarlo, era secreto. Lo último que necesitaba era que estallara un escándalo. Aún así, era divertido ver a Moira actuar como si Roy estuviera loco por ella. Si tan sólo supiera lo que él me había estado haciendo después de sus reuniones.

—¿En serio? —pregunté.

—De verdad —su tono era totalmente seguro—. Y no puedes culpar al tipo. Quiero decir, mírame.

Hizo un pequeño giro, y aunque por su tono pude notar que estaba bromeando, también estaba siendo seria al mismo tiempo, la chica realmente pensaba que era irresistible, y lo había hecho desde que éramos niñas.

Aunque esta vez no. Esta vez fui yo quien finalmente atrapó al tipo. Nunca fui de las que se regodean, ¡pero vamos! ¡Roy Mills!

—Maldición —le seguí el juego, tratando de contener una sonrisa—. Bueno, buena suerte.

—Se necesita más que suerte —replicó con una última sonrisa—. Nos vemos, Jul.

Salió de la sala, y yo me quedé allí tratando de contener mi risa. Cuando por fin estuve lista, saqué mi teléfono del bolsillo y escribí un texto.

—Lo siento. Acabo de tener una reunión improvisada con Moira.

Me contestó mientras echaba un poco de crema orgánica en mi café.

—Oh Dios ¿Te importaría pedirle que le baje un poco a su intensidad con todo?

—¿Qué? ¿La sexualidad cruda es casi demasiado para ti?

Me apoyé en el mostrador de la sala de descanso, mirando los tres puntos de mi pantalla.

—Por favor. Cuando quiero sexualidad cruda sólo hay una chica en mi mente.

Estaba siendo intencionalmente cursi, como siempre, pero aún así me hizo sonrojar y sentir un cosquilleo en mi centro. Escribí de vuelta, sintiéndome de la mejor manera posible.

—Me di cuenta de que sólo tenías una chica en mente anoche.

—¿Qué, te refieres a cuando estabas agachada frente a mí con mi pene hasta tu garganta?

Vaya. Directo, y totalmente caliente.

Dos podrían jugar en este juego, sin embargo.

—Pensaba más en cuando te comías mi vagina como si tu vida dependiera de ello.

Su respuesta llegó inmediatamente.

—No puedo evitarlo. Cuando una vagina sabe tan bien como la tuya, estarías loco si no te la comieras hasta que se te entumezca la mandíbula.

Nunca había usado el sexting, pero Dios, algo en Roy despertaba esa parte atrevida en mí.

—Podría decir lo mismo de ti Sr. Honey Cum —presioné “enviar” sin pensar, dándome cuenta después de lo tonto que sonaba eso.

Hey, yo era nueva en esto.

Afortunadamente, él siguió el juego.

—Eso explicaría por qué bebiste hasta la última gota ;).

Vale, oficialmente necesitaba salir y, encargarme de ciertas cosas con él. Como si leyera mi mente, me envió otro texto.

—Estoy un poco aburrido en el trabajo, deberías mostrarme qué llevas debajo de esa ropa.

Bueno, ya que pensaba escaparme para ir a liberar un poco la tensión sexual, también podía enviar un poco de estimulación visual antes, ¿verdad? Después de todo, la multitarea es una habilidad esencial para cualquier ejecutivo en ciernes.

Me fui a mi baño privado. Una vez lista, me enrollé la falda de lápiz sobre los muslos, revelando mi juego de bragas negras.

Nunca antes me había tomado una foto sexy. Pero como dicen, siempre hay una primera vez para todo.

VEINTICINCO

Roy

La foto era tan erótica que no pude evitar levantarme. Y con eso no quiero decir que me puse de pié, quiero decir que alguien, abajo, había despertado. La foto era súper amateur, lo cual me encantó. Era en un baño de aspecto sorprendentemente agradable, tenía su falda enrollada y sus hermosos y gruesos muslos expuestos en toda su extensión. Miraba hacia otro lado de una manera ridículamente adorable, con una sonrisa de “¿realmente estoy haciendo esto?” en su hermoso rostro.

Lleve una mano hasta mi boca, y por supuesto, estaba literalmente babeando. ¿Asqueroso? ¡Claro! Pero la chica tenía ese efecto en mí. Y sabiendo que ella fue tan amable de dejarme entrar en esas piernas celestiales fue suficiente para querer arrodillarme y agradecer al buen señor de arriba.

Me puse a pensar en cómo me iba a encargar de mi pequeño problema. Estaba en el trabajo, claro, pero la puerta de la oficina estaba cerrada con llave, y no tendría ningún cliente durante los próximos treinta minutos. Normalmente, controlar mi furioso impulso sexual no era un problema. Pero hombre, todo lo que necesité fue una imagen de sus piernas para hacerme sentir como un cavernícola.

De repente llegó un mensaje de July.

—¿Qué estás haciendo ahora mismo?

Esto podría ser divertido.

—Sólo mirando la foto que enviaste. Me está inspirando para hacer algo.

—¿Qué, piensas escribir una canción sobre eso :)?

—Tal vez, pero estoy pensando más en una pequeña improvisación aquí en mi oficina, ¿sí me entiendes?

Pasaron unos cuantos minutos y luego llegó otra imagen.

Esta era aún más escandalosa. Era una toma de ella apoyada en la elegante y blanca encimera de su baño. Su blusa estaba abierta, y su sostén lo suficientemente bajo como para revelar sus tetas perfectas con sus pezones rosados que las coronaban. Y su mano libre estaba entre sus piernas.

Enseguida recibí un video.

Más ansioso que nunca, presioné “Reproducir”. Por supuesto, cobró vida, dándome un clip de cinco segundos de ella frotando su clítoris, acompañándolo con suaves y placenteros gemidos.

Eso era justo lo que necesitaba.

Corrí a la puerta de mi oficina y giré la cerradura para verificar que estuviera bien cerrada. Una vez hecho esto, me dejé caer en mi cómoda silla de escritorio, con la imagen todavía en la

pantalla.

—¿Cómo lo que ves? —fue su siguiente texto.

—Ohhhh sí.

—Un buen estímulo merece una respuesta, ya sabes ;)

La chica tenía razón. Normalmente, las fotos de penes no eran lo mío. Tal vez era el heterosexual en mí, pero había algo en ellos que era tan... no fotogénico. No seducen como un par de tetas hermosas como las de July o lo que ella insinuaba entre sus piernas.

Pero, por otra parte, la vibración que sentía en ese momento era muy particular, así que lo hice.

Me desabroché el pantalón, bajé mis calzoncillos y saqué a mi gran amigo. Con él en mano, tomé mi teléfono y lo incliné para la toma perfecta, una que lo hiciera parecer tan bonito como pudiera ser la maldita cosa.

Pero justo en el momento en que estaba a punto de hacer el disparo, se oyó un golpe de la puerta principal de mi oficina.

¡Mierda!

Guardé mi erección y casi dejó caer el teléfono en el proceso. La puerta de la oficina se cerró, escuchándose luego voces de niños, de muchos niños.

El cliente estaba allí. ¡Mierda!

En mi oficina sólo estaba yo... no tenía sentido para mí tener una secretaria. Y Smith, mi contacto en el Centro Infantil, me conocía lo suficientemente bien como para sentirse cómodo de presentarse sin aviso cuando teníamos una reunión.

Que era justamente lo que había hecho. Y había traído invitados.

Después de correr al espejo y conseguir verme decente, me di un rápido pinchazo en el muslo para que mi pene volviera a la normalidad. Me apresuré en abrir la puerta, y tan pronto como lo hice, media docena de niños, de seis o siete años se precipitaron al lugar, pululando a mi alrededor.

—¡Hola, amigos! —los saludé, con una sonrisa radiante en mi cara al verlos a todos.

—¡Hola, Roy! —respondieron todos al unísono.

Jack, un niño adorable con el que había estado trabajando las últimas semanas, estaba muy callado, así que jugué con él y le hice un desorden en su cabello.

—¿Qué pasa, amigo? —le pregunté.

—Nada —respondió tímidamente ahora que era el centro de atención—. El Sr. Smith dijo que nos llevaría a In-N-Out después de que te viéramos.

—Ah. El viejo soborno de la hamburguesa —me reí.

—¡No! —exclamó Olivia, una pequeña de cabello oscuro a la que le faltaba un diente frontal—. ¡Queríamos venir a verte!

Smith, delgado y alto, de unos veinticinco años, entró en el lugar y observó al grupo con una cálida sonrisa.

—¡Ven a comer hamburguesas con nosotros, Roy! —gritó Justin, uno de los otros chicos.

Gritos de ¡sí! surgieron de todos mientras dirigía mi atención a Smith.

—Supongo que eso significa que tengo que ir.

—Iba a invitarte de todas formas —admitió mientras se acercaba al Keurig—. ¿Quizás podamos incluir a Sophia en el camino?

Más gritos de emoción surgieron de los niños, todos la conocían, y como cualquiera que lo hiciera, la amaban.

—¿Estás bromeando? Si se entera de que fuimos por hamburguesas sin ella, nunca oiré el final

de esto.

—¿Ves? Sólo estoy cuidando de ti, grandullón.

Los niños se pusieron a conversar entre ellos, jugando con cualquier cosa que yo tuviera tirada en la oficina mientras Smith se acercaba a mí, con dos tazas de café en la mano.

—¿Sabes algo del abogado de contratos? —preguntó.

—Claro que sí —aceptando la taza que me ofreció—. Todo se ve bien. Sí este libro vende la mitad de lo que la editorial piensa que venderá, estos chicos no se preocuparán por la universidad.

—Me alegro de oírlo.

Mi teléfono sonó de nuevo, otro mensaje de July, este decía:

—¿Y mi petición?

¡Mierda!

Escribí un último texto.

—Ocupado ahora, preciosa. Hablaremos pronto.

Guardé mi teléfono y me dirigí a Smith.

—Conversemos sobre ese tema mientras disfrutamos de las hamburguesas. ¿Suena bien, chicos?

Los chicos explotaron de emoción. Una vez que los reunimos a todos, nos fuimos. Sin embargo, la situación pendiente con July, todavía seguía en mi mente.

VEINTISÉIS

July

Otra semana después...

ROY Y YO ESTÁBAMOS SALIENDO, al menos estaba bastante segura de eso. Dos semanas es suficiente para llamar a alguien tu novio, ¿verdad?

—Totalmente —aseguró Loisa mientras nos sentábamos frente a frente en el Cha Cha Lounge, uno de nuestros lugares habituales en Silver Lake—. Dos semanas es más que suficiente.

Había pensado en voz alta, y ahora estaba pagando el precio. Todas las chicas se involucraron con su opinión sobre la situación. A decir verdad, sin embargo, me alegraba un poco de retroalimentación.

—¿Estás segura? —pregunté—. Porque suena... no sé, un poco repentino.

—¿Sabes cuántos novios de dos semanas he tenido? —preguntó Dyana, su cara todavía estaba llena de triángulos rosados de su cosplay D.Va Overwatch de una convención de nerds o de otra—. Quiero decir, en serio... si no pudiera contar como novios a los chicos con los que sólo salí unas semanas, entonces... mi vida de citas se vería mucho más triste que eso.

—Siento que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo —admití—. Cuando George y yo nos juntamos, no tuvimos realmente ninguna cita previa ni nada. Sólo él diciéndome que le gustaba y nosotros como que... sólo caímos en eso. Y ya.

—No necesitas llamarlo de ninguna manera —expresó Ceci—. No es que tengas prisa. ¿Entonces, qué sentido tiene ponerle una etiqueta? Sólo sigue las vibraciones, ¿sabes?

—Te equivocas en eso —refutó Loisa—. La chica tiene prisa.

—¿Qué? —preguntó Ceci—. ¿Por qué?

—Por la reunión —aclaró Dyana.

—Ugh —me quejé.

—Alguien desea mucho ir a ese reencuentro —bromeó Loisa con una sonrisa.

—Es como una cosa que aparece para arruinarme el día.

—Sabes que tienes la opción de no ir, ¿verdad? —inquirió Dyana.

—De ninguna manera —se interpuso Ceci, antes de que yo tuviera la oportunidad de hablar—. No hay manera de que ella se quede fuera de esto.

—Tiene razón. Si no aparezco me sentiré como una cobarde, como si no pudiera soportar dar la cara después de lo que hizo George. Como si él hubiera arrancado lo mejor de mí. Ir a esa cosa me hará sentir como si finalmente hubiera seguido adelante.

—Seguir adelante volviendo al pasado —repuso Loisa sonriendo—. Parece un nuevo método. Pero lo entiendo.

—¿Qué pasa con Roy? —preguntó Dyana—. ¿Le hablaste de la reunión?

—No. Y él no lo va a saber. El pobre tipo ya tiene suficiente en su vida como para tener que lidiar con mi drama de la secundaria.

Como si hubiera estado escuchando la conversación, recibí una llamada de él.

—¡Oye! ¿Estás en Silver Lake?

—Claro que sí.

—Una pregunta aún más específica: ¿estás en el Cha Cha Lounge ahora mismo?

—Wow, ahora eres un acosador. Que lindo.

—Uno de mis muchos talentos. ¿Te apetece tener compañía?

Mi corazón se puso a latir ante la idea.

—Siempre. Pero estamos en una especie de noche de chicas. Eres bienvenido a unirme, pero puede que te superen en número.

—Eso no será un problema. Te veo en un minuto.

—Perfecto.

Terminó la llamada y me dirigí a las chicas.

—Entonces, nos viene un invitado. Espero que no sea un problema.

Las miradas en sus rostros dejaron claro que no era así. Pero antes de que tuvieran la oportunidad de reaccionar, las puertas del Cha Cha Lounge se abrieron y Roy entró.

Pero no estaba solo. Era toda la banda de Lover Boys, Will, Theo y Sean.

—¡Mierda! —exclamó Ceci—. ¡Esa es toda la banda!

Los chicos nos miraron con Roy a la cabeza mientras se acercaban a la mesa y se dejaban caer en algunos asientos libres. Roy se sentó a mi lado, naturalmente, y me dio un gran beso en la mejilla. Todo sucedió tan rápido que no supe qué hacer.

—Buenas noches, preciosa —me susurró al oído para luego contemplar la mesa de mujeres sorprendidas.

Pero no parecía preocupado. Sin duda, ver mujeres sin palabras era algo a lo que estaba acostumbrado.

—Buenas noches, guapo. Me alegro de verte aquí.

—Estábamos en la zona —intervino Sean—. Ensayando un poco.

—¿Ensayando? —pregunté—. ¿Lover Boys ensayando?

—HABLAREMOS DE ESO MÁS TARDE —dijo Roy, sorprendentemente tímido al respecto.

Las presentaciones fueron lo siguiente. Presenté las chicas a los chicos, y Roy los chicos a las chicas. Y una vez que la sorpresa desapareció, los seis cayeron en una conversación fácil. Y no sólo una conversación fácil, sino una conversación coqueta. ¿Estaba siendo testigo de algunos romances florecientes?

Así parecía, hasta que Loisa, ya con unas copas de más, soltó la bomba.

—Así que —dirigiendo su atención a Roy—. Si ustedes están ensayando, bien podrían tocar otro show.

—Estamos pensando en eso —aclaró Will, luciendo tan estatuario como en los carteles de sus películas—. ¿Por qué?

—Sí —inquirió Roy—. ¿Por qué?

Le eché una mirada a Loisa, diciéndole con toda claridad que tenía que parar en ese mismo

momento.

Pero ella siguió adelante.

—Porque July tiene el lugar perfecto, en su reunión de secundaria.

Quería gritar. Sabía que Loisa solo se estaba divirtiendo, pero aún así no era lo que yo quería.

—¡Dios! —me puse de pie ante la frustración—. Necesito un poco de aire.

—¡July! —me llamó Roy, cuando me alejé.

Segundos después estaba afuera, el aire era fresco y bastante agradable, en realidad. Y por supuesto, sólo tuve el más breve de los momentos para mí misma antes de que él estuviera ahí fuera conmigo.

—Así que. Una reunión, ¿eh?

—Sí, una estúpida reunión de reencuentro —me quejé—. Después de quince años.

—¿Después de tanto tiempo? Es un poco raro.

—Es una larga historia.

El silencio cayó.

—Y... ¿quieres que los chicos y yo cantemos allí?

Dejé escapar un suspiro. Por supuesto que quería que se presentaran ese día, y por supuesto que necesitaba preguntarle en algún momento. Imaginé más, ya sabes, delicadeza. Y además de eso, todavía estaba el tema de que yo no quería pedir un favor.

Pero ahí estaba, a la intemperie. Y era mejor terminar con ese asunto.

—Sí. Me encantaría. Pero sé que es tan... pequeño para ustedes. Los Lover Boys están acostumbrados a tocar en estadios y salas de conciertos, no en reuniones de secundaria.

Una expresión pensativa se formó en el rostro de Roy.

—Y supongo que si quieres que cante, significa que quieres que vaya contigo.

—Esa es la otra cosa.

—Bueno, sabes que lo haré.

—¿Qué exactamente? —pregunté, un poco sorprendida.

—Ambas cosas.

Mis cejas casi se unen con la línea de mi cabello.

—¿Hablas en serio? ¿Me acompañarás? ¿Y cantarás?

—¡Claro! Es totalmente obvio que iré contigo. Y sobre la presentación... bueno, después del show que hicimos, los chicos y yo nos dimos cuenta de lo mucho que nos habíamos divertido. No digo que vayamos a reunirnos de verdad, pero pensamos que unos cuantos espectáculos aquí y allá podrían ser geniales. Una reunión del instituto suena a algo discreto. Tengo que preguntarles a los chicos, pero estoy seguro de que estarán de acuerdo.

—Vaya. ¿Así de simple?

—Así de fácil. Pero... con una condición.

—¿Sí?

—No más secretos. Quiero saberlo todo de ti, no importa lo tonto que creas que sea, ¿vale?

Todo lo que podía hacer era sonreír.

—Trato hecho —suspiré, dándome cuenta de lo que estaba dejando de lado—. Hay más —admití.

—¿Sí?

Esta era la parte difícil.

—¿Sabes que mencioné que casi estuve casada?

—Claro.

—Fue un poco más que eso.

—¿Qué quieres decir?

—No fue algo tan pequeño como cancelar un compromiso. Fue mucho, mucho peor.

No tenía sentido andar con rodeos. Con un suspiro de preparación, le conté a Roy toda la historia, sobre George, la boda, la ciencia ficción, el cosplay y la chica de dieciocho años que hizo lo que hizo, y para cuando terminé sentí que quería derrumbarme y beber varias copas de vino al mismo tiempo.

Pero Roy sólo tenía tres palabras para mí.

—Eso es genial.

Me sorprendió.

—¿Genial?

—Quiero decir, no “genial” en el sentido de que fue algo bueno. Sino en el sentido de que no hay ningún juicio al respecto por mi parte. ¿Qué? ¿Pensaste que me iba a alejar por algo así?

—Tal vez. No quería mostrarte todo este bagaje dramático.

—¿Hablas en serio? En lo que a mí respecta, si alguien deja a su prometida el día de su boda, entonces él obtiene el título de idiota por eso. Todo depende de él. ¿Y en cuanto a lo dramático? Parecías tan... no sé, tener el control de la situación. Si una mujer me hubiera hecho eso, estaría destrozado.

—¿El control? —pregunté, sorprendida de oírlo.

—Sí. Tenías toda tu vida al revés, y mírate... sigues en la cima de tu juego, pateando traseros en tu trabajo. Eres impresionante.

—Pero esa es la cuestión, no siempre es así. A veces mi vida puede ser... desordenada. Y si no quieres involucrarte en todo eso, lo entiendo. Quiero decir, ¿qué pasa si no me he recuperado de eso todavía? ¿Qué pasa si soy una bomba de tiempo de más drama, sabes?

Prácticamente le estaba dando motivos para que huyera, pero me sentía en lo correcto. Claro, siempre había tenido fe en mi capacidad para lidiar con la mierda y salir de ella más fuerte que nunca, pero ¿y si él no quería lidiar con eso? ¿Y si quisiera algo más fácil? Era lo más justo que conociera en donde se estaba metiendo. Tenía que darle esa opción. Y si quería acabar con lo que teníamos, era su decisión.

Pero no lo terminó. En lugar de eso, tomó mi mano.

—No eres una bomba de tiempo. Eres una mujer que sabe cómo manejar cualquier cosa que la vida le arroje. En todo caso, me hace estar aún más seguro de lo que sea que termine siendo esta cosa entre nosotros.

Todo lo que podía hacer era sonreír.

—Y más que eso —continuó—, ya te conozco lo suficiente para saber qué clase de mujer eres, qué clase de presa eres.

—Entonces... ¿eso es todo?

—Eso es todo. Todo lo que tenemos que hacer ahora es prepararnos para esa reunión, ¿verdad?

—¡De acuerdo! —acepté con una gran y estúpida sonrisa.

VEINTISIETE

July

Dos semanas después...

LA NOCHE del miércoles era oficialmente la noche de las hamburguesas. Ok, casi todas las noches era noche de hamburguesas en la casa Roy. A veces eran de In-N-Out, a veces eran caseras, a veces eran buenas y anticuadas de McDonald's. Pero así fuera carne entre un bollo, la devorábamos.

Espera, eso suena un poco asqueroso. Nos gustaban las hamburguesas... punto.

Esa noche ordenamos comida para llevar de Apple Pan. Teníamos una especie de pequeña celebración del aniversario de un mes de esa increíble noche que Roy y yo tuvimos juntos. Mary y Sophia no necesitaban saber todos los detalles, obviamente, pero entendieron que era una noche especial.

—Muy bien —dijo Roy, juntando sus manos mientras nos sentábamos alrededor de la mesa—. ¿Quién quiere la doble de tocino?

—¡Yo! —exclamó Sophia, levantando la mano.

—¿Estás segura de eso, chica? —pregunté, tomando el empaque cuando Roy me lo pasó—. ¿Tocino doble? ¿Todo para eso para ti?

—Soy más que capaz de manejarlo —respondió la pequeña con una sonrisa ansiosa mientras se lo pasaba.

—La chica tiene no tiene fondo en ese estomago —bromeó Roy.

—Y tú sueñas orgulloso de eso —añadí—. Puedo decirlo sólo por tu tono.

—Por supuesto que sí. ¿A qué padre no le impresionaría una hija que pudiera comer su peso en carne?

—Todavía pienso que deberíamos hacer que muestre un poco de moderación en la mesa —intervino Mary mientras mojaba unas cuantas patatas fritas en un pequeño charco de ketchup—. Ningún chico va a querer salir con una chica que come más que él.

—No pienso lo mismo —replicó Roy—. Ver a esta chica comer su hamburguesa seguido de un pastel en una de nuestras citas... fue encantador.

—¿En serio? —pregunté—. ¿Impresionado por una chica que puede comer?

—Claro que sí. Y aunque las citas de Sophia es lo último en lo que quiero pensar, cualquier chico que la maneje tendrá que manejar su enorme apetito.

—Y mi amor por las hamburguesas —agregó ella, abriendo la boca sorprendentemente grande

y sacando un enorme trozo de la hamburguesa.

Me reí, lista para dar un mordisco por mi cuenta.

—Oye, ¿July? —me preguntó Sophia una vez que se tragó su primer mega mordisco—. ¿Crees que podríamos ir a los pozos de alquitrán mañana? Están haciendo una exposición muy cool sobre mamuts lanudos.

Mis ojos se abrieron mucho y rápidamente compartí una mirada con Mary y Roy, quienes sonrieron. Sophia y yo nos habíamos llevado bien desde el principio, claro, pero era ella jamás me había pedido algo como eso. Un verdadero día de chicas.

Eso era grande.

—Claro. Y si a tu padre le parece bien. Quizás comamos algo mientras estamos fuera.

—Perfecto —dijo, dirigiendo su atención a su hamburguesa.

Las últimas semanas fueron geniales, no había otra forma de decirlo. Roy y yo nos habíamos acercado cada día más, e incluso había avanzado con su protectora madre. Y este nuevo desarrollo con Sophia era algo más.

Sabía que era poco tiempo, y que era una locura pensarlo, pero ya empezaba a ver que éramos algo casi como una pequeña familia.

La vibración de mi teléfono en mi bolsillo me sacó del feliz ensueño. Pero lo ignoré, volviendo mi atención a mi comida.

Pero luego volvió a zumbar. Luego tuvo el extraño doble zumbido de múltiples mensajes de texto entrando a la vez.

—Necesito revisar algo —dije, sacando mi teléfono del bolsillo.

Había mensajes de texto, muchos, muchos mensajes de texto. Uno de Penrose, uno de cada una de las chicas, uno de Moira. Roy seguramente vio mi cara de preocupación porque se inclinó a mi lado para ver de qué se trataba todo.

—Maldi... —gruñó—. Quiero decir, esto no puede estar pasando.

—¿Qué pasa? —preguntó Mary, con su tono ya preocupado—. ¿Pasa algo malo?

Revisé los textos, totalmente sorprendida e incapaz de creer lo que estaba leyendo. Y aparentemente Roy se sentía de la misma manera.

—¿Estás bromeando? —preguntó él—. ¿Estás bromeando?

—¡Roy! —insistió Mary, ahora aún más preocupada.

—Es el libro —respondió—. Ya ha salido.

—Dos meses antes de lo previsto —aclaré—. ¿Alguien lo filtró!

Y había más. El texto de Penrose no era agradable en lo más mínimo, excepto las palabras “En mi oficina. Ahora”.

Para empezar, nunca fue de los que escriben mensajes de texto. Un mensaje suyo tenía el mismo efecto en mí que escuchar a mi padre llamarme por mi nombre completo.

El teléfono de Roy también sonó y lo revisó.

—Es Moira. Ella está en la oficina. Dice que quiere hablar conmigo. Buena maldita cosa... necesito hablar con ella también.

—Entonces vamos —dije.

—Mamá. ¿Te importaría echar un vistazo a...

—Por supuesto, por supuesto —dijo Mary—. Los dos hagan lo que tengan que hacer.

Se acercó y les dio un beso a sus dos damas.

—Bien. Vamos.

Los dos estábamos fuera. Cinco minutos después estábamos en su Aston, y veinte minutos después, estábamos en las oficinas. El lugar era sorprendentemente bullicioso por ser tan tarde en

la noche. Todos los ojos que se fijaron en nosotros al entrar dejaron claro que el personal ya se había enterado de lo que estaba pasando.

—Encontraré a Moira —indicó—. Haz lo que tengas que hacer con Penrose.

—Entendido.

Compartimos una última mirada persistente, casi indecisa, antes de separarnos. Una vez que llegué a las puertas de la oficina de Penrose, tomé un respiro y llamé.

Silencio. Seguido de un severo, “Adelante”.

Después de armarme de valor, abrí la puerta y entré. Él estaba allí, su encanto normalmente ligero y aireado fue reemplazado por acero puro. Marcus estaba allí también, mirándome como un halcón y sin decir nada.

—Siéntate —señaló.

Yo lo hice.

—Filtrado. ¿Me puede decir cómo diablos sucede eso? —exigió.

—¡No lo sé! —exclamé nerviosa—. Todo lo que puedo pensar es que Moira lo subió a la nube o algo así, y un hacker se apoderó de él. Sabes que había rumores de la locura que sería este libro.

—¿Qué pasa con Moira? —preguntó Marcus—. ¿Y si esa chica lo filtró, tal vez?

—¿Por qué haría eso? —pregunté—. Ella está bajo contrato.

—Estaría jodida si lo hiciera —aclaró Penrose, y devolvió su atención hacia mí—. Es muy simple, averigua lo que pasó y controla la situación. Es parte de tu trabajo.

—Me reuniré con Moira ahora mismo.

—Bien. Y manténganme informado. Tu trabajo pende de un hilo.

—Sí, Sr. Penrose, lo haré.

Me apresuré a salir de allí e ir a la oficina de Moira. Tenía algunas palabras para ella, y no eran buenas. Todo mi discurso estaba listo para salir, cuando tomé la perilla de la puerta de su oficina y abrí.

Pero no estaba lista para lo que vi. Se estaban besando. No podía creerlo.

—July —dijo Roy, apartando suavemente a Moira de él—. No es... no es lo que parece.

Pero ella estaba muy contenta, con una amplia sonrisa en su rostro.

—Es exactamente lo que parece —aclaró.

Algo dentro de mí se rompió, y todo lo que podía pensar era en escapar lo más rápido posible. Salí corriendo por los pasillos de la oficina, con lágrimas en la cara.

—¡July! —gritó Roy.

Pero no quería ni siquiera mirarlo. Afortunadamente, momentos después estaba sola en el ascensor y bajando.

En el lapso de una hora mi vida había pasado de ser perfecta a convertirse, nuevamente, en un desastre. Mi trabajo, mi hombre, ambos perdidos.

Por primera vez desde que tengo memoria, me sentí perdida.

No tenía ni idea qué hacer.

VEINTIOCHO

July

Dos días después...

MI APARTAMENTO ERA un desastre total, más de lo que normalmente era. La pila de contenedores de comida era mayor de lo habitual y, en forma de cliché de chica deprimida, había un par de contenedores de helados vacíos entre ellos.

Dos cosas giraban en mi cabeza una y otra vez: la orden de Penrose de terminar con el problema del libro, y de lo cual dependía mi puesto de trabajo y, por supuesto, entrar en la oficina justo cuando Moira y Roy estaban a punto de empezar una maldita sesión de besuqueo.

Parte de mí deseaba haberlo enfrentado ahí mismo, desbordando mi ira en él. Puede que eso no hubiera arreglado en nada la situación, pero seguro que me habría hecho sentir mucho mejor.

Pero entre tantas cosas, no pude manejarlo. Incluso mi trabajo estaba en peligro, Penrose todavía estaba en el proceso de control de daños de la filtración del libro, y mi cabeza estaba puesta en la guillotina. Todo el estrés que había estado reteniendo se liberó, y lo único que se me ocurrió fue desaparecer.

La peor parte, sin embargo, la parte que realmente me hizo pararme frente al espejo, mirarme a los ojos y decir “¿en serio?” era que no dejaba de pensar en él. Y no sólo en el sentido de fantasear con retorcerle el cuello o tirarle un trago a la cara, o de alguna manera hacer ambas cosas al mismo tiempo. No, en el sentido de que realmente lo extrañaba.

Claro, me había hecho el mal de la manera exacta que se espera de una estrella de rock: grandes palabras, grandes promesas, grandes esperanzas, pero al final no pudo evitarlo. Pero eso no significaba que no hubiera partes buenas en lo que habíamos tenido.

Principalmente, no dejaba de pensar en las hamburguesas. Suena loco, seguro, pero escúchame. No dejaba de pensar en nosotros dos comiendo juntos, en cómo me sentía totalmente bien soltándome el cabello y volviéndome loca con una gran y jugosa hamburguesa con queso y tocino, y terminando todo con un poco de pastel. No era sólo la comida, era que me sentía cómoda alrededor de él, que no había razón para mantener la guardia alta y que podía ser simplemente yo misma. Él sacaba eso de mí, y sé que yo también lo provocaba en él.

Y luego estaban él y Sophia, y como estar alrededor de ellos por dos segundos era suficiente para darse cuenta de lo loco que estaba por la niña, y lo mucho que ella significaba el mundo para él. Y como si no fuera suficiente, había dedicado su vida a asegurarse de que incluso más niños como ella tuvieran un futuro brillante, sin importar de qué tipo de antecedentes vinieran.

Luego... estaba el sexo. Dios, había sido otra cosa. La forma en que me había hecho sentir era como nada más, y yo sabía que era el tipo de sexo que sólo se consigue al sentirse cómodo alrededor de alguien, sabiendo que podrías entregarte y estar en buenas manos, literalmente y en sentido figurado.

Claro, había una buena posibilidad de que lo de Moira fuera sólo la punta del iceberg. Si habían sido lo suficientemente audaces para hacer eso en la oficina, entonces no habría ninguna posibilidad de que no hubieran aprovechado al máximo sus entrevistas. Pero incluso si lo que Roy y yo teníamos era una mentira, se sintió muy real en ese momento.

El reality show en la televisión era un total drama, mis ojos vagaban sobre las imágenes a las que apenas prestaba atención. Sólo la vibración de mi teléfono al otro lado de mi pequeña combinación de sala de estar-cocina me llamó la atención.

Odiaba admitirlo, pero esperaba que fuera Roy. No tenía ni idea de lo que le diría, o de la excusa que ofrecería, pero fue el primer lugar al que fue mi mente. El teléfono no paraba de sonar, y me di cuenta de que no era un mensaje de texto, sino una llamada. En la pantalla aparecía el nombre y la foto de Loisa, así que atendí.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Lo que te pasa es lo que más me preocupa, no he sabido nada de ti estos días.

—Es a propósito. No me siento con ánimos para enfrentar al mundo.

—Bueno, entonces es una lástima.

Estaba confundida.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque todas tus chicas estamos aquí afuera, vinimos a sacarte de tu cueva.

—No puedes hablar en serio.

—Tan en serio como se puede. Y trajimos comida. Así que ven y déjanos entrar, a menos que ya no nos quieras y te de igual dejarnos aquí esperando.

Quería discutir, pero con Loisa sabía que no serviría de nada.

—Vale, bien. Pero no me dejaré arrastrar a ningún sitio.

—Claro, claro.

Con eso, colgué y les di acceso al edificio. Por supuesto, dos minutos más tarde, las chicas entraron en tropel por la puerta, con bolsas de comida en sus manos que reconocí de inmediato.

—Dime que eso no es Apple Pan —dije mientras ellas se sentaban y preparaban la comida.

—¿Por qué, tienes un problema con las hamburguesas? —preguntó Ceci.

Eso fue todo lo que pude soportar. Me dejé caer en el asiento más cercano y dejé salir todas las lágrimas que había estado conteniendo, en un llanto mocososo, sollozante.

—¡Ah, Jul! —Dyana se sentó a un lado de mi silla y me rodeó con su brazo—. ¡Nunca había visto a una chica disgustarse tanto por las hamburguesas!

—No son... no son sólo las hamburguesas —sollocé, luchando por componerme—. Es Roy.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Loisa.

—Nuestra primera cita real —mi voz era débil y patética—. Fue... —luego hice un gesto débil hacia las bolsas de Apple Pan.

Todas las chicas hicieron “ohhh” al mismo tiempo, y yo volví a mis lágrimas. Me consolaron en esta segunda sesión de llanto, y cuando finalmente me sentí lista para hablar, pasé a mi siguiente preocupación.

—Y la reunión —dije, ahora un poco más calmada—. No hay manera de que pueda ir.

—Los Lover Boys siguen en el juego —aclaró Ceci—. Reservado y todo.

—Y encima de eso parezco un fracaso total. Todo en lo que cualquiera podrá pensar cuando

me vea es en el libro que se filtró, mi nombre estaba en todo el proyecto.

—No puedes dejar que eso te deprima —me animó Ceci.

—Es fácil para ti decirlo.

—¿Por qué simplemente no te lo saltas? —preguntó Loisa.

Ladeé la cabeza.

—¿Saltarlo?

—Sí, no vayas. Es sólo una estúpida reunión de secundaria después de todo.

No podía creer que ni siquiera hubiera considerado la idea. Lo veía como si la reunión fuera una obligación inquebrantable.

Loisa continuó, diciendo lo que tanto quería oír.

—Al diablo con todo. Que se joda Roy y que se joda George y que se joda Moira, que se joda toda esta estúpida mierda. Eres mejor que eso, y cualquier minuto que pases dejando que te deprima es un desperdicio.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Ceci.

—Las Vegas —los ojos de Loisa brillaban de la emoción—. Un viaje por carretera. No sé qué haremos, pero seguro que sería mejor que la reunión.

Dios, sonaba bien. Olvidarse de todo y divertirse un poco.

—Pero —replicó Dyana—, eso sólo sería dejarlos ganar.

Maldición. Ella tenía razón. No mostrar mi cara en esa reunión dejaría claro que todos habían sacado lo mejor de mí.

—Bien —repuso Ceci—. Decidiste ir a esta cosa por una razón.

—Ni siquiera puedo recordar esa razón en este momento.

—Ser una perra a la que no le importa una mierda —aclaró Dyana con una sonrisa.

—Para demostrar que no tienes miedo de nada —Ceci lo dijo más decente—. Ni a un exprometido idiota, ni a una chica adolescente de cosplay, y ahora, mucho menos a un rockero imbécil al que le importa una mierda tu corazón.

—No tienes que tener miedo de esos imbéciles —añadió Dyana—. Porque eres más fuerte que ellos.

Loisa se encogió de hombros, sugiriendo que tenían un buen punto. Y por mi lado, me sentí... un poco mejor. Las chicas estaban haciendo su magia.

—Y lo vas a demostrar —continuó Dyana—. Ahora mismo.

—¿Eh? —pregunté.

Las chicas se miraban con expresiones intrigantes, como si todas pensaran lo mismo.

—¿Sabes que dicen que tragarte tus sentimientos es algo malo? —preguntó Loisa—. En este caso, va a ser saludable.

Ceci se adelantó y agarró una de las hamburguesas, desenvolviéndola y entregándomela.

—Dale un mordisco —dijo Loisa—. Mastícalo y escúpelo como lo harás con esos idiotas.

—Pero no lo escupas de verdad —añadió rápidamente Ceci—. Eso sería asqueroso.

La hamburguesa grasienta estaba justo delante de mí, y estaría mintiendo si dijera que no se veía muy bien. La agarré y la sostuve frente a mi boca.

—Bien —acepté, sintiéndome muy motivada—. Estoy lista.

Tomé un respiro y luego un mordisco. Estaba deliciosa. Sabía como a “patear traseros”. Si eso fuera un sabor.

Después de terminar nuestra comida, las chicas me ayudaron a recoger el desorden de mi apartamento. Juntas agarramos algunas bolsas de basura y nos pusimos a limpiarlo todo. Cuando terminamos, las cuatro sacamos nuestros teléfonos e hicimos algunas compras en línea, escogiendo

algunos trajes hermosos que dejarían a la gente en la reunión con sus mandíbulas en el maldito piso.

Si iba a hacerlo, lo haría bien.

Y yo estaba lista.

VEINTINUEVE

Grité el último ¡siiiiiiii! de *El cohete del amor*, uno de nuestros menores éxitos, y tan pronto como lo hice, sentí como si me derrumbara por dentro. No era exactamente el estado de ánimo de una estrella del rock.

Los chicos y yo estábamos en el estudio de mi apartamento, un enorme espacio insonorizado donde habíamos grabado algunos de nuestros mayores éxitos. En aquel entonces, la sala me hacía sentir más que emocionado, todo lo que teníamos que hacer era agarrar nuestros instrumentos y dejarnos llevar.

Pero en ese momento me sentía casi atrapado. Lo único en lo que podía pensar era en hacer el show, sabiendo que July me odiaba y que todos los que sabían mi nombre ahora, pensaban que era una especie de perverso trastornado.

—Eso no sonó bien —se quejó Theo mientras lanzaba su pajueta al aire como una moneda.

—Sí —dijo Will, girando una baqueta en su mano—. No fue exactamente como volar el techo del lugar.

No tenía sentido esconderlo... estaba acabado. Me arrastré hasta el lugar más cercano para sentarme y me dejé caer en él, sacudiendo la cabeza.

—No sé qué le pasa —intervino Sophia, que había estado observando todo el asunto desde la cabina del productor—. Pensé que él estaba bien.

—Ya sabes, amigo —dijo Sean—. Siempre podrías... hablar con ella sobre eso. Dile lo que pasó.

—Exacto. A veces estas situaciones sólo necesitan, como, una conversación real para resolverlo todo —añadió Will.

—Lo intenté. Cuando sucedió. Pero se fue antes de que yo tuviera la oportunidad de decir más que un par de palabras. No es exactamente un buen presagio de que ella quiera tener una pequeña charla sobre todo el asunto.

Theo me miró con escepticismo.

—¿Intentaste, no sé, llamarla y decirle lo que está pasando?

—Por supuesto que sí. Pero o me ha bloqueado o está ignorando mis mensajes y llamadas.

—¿Y en sus redes sociales? —preguntó Will.

—No está allí tampoco. No hay nada, sólo una cuenta privada de Instagram.

—Pero tú sabes dónde trabaja —insistió Will—. Sólo ve allí y explica lo que pasó.

—Y conseguir una orden de restricción en el proceso —replicó Sean.

Asentí y saqué mi pulgar en dirección a Sean, indicando mi acuerdo.

—Además —acoté—. Moira me dijo que todo esto de la filtración fue idea de July. ¿Por qué

diablos querría hacer las paces con una mujer que me hizo eso? —sacudí la cabeza—. No. Está hecho. Era genial en ese momento, pero eso es todo. Ella me jodió, cree que soy un mentiroso, y eso es todo. No tiene sentido empeorarlo.

—No me gusta esta vibración, amigo —admitió Theo—. No estarás pensando en cancelar el show, ¿verdad?

—Lo pienso cada segundo.

—¿Y por qué diablos no lo cancelas? —preguntó Will—. Después de todo, estabas haciendo esto por ella, ¿verdad? Ahora, ese ya no es el caso.

—Es cierto —apoyó Sean—. He estado recibiendo llamadas de lugares de toda la ciudad pidiendo por la banda, si hacer un espectáculo es lo que quieres, entonces puedo organizarlo en una hora.

Los chicos dieron su aprobación. Pero había una persona en la habitación que claramente no estaba de acuerdo. Y era la única persona cuya opinión me importaba más que la de cualquier otro.

Sophia, estaba de brazos cruzados y con la cara seria.

—Papá. No puedes dejar que esa mentirosa saque lo mejor de ti.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Te rindes así, y Moira gana. Ella mintió directamente sobre ti, ¿verdad?

—Mentir es decirlo bien chica —dijo Theo—. Leí cinco páginas de ese borrador y supe que todo era una mierda.

—Pude haber estado en una especie de... estado alterado durante mucho tiempo en esas giras —añadió Sean—. Pero aún así puedo decir que todo fue inventado.

—Sé que ustedes están de mi lado. Pero sigue siendo cuestión de convencer a todos los demás.

—Haz que Moira confiese —exigió Sophia—. Apuesto a que sería fácil sólo fingir que te gusta y grabar una conversación y ¡bam!

Los chicos parecían impresionados con la pequeña. Y diablos, yo también como que lo estaba.

—No, cariño. Algo me dice que ese tipo de plan no sería tan fácil de llevar a cabo como en las películas. Con mi suerte me olvidaría de grabar o algo así.

—Pero tienes que hacer algo, papá —se sentó a mi lado apretándose a mí—. Y esta reunión es la única oportunidad que vas a tener.

—Cancelar el programa sería admitir que metí la pata, que sabía que no debía mostrar mi cara en público después de lo que pasó.

—Estarías haciendo lo del gato asustado —repuso Sophia—. Y ese no es el padre que conozco.

A pesar del pequeño discurso que me estaba dando, había algo en las palabras de mi hija que me hizo prestar atención.

—Ese no es el padre que conozco —repitió—. El que conozco no tiene miedo de cantar su corazón ante cien mil personas. El padre que yo conozco pone su corazón y su alma en ayudar a los niños porque quiere hacer del mundo un lugar un poco mejor. Es ese que no se rinde cuando las cosas se ponen difíciles.

Tuve que admitir que me conmovió. Y a juzgar por las miradas del resto de los chicos, ellos sentían lo mismo.

A la mierda. El espectáculo debe continuar.

No quedaba nada más por hacer. Me acerqué a mi pequeña para darle un fuerte abrazo antes de saltar de la silla, agarrar el micrófono y sentir que estaba listo para tomarlo desde el principio.

—Muy bien, chicos. Desde el principio. Y no vamos a parar hasta que lo consigamos perfecto. Estábamos más listos que nunca.

TREINTA

July

En el momento en que entré en el gimnasio masivo donde se celebraba la reunión, parte de mí estaba segura de que me había metido en un lío. El lugar se veía muy bien, el viejo gimnasio estaba arreglado al estilo Synthwave de los 80 con toneladas de neón púrpura, rojo y pulsantes ritmos de baile llenando el aire. Las chicas estaban allí conmigo, por supuesto, todas nosotras con peinados acordes a los ochenta, y vestidos ajustados al estilo del baile de graduación. En el escenario, los técnicos de Lover Boys estaban preparando el equipo, tres tipos fornidos en jeans negros y camisetas negras arreglando los amplificadores y los instrumentos.

Había sido más divertido de lo que esperaba que fuera vestirse con esa ropa totalmente cursi y anticuada. Incluso me convencí a mí misma de que la noche entera iba a ser renovadora. Un buen momento, incluso.

Pero eso fue antes de que pusiera los ojos en George.

Era él, de acuerdo, lo pude ver por su físico corto y robusto, y su cabello oscuro. Siempre había tenido lo que a mí me parecía una cara de bebé, y cuando me miró, su expresión fue de shock. Y por supuesto, su novia, que no tenía ni la edad suficiente para beber o lo que fuera, estaba a su lado, vestida con un atuendo revelador que hubiera sido más adecuado para cazar a un tipo en la barra de un club nocturno.

—Mierda —susurré—. Ahí está.

—Se ve gordo —dijo Ceci—. Más grasoso.

—Cuanto menos se hable de su chica, mejor —sugirió Dyana.

A pesar de lo genial que eran las chicas, me sentí mal del estómago. Claro, ahora que todo estaba dicho y hecho, estaba muy contenta de no haberme casado con George, y no sólo por el apellido. No era el adecuado para mí, y lo sabía. Pero eso no significaba que el verlo no me devolviera ese sentimiento enfermo y horrible que sentí cuando supe que me había abandonado el mismo día de la boda.

—Oh, mierda. Viene hacia acá —suspiré.

—¿Quieres refuerzos? —preguntó Loisa.

—No —me decidí—. Yo me encargo de esto.

Tan pronto como dije las palabras las chicas se fueron de mi lado, y pronto George y su novia estaban justo delante de mí. Era una chica bonita, considerándolo todo. De baja estatura y tetona, con un rostro encantadoramente sencillo. Pero parecía una niña, a pesar de las tetas gigantes. Y su maquillaje era un poco exagerado.

—Hola —dijo George, mirando y sonando extremadamente patético—. Me alegro de verte, nena. Quiero decir, July.

—Sí. También alegre verte.

Sé la mujer madura que eres July. Nada de dedos medios, ni ataques, ni nada de eso. Sólo mantente... tranquila.

Un golpe de silencio incómodo pasó antes de que la chica se aclarara la garganta.

—¡Oh! —reaccionó George—. Ella es Enji. Ella y yo somos...

—Novia y novio —lo interrumpió mocosamente mientras extendía la mano—. Desde hace mucho tiempo. Y por favor, George, no tienes que presentarme, creo que ella sabe quién soy.

Ella estaba tratando de torcerme, pero todo el asunto era tan secundario que casi quería reírme.

—Encantada de conocerte. Soy July, pero imagino que también sabes quién soy. Aunque no me gusta mucho Instagram.

Otro golpe de silencio.

—Escucha, July —habló George—. Sé que las cosas se pusieron algo raras cuando...

Curiosa forma de ponerme al tanto sobre el por qué me había dejado en el altar, pero lo dejé pasar. George nunca fue tan elocuente. Y mientras hablaba, me di cuenta de que la atención de Enji se dirigía específicamente a uno de los técnicos del escenario. Pareció darse cuenta de que ella lo estaba mirando fijamente, y le devolvió una sonrisa.

—Pero por si sirve de algo —continuó—. Yo estoy...

—Mucho más feliz ahora, —dijo Enji, volviendo a la conversación—. ¿Verdad, George?

El hombre se marchitó enseguida y bajo su tono. Lo que sea que tenía en mente para decirme, se había ido.

—Sí —respondió—. Sin resentimientos, ¿verdad?

¿No es demasiado tarde para una bofetada en la cara?

—Bien.

—Bonita reunión —repuso Enji—. Ahora si nos disculpas...

Con eso, tomó a George del brazo y lo alejó de la conversación, con una patética mirada de disculpa aún en su rostro.

Pero en realidad, fue más divertido que nada. Ver a George alejarse con una adolescente dominante fue casi tan divertido que hizo que todo el asunto pareciera un poco ridículo. No podía creerlo, pero en realidad me sentí un poco... bien. Claro, llevaría tiempo dejar que las heridas sanaran, pero era un buen comienzo.

La diversión murió casi instantáneamente cuando puse los ojos en Moira. Sorprendentemente, parecía un poco asustada de verme, como si yo estuviera allí para arrancarle la cabeza.

Tal vez lo haría.

Sin embargo, no quise esperar a que esa conversación llegara por sí sola. No, fui directo a ella, lista para darle a esta chica por donde más le dolía.

—Moira —dije una vez que me había acercado.

—July —respondió ella de vuelta.

Ahora que estaba de cerca y en lo personal, noté algo más: había un poco de influencia en ella, como si hubiera aparecido antes y llevara ventaja en la barra libre. En su mano había un coctel con un toque de lima.

—Siento lo del libro —comenté—. Debe apestar que tu trabajo se publique de esa manera. Apuesto a que tienes problemas con Penrose por eso.

—No estoy muy preocupada por eso —admitió—. Después de todo, fui víctima de un hacker. Guardé mis archivos bajo clave, pero ¿cómo iba a saber que algún fanático de los Lover Boys iba a entrar y filtrar el borrador equivocado?

Estaba tan... engreída con todo el asunto.

—Y espero que las cosas estén bien entre tú y Roy. Espero que hayas conseguido lo que querías, como en el instituto.

Una extraña y casi aterradora mirada apareció en su cara antes de que recuperara su habitual calma.

—Roy está... está bien.

Demasiado raro.

—Escucha. Sé que debería rasgarte y hacerte pedazos como te mereces. Pero déjame decir esto... más que cualquier otra cosa, lo único que siento por ti es pena.

Sus cejas se levantaron.

—¿Eso es lo que sientes por mí? —preguntó—. ¿Por qué demonios alguien como tú sentiría lástima por alguien como yo? Yo soy quien tiene el libro que pronto será un éxito de ventas. Y tú eres la única que no pudo ni siquiera manejar el proyecto.

—Porque no eres feliz a menos que tomes algo que no es tuyo. En la secundaria, era la única manera de sentirte mejor contigo misma. En ese entonces dolía, especialmente cuando yo era la víctima. Pero ahora, es sólo... triste.

Se burló, claramente más allá de la borrachera, en realidad.

Entonces recordé algo que ella había dicho.

—Espera —inquirí—. ¿Y cómo estás tan segura de que el libro va a ser un éxito?

—Porque es lo único de lo que todos pueden hablar ahora. Claro, era sólo un borrador, pero lo que había ahí era... mm, oh tan jugoso.

—Pero esa información no debe ir en el libro.

—Claro. Pero puedo decir que voy a cambiarlo antes del lanzamiento final. Mientras tanto, sin embargo, las cosas falsas seguirán en la mente de todos, y tendrán mucha curiosidad por ver qué más hay ahí.

—Y el costo fue la reputación de Roy.

—Por favor —resopló, agitando su mano en el aire—. El tipo era tan Boy Scout, que le estaba haciendo un favor.

Agitó la cabeza, como si estuviera totalmente impresionada. Ella tenía confianza en sí misma y no era de la buena, sino la que se tiene cuando piensa que nada puede tocarte.

—Quiero decir —añadió—. No puedo evitar pensar en el golpe de brillantez que fue para mí darle sabor a ese libro —se burló, sacudiendo la cabeza—. ¿Quién diablos quiere comprar un cuento con moraleja en estos días? ¿Qué es esto, Dickens?

Mantuve mi boca cerrada, dejándola seguir.

—Soy parte del equipo creativo, y es mi trabajo ser creativo. Así que, eso es lo que hice. Convertí un libro que habría terminado en la fábrica de celulosa en un año, en algo que la gente no podrá dejar de lado. Diablos, ya los verás haciendo una película de eso.

—Y simplemente se filtró —agregué.

Se encogió de hombros, con una astuta sonrisa en sus labios.

—¿Oye? No tengo ningún control sobre estas cosas. Un fanático no pudo esperar el borrador final, entonces, ¿cómo es eso mi culpa? —tomó un sorbo de su bebida, dándome un guiño.

Un guiño que despejó cualquier duda sobre si un maldito “hacker” estaba o no detrás de esto.

—¿Y sabes qué? —preguntó—. Incluso va a ser mejor para Roy.

—¿Cómo lo sabes?

—Verá que sus fans aman el lado de chico malo que ha estado tratando de fingir que no existe. Y dejará esa mierda de caridad, volverá a ser el mismo de siempre.

En ese momento supe lo que estaba pasando. Ella había filtrado la historia. Estaba casi segura de que cuando se lo dijo a Roy, hizo su particular movimiento, uno que no hay manera de evitar.

No iba a dejarlo pasar. De ninguna manera, no con todo lo que estaba en juego.

—Lo filtraste —siseé—. Fuiste tú, y ahora crees que vas a salir impune.

—¿De qué estás hablando? —preguntó con una sonrisa.

—Te conozco desde el instituto, Moira. Y sé cómo trabajas. Tú maquinas y manipulas para conseguir lo que quieres. Y si crees que no habrá consecuencias...

La estaba enfrentando de la manera que siempre quise hacerlo, desde la secundaria. Pero aún así estaba muy confiada.

—Supongo que veremos quién sigue en pie cuando todo esto acabe. Y quien termina con el hombre del momento.

Me mostró otra sonrisa maliciosa cuando las luces del lugar comenzaron a bajar y dirigieron la atención al escenario. Moira estaba jodida. Iba a asegurarme de que recibiera lo que se merecía. Y merecía que le dieran una paliza, una que yo me encargaría de darle. Tenía que hablar con Roy. Pero con las luces en el escenario, sabía que era demasiado tarde.

—¡Damas y caballeros! —gritó el anfitrión—. La banda que todos ustedes han estado esperando, ¡Love Boys!

TREINTA Y UNO

Roy

Los chicos me habían estado apoyando, y que Sophia estuviera entre bastidores animándome era un buen impulso. Pero la verdad era que mi corazón no estaba cien por ciento en eso. Me encantaba la música, me encantaba ser el cantante, y me encantaba romperla con el micrófono, siempre lo hacía. Pero eso no significaba que todo no se sintiera tan... vacío.

Los cuatro llevábamos ropa de cuero, camisas abiertas y un maquillaje chillón. En el exterior, estaba listo para hacerlo. Sin embargo, en el interior, era una historia diferente. Quería a July, y se había ido. Pero, bueno. El espectáculo debía continuar.

El maestro de ceremonia dijo nuestros nombres, y eso fue todo. Salimos al escenario, la multitud enloqueció cuando llegamos. Puse mi cara de juego, alimentándome de la energía del público como lo había hecho en los últimos espectáculos cuando los Lover Boys estaban juntos, y cuando en el fondo sabía que estábamos a punto de llegar al final.

—¡Hola, Secundaria Buena Vista! —grité, haciendo que la multitud se volviese loca otra vez.

Y entonces la vi. Justo en el centro de la multitud estaba July. Y se veía muy bien. Más que eso, parecía conflictiva, como si quisiera hacer algo pero no sabía si era o no una buena idea.

Entonces, antes de que tuviera la oportunidad de decir o hacer algo más, July lo hizo. Ella estalló en medio de la multitud de gente, con una mirada de maniática en sus ojos. Era algo que ya había visto antes, pero normalmente el contexto era un fan loco tratando de saltar al escenario.

Lo que tenía en mente, no tenía ni idea.

—Uh, ¿Roy? —preguntó Theo, mirándome con una expresión escéptica como si esto fuera algo que yo hubiera planeado.

—¡Oye! —gritó July mientras intentaba subir al escenario.

La música house se detuvo totalmente, y todo el lugar quedó en silencio mientras ella luchaba por subir al escenario. Tenía que cubrirla.

—¡Golpea! —volteé hacia Will indicándole que iniciara.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—¡Hazlo!

Will se encogió de hombros y luego golpeó sus baquetas al ritmo de *Permiso para Amar*. Después de unos segundos del ritmo del bombo de introducción, la apertura del bajo retumbó en el gimnasio acompañado de la guitarra.

July, había claramente subestimado la cantidad de esfuerzo que el proceso iba a requerir. Pequeños gruñidos y otros sonidos de lucha llenaban el aire mientras trataba de levantar su flaco cuerpo sobre el borde, los cuales apenas podía escuchar a través de los instrumentos.

Cualquier rutina de ejercicios que ella estaba haciendo para mantenerse en tan buena forma,

seguro que no le estaba dando mucha fuerza en la parte superior del cuerpo.

—Uh, déjame ayudarte.

Me acerqué a ella, me agaché y la ayudé a subirse. Y aunque las circunstancias eran extrañas, estaría mintiendo si dijera que no se sintió muy, muy bien sentir su mano en la mía. Pero me sacudí el sentimiento mientras la ayudaba a ponerse de pie, recordando lo que había estado pasando entre July y yo, y que había una posibilidad nada despreciable de que se hubiera precipitado en el escenario para cortarme en mi mejor momento.

Parecía que estaba bajo un serio estrés.

Todos los ojos estaban puestos en nosotros. Fue un extraño giro de lo que pasó esa primera noche, cuando la subí al escenario y apreté su cuerpo. Por muy estúpido que sea, esa noche la estaba reviviendo como una maldita película en mi cabeza.

Pero July no parecía estar pasándolo bien como esa primera vez. No, en todo caso, parecía que estaba a punto de desmayarse.

—¿Qué pasa? —le pregunté, hablando lo suficientemente alto como para poder escucharla con la música, pero no lo suficientemente alto para la audiencia

Cerró los ojos, respiró y habló.

—¿Realmente pensaste que fue mi idea?

—¿Eh?

—¡La filtración del borrador! ¿Realmente pensaste que te jodería de esa manera? Eres tan tonto como sexy, ¿lo sabes?

—Bien —agité mi mano frente a mi cara—. Dime qué está pasando.

—Lo sé todo.

Mierda. Por “saberlo todo” me imaginé que de alguna manera se había convencido de que era cierto lo que pasó entre Moira y yo. Mi estómago se tensó en ese momento más de lo que alguna vez lo había hecho durante las presentaciones al inicio de la banda. Sabía que debería estar furioso con ella por lo que hizo, y ella conmigo por lo que pensó que había hecho, pero no me atreví a sentirlo.

Había algo en ella.

Pero había cosas más importantes que tratar en ese momento. Me concentré, mirando sus brillantes ojos verdes.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Escaneé la multitud en busca de Moira, pero no vi a la chica.

—Que sé lo de la filtración.

—Sí. Sé lo que crees que sabes.

—No. Todo lo que sabes es mentira. Sé quién lo filtró. ¡Fue Moira!

Estaba totalmente desconcertado, no tenía ni idea de qué decir.

—Que... ¿Qué? —finalmente tartamudeé.

—Moira se inventó esos horribles detalles y luego filtró el libro para la publicidad. Luego se emborrachó y me lo dijo. Y...

Ahora estaba el otro asunto. Respiró profundamente otra vez y siguió adelante.

—Si ella mintió sobre eso, tengo una buena mente para pensar que la... otra cosa que vi fue una mentira, también. ¿Estoy en lo cierto?

No dudé ni un segundo antes de hablar.

—Así fue —admití—. Ella hizo un movimiento y tú entraste justo en el momento equivocado.

No dijo nada. Y eso era bueno, porque tenía más que decir.

—Jamás te engañaría. De ninguna manera. July, desde el momento en que te vi, fue como si

todas las mujeres del planeta se hubieran desvanecido. Por eso te subí al escenario esa noche, porque no sabía quién eras, pero sí sabía que tenías que estar en mi vida. Y ha sido una de las mejores decisiones que he tomado hasta ahora.

Miré a mi alrededor, la multitud nos estaba mirando, los chicos que aún tocaban nos estaban mirando, y demonios, incluso Sophia y el equipo de producción estaban mirando desde una de las puertas que conducen a los bastidores. Había estado en el escenario más veces de las que podía contar, pero en ese momento estaba seguro de que estaba dando la actuación de mi vida.

—Y aún ahora —continué—, cuando te vi subiendo al escenario lista para decir lo que tenías en mente, todo lo que podía pensar era en lo hermosa que eras, en que no me importaba nada más, que hacer lo que fuera necesario para recuperarte. Y ahora que estás parada aquí frente a mí, todo lo que puedo pensar es en cuánto me rompería el corazón perderte de nuevo.

Tenía que decirlo. Era lo que sentía, y era lo que ella necesitaba oír.

—Te quiero, July. Nunca antes había dicho esto sobre una chica, y una parte de mí se preguntaba si alguna vez lo haría. Pero yo sí. Y si quieres deshacerte de mi amor, es tu elección. Pero si lo quieres, está aquí para que lo tomes.

Y eso fue todo, no había nada más que decir. Me di cuenta en ese momento del peligro de declarar tu amor, una vez que se hubiera manifestado, no había nada más que pudieras hacer. No podías obligar a alguien a que te quisiera, ¿verdad?

El aire en el lugar estaba increíblemente quieto. Todo el mundo a la espera de lo que July iba a decir a continuación. La mirada en su cara me hizo darme cuenta de que había tomado su decisión.

—¡Sí! —gritó, lo suficientemente fuerte para que todos lo oyeran—. ¡Yo también te quiero!

July se lanzó a mis brazos, y le correspondí, apretándola contra mí. Todos en el lugar comenzaron a gritar y aplaudir, y Sophia me dio el visto bueno desde el backstage.

Era todo lo que siempre había querido. No podía creer que después de todos esos años en el escenario, mi momento máspreciado no fuera una actuación legendaria, sino el darme cuenta de que tenía el amor de una buena mujer.

—Bien —le dije—. Espero que te hayas puesto más cómoda en el escenario.

—¿Después de esto? Diablos, creo que podría tomar tu lugar.

Le mostré una sonrisa antes de mirar a los chicos y darles un asentimiento. Las expresiones de alivio se reflejaron en sus rostros.

—¿Están listos? —pregunté.

—¡Diablos, sí! —gritó Theo.

—¡Siempre! —repuso Will.

—¡Sin duda! —dijo Sean.

Las amigas de July estaban al frente y las llamé. Estaban justo allí cuando empezaba el coro, y en cuanto llegó el momento, agarré el micrófono y di lo mejor de mí. Se escuchaban gritos de júbilo por todo el gimnasio.

Allí, con mi amor a mi lado sacudiendo su trasero absolutamente perfecto, y con la multitud enloqueciendo, yo sabía que estaba dando la actuación de mi vida.

Y ciertamente habría un bis.

Epílogo

JULY

Dos meses después...

NO PODRÍA ni siquiera describir en palabras lo nerviosa que estaba. Roy, Sophia y Mary estaban sentados en la sala de su apartamento, los tres en total silencio.

Y concentrados haciendo la misma cosa: leer.

El libro estaba hecho, en su mayor parte, y ahora era el momento de la verdad. Claro, Roy había estado al tanto del trabajo que el escritor había estado entregando, lo habíamos contratado después de que Moira fuera despedida. Pero esta era la copia más reciente de los editores, y la que yo había firmado: La historia de Roy Mills. Todo estaba listo para empezar, sólo necesitaba la última palabra de aprobación.

Lo sentía como mi bebé, por más raro que sonara.

Finalmente, Mary dejó su copia.

—Me salto el capítulo cada vez que veo la palabra “groupie”. Puede que sea bastante anticuada, pero sé lo que significa esa palabra.

Roy dejó su copia.

—Mamá, sólo estamos hablando de ellas de pasada. Las groupies no eran realmente lo mío. Soy más del tipo de hombre de una sola mujer.

Me enseñó una sonrisa, esa que me hacía sonreír cada maldita vez que la veía.

—Mejor que no lo hayas sido —respondió ella, levantando una ceja.

No podía esperar más. ¡Tenía que saberlo!

—Así que... —dije finalmente—. ¿Qué piensan ustedes?

Los tres seguían en silencio, y me preocupaba que estuvieran a punto de decepcionarme suavemente.

—¡Me encanta! —gritó Sophia—. Excelente prosa. Muy a lo Hunter S. Thompson.

—¿Quién te dejó leer a Hunter S. Thompson? —preguntó Roy.

—La biblioteca pública —replicó con una sonrisa.

—Recuérdame que nunca más te deje ir allí —agregó con un tono bromista e irónico.

Luego dirigió su atención hacia mí.

—Nena, sabes que es bueno. Penrose ya te promovió y las revisiones avanzadas son excelentes.

—Pero quiero saber la opinión de ustedes. Son las que realmente quiero escuchar.

Roy se acercó a mí. Puso sus manos en mis caderas y me dio una encantadora media sonrisa.

—¡Oh Dios! —exclamé—. Me vas a decepcionar fácilmente.

—No. Es asombroso... me encanta. Y, a diferencia de la que “ya no será nombrada”, el nuevo escritor me dio exactamente lo que le pedí.

Su eufemismo se refería a Moira, por supuesto. Una vez que Penrose se enteró de todo, se acabó el juego para ella. La echaron del proyecto, la despidieron y la demandaron, en ese mismo orden. Resulta que filtrar a propósito un manuscrito antes de su publicación para conseguir publicidad era un incumplimiento de contrato, ¿quién lo sabía?

—Es un poco más prejuicioso que mi James Patterson, pero me encanta —acotó Mary—. Lo hiciste bien, July.

Aprobación de la mamá, siempre bienvenida.

—Lo hiciste bien, Jul —aseguró Roy—. Lo digo en serio.

Sabía que lo hacía.

—Gracias, bebé.

Todo lo que quedaba por hacer era besarlo.

—Hablando de momento picante —dijo Sophia, refiriéndose a nuestro beso y con los ojos en su iPad.

—¿Qué? —preguntó Roy.

—¿Recuerdas a la chica cosplayer de la reunión?

Resulta que la nueva chica de George, la que había llevado a la reunión, y por la que me había dejado, no era la más leal que había. Durante el espectáculo se había alejado de George, pero este la encontró muy, muy en flagrante en un armario de suministros con uno de los técnicos de los Lover Boys. Una forma de acercarse a la banda, ¿eh?

—Sólo digo —continuó Sophia, ampliando una imagen que no podía ver—. No estoy segura de que se pueda llamar “cosplay” cuando sólo hay como seis pulgadas cuadradas de tela en ella. ¿Cómo es que no has visto esto todavía?

—No es un hombre de medios sociales, ¿recuerdas? —pregunté.

—Creo que es suficiente internet por hoy —ordenó Roy, quitándole el iPad.

La tableta sonó tan pronto como se la quitó de las manos, y la pantalla era lo suficientemente grande para ver que era un mensaje de Will.

—Vamos —dijo él—. Se suponía que la banda y las chicas nos reunirnos como... hace diez minutos.

—¿La banda y chicas? —preguntó Mary.

—Sí, mamá. Los muchachos y las amigas de July pasamos el rato juntos ahora. Como amigos.

—Ya sabes —intervino Sophia—. Estadísticamente, al menos uno de ellos se emparejará con otra.

Roy y yo compartimos una mirada.

—¿Estás lista para hacer esto, preciosa? —me preguntó.

—Oh, muy lista.

Con eso, los dos nos despedimos antes de salir. Era una perfecta tarde de Los Ángeles, el sol salvaje y anaranjado en el cielo, el aire fresco y suave, y el amor de mi vida a mi lado. Por un momento, los dos simplemente nos quedamos fuera de su edificio, viendo la escena de Los Ángeles en su mejor momento.

Di un paso adelante, pero antes de que pudiera avanzar más, sentí el brazo de Roy envolviendo mi cintura. Me dio la vuelta suavemente, mirándome profundamente a los ojos mientras esa pequeña sonrisa sexy que me encantaba jugaba en sus labios.

—Ven aquí —dijo.

No necesitaba decírmelo dos veces. Presionó sus labios a los míos, compartiendo conmigo un encantador y largo beso. Me perdí enseguida, sintiendo tan débil las rodillas que tuve que apoyarme en el auto que estaba detrás de mí. Casi olvidaba dónde estábamos cuando mi pulgar se enganchó en su cinturón y sus manos se agarraron a las curvas de mis caderas.

—Mierda —siseé—. Puede que no sea una buena idea besarnos apoyados en el auto de un extraño.

Se rió.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunté.

—Estoy recordando esa cita que tuvimos y cómo nos atraparon en el acto.

—Antes del acto —corregí con una sonrisa.

—Sí. Sobre eso...

Ahora tenía curiosidad.

—¿Tienes algo en mente? —pregunté.

—Tal vez. Se nos hace tarde ahora, pero ¿qué dices si volvemos a intentarlo de regreso? Tú y yo en el auto, sin nadie alrededor para molestarnos.

Sonreí, ya excitada.

—Me gusta donde tienes la cabeza.

Me llevó a otro largo beso, y el mundo a mi alrededor se derritió.

—Bien —dije rompiendo nuestro beso—. Continuamos luego, se hace tarde.

—Así será —confirmó.

Con eso, Roy tomó mi mano y nos desviamos del camino en el que habíamos estado antes de desviarnos.

—Nunca pensé que encontraría una mujer como tú, ¿sabes? Y ahora que tengo...

—¿Si?

—No puedo pensar en otra cosa que no sea la suerte que tengo.

Se inclinó y me besó de nuevo, esta vez suavemente, tiernamente, con amor.

—Te quiero, July Wolter.

—Y yo también te quiero, Roy Mills.

Sonrió, levantando un dedo y moviéndolo de una manera ocurrente.

—Entonces, ¿estás lista para rockear conmigo?

Le di un beso más.

—Hasta la eternidad.